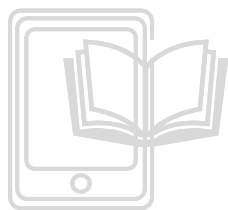


ECUADOR ¡VIVA LA FIESTA!



Pablo Cuvi
DINEDICIONES



BASE LEGAL PARA DIGITALIZACIÓN DE LIBROS CON DERECHOS DE AUTOR

El Sistema Integrado de Bibliotecas de la Universidad Central del Ecuador, digitalizará su acervo bibliográfico siempre y cuando sea para fines educativos y de investigación. No se permite la reproducción y distribución para la comercialización directa e indirecta del mismo.

La digitalización del material bibliográfico se lo realiza de acuerdo al Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación Art. 212 numeral 9, Literal ii “(...) Una biblioteca o archivo podrá, además, realizar los siguientes actos (...) La reproducción electrónica y comunicación pública de obras de su colección para ser consultadas gratuita y simultáneamente hasta por un número razonable de usuarios, sólo en terminales de redes de la respectiva institución o para usuarios de esa institución bajo su control, en condiciones que garanticen que no se puedan hacer copias electrónicas de esas reproducciones” y literal vii “La reproducción, adaptación, traducción, transformación, arreglo, distribución y comunicación de una obra protegida por derechos de autor o una prestación protegida por derechos conexos, en uno o más formatos accesibles para el uso exclusivo de personas con discapacidad”.

Este material se considera un producto intelectual a favor de su autor; por tanto, la titularidad de sus derechos se encuentra protegida por el Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación. La violación a dichos derechos constituye un delito que será responsabilidad del usuario.

Este libro está disponible físicamente en:

BIBLIOTECA	Biblioteca Facultad de Artes	PISO	
		ESTANTE	02
		BANDEJA	06
CONVENIO INTERINSTITUCIONAL		UNIVERSIDAD	



ECUADOR **¡VIVA LA FIESTA!**



UNIVERSIDAD CENTRAL

CONTROL DE BIENES



CTP 12

Pablo Cuvi
Editor

DINEDICIONES

ECUADOR **¡VIVA LA FIESTA!**



Cristóbal Corral, Paco Salazar, Fabián Cevallos, Christoph Hirtz

Álvaro Ávila, Francisco Caizapanta, Archivo *El Comercio*

Kira Tolkmitt, Ernesto Saravia, Fabricio Semiglia, Marco Cruz

Chiqui Naranjo, Ernesto Quintana, Gustavo Landivar, Galo Carrión

Xavier Romero, Archivo Juan García, Archivo *Mundo Dinero*

Diseño

Estefanía Rivas









¡VIVA LA FIESTA! ECUADOR

Presidente del Consejo Editorial

de la revista Mundo Diners y Dinediciones:

Fidel Egas Grijalva

Producción, dirección general y texto central:

Pablo Cuví

Dirección de Arte y logo:

Paula Barragán

Otros textos:

Jorge Dávila V., Jorge Martillo M., Esteban Michelena,

Patricio Montaleza.

Fotografías:

Pablo Cuví (175), María Teresa Ponce (48),

Patricio Montaleza (16), Cristóbal Corral (12),

Paco Salazar (10), Fabián Cevallos (6), Christoph Hirtz (6),

Álvaro Ávila (6), Francisco Caizapanta (5), Archivo diario *El Comercio* (5),

Kira Tolkmitt (2), Ernesto Saravia (2), Fabricio Semiglia (2), Marco Cruz (2),

Chiqui Naranjo (1), Ernesto Quintana (1), Gustavo Landivar (1),

Galo Carrión (1), Xavier Romero (1),

Juan P. Merchán (1),

Archivo Juan García (1),

Archivo Mundo Diners (1).

Diseño:

Querrraya: Estefanía Rivas y

Lorena Zurita

Levantamiento y corrección de textos:

Sonia Espín y Fernando Soto

Impresión:

Imprenta Mariscal

© Dinediciones

Av. Gonzalez Suárez 335

Telfs.: (593-2) 2505524 - 25 - 26

E-mail: dinedi@andinanet.net

Quito - Ecuador

Primera edición:

Agosto del 2002

ISBN: 9978-954-23-6

Citas destacadas en página aparte:

Marco V. Rueda (p.24), Octavio Paz (p.58),

Berta Ares (p.87), Nina Friedemann (p.93),

Margot Berthold (p.143), Luz del Alba Moya (p.179).

PORTADA: Ángel de la Estrella. P. Cuví.

GUARDAS: Diseño de Paula Barragán.

PAG. 2: Indígenas arreglándose para el Carnaval de Guamote.

PAG. 3: Máscara de la diablada de Pillaro.

PAG. 4: Espalda de un huaco de la Mama Negra.

PAG. 5: La presidenta y el presidente blancos en las fiestas de San Pedro y San Pablo, en Manabí.



Índice

Pregón	9
La yumbada	16
El pase del Niño	19
<i>Jorge Dávila</i>	
Reyes magos en el Onzole	25
<i>Esteban Michelena</i>	
Cumbe y La Candelaria	37
El Carnaval	40
Fiestas amazónicas	59
Sevilla Don Bosco	
<i>Patricio Montaleza</i>	
En el valle del Chota	65
Su majestad, el fútbol	68
Los ritos de la Semana Santa	72
Semana Mayor donde los saraguros	82
Kasama de los tsáchilas	88
Corpus Christi: la gran fiesta de la cristiandad	90
Los sanjuanes	102
Festividades de julio	116
Esmeraldas: la capital del ritmo	120
Romerías de agosto	124
San Jacinto de Yaguachi	
<i>Jorge Martillo</i>	
Septiembre en Imbabura	130
Riñas de gallos	139
Por las gallerías montubias	
<i>Jorge Martillo</i>	
Guayaquil de octubre	144
El rodeo montubio	148
Llacao, Santa Lucía y San Martín	154
Finados	162
La Santísima Tragedia de la Mama Negra	168
Los toros de Girón	174
<i>Patricio Montaleza</i>	
Virgen del Quinche	180
Las fiestas de Quito	182
Dulce Jesús mío	186
La quema de los añoviejos	192
Calendario festivo	200
Bibliografía básica	203



Las pallas de Corpus Christi, en Alangasí, cerca de Quito.

Pregón

*"Si es bueno en estas fiestas divertirse,
darse vida los ojos, ahí se pasa bonito".*

Campesina de Chimborazo

El pregón anuncia a los vecinos que la fiesta del pueblo ha comenzado. Al escuchar el estallido de las camaretas en el cielo de la tarde, y mirando desfilan a las primeras comparsas por la calle, los ánimos de la gente se ponen festivos como por encanto. Luego, un presentador de voz modulada, con parlantes que distorsionan el sonido entre los árboles del parque, irá detallando los espectáculos, los artistas, los principales eventos que han sido programados y la autoridad declarará oficialmente inaugurada la celebración.

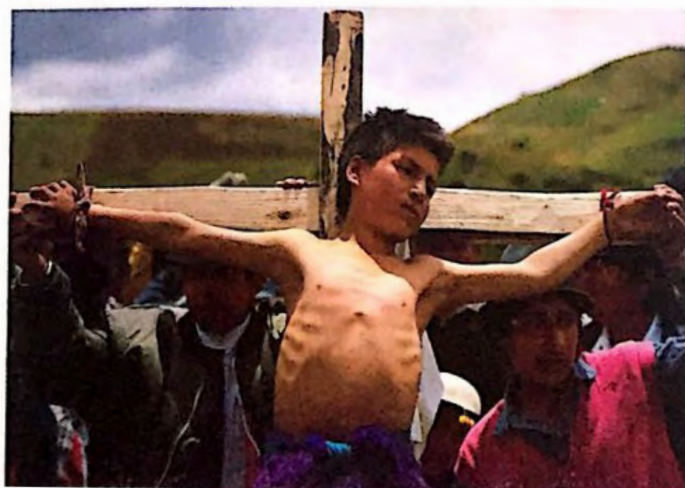
Guardando las distancias, el prólogo de un libro como éste debería cumplir una función semejante. Porque aquí asistiremos a muchas de las fiestas que se celebran en nuestro país por diversos motivos, sobre todo religiosos, pero también cívicos (cantonización, independencia, fundación) e incluso deportivos, como fue la clasificación de la selección nacional de fútbol, que puso a bailar al Ecuador entero. A lo largo de quince meses hemos tratado de cubrir, de acuerdo con nuestras posibilidades, las celebraciones más interesantes o significativas, pero factores ajenos a nuestra voluntad -accidentes, robo de equipos, pérdida de material, incumplimiento de uno que otro fotógrafo, simultaneidad de festejos, huelgas nacionales o locales, lluvias,

en fin...- impidieron registrar todo lo que hubiéramos deseado.

Es impresionante la cantidad de festejos de todo orden y calibre que alimentan el año calendario. Fiel a la herencia española, no hay pueblo, por humilde que sea, que no tenga su santo patrono y unos vecinos dispuestos a celebrarlo como Dios manda (es un decir, claro, pues el Altísimo no ordena tantos días de jolgorio). Hasta hace poco, eran tan seguidos los rituales -los pases del Niño, por ejemplo- en ciertas zonas del campo serrano, que alguna autoridad intentó regular o prohibir la mitad de ellos pues no bien terminaba uno que ya arrancaba el otro, de manera que algunas comunidades pasaban literalmente de fiesta en fiesta. No tuvo mayor éxito, claro, pues se trata de costumbres que hunden sus raíces en la Colonia, cuando no más atrás, en el calendario agrícola precolombino.

Decía Hegel que mientras la América del Norte se caracterizaba por el "orden y la libertad", la española se distinguía por su "legión de santos".

Viernes Santo en Túri, junto a Cuenca.



Para Rubén Bareiro y Miguel Rojas, colaboradores de *América Latina en sus ideas*, ello se explica porque, en vez de exterminarlos, la Corona y la Iglesia buscaron incorporar a los indios mediante la cristia-

nización, que, más allá de lo político, implicaba procesos artísticos e iconográficos. Nació entonces el arte del barroco, cuya nueva imaginería apuntó más a los sentidos que a la razón. Señalan Boreiro y Rojas que "aceptar que el indio puede convertirse significa evangelizarlo, y es allí donde los misioneros llegan con su 'legión de santos'. La iconografía de la época barroca exalta la Eucaristía, la Virgen, el papado, el culto a los santos y a los reyes". La función proselitista del barroco le exige ser eminentemente popular, de lectura fácil y accesible. (Piense el lector en la sensual belleza del templo quiteño de La Compañía, considerado una de las cumbres del barroco americano; es el espectáculo de la piedra volcado hacia el mundo exterior).

Yendo un paso más allá, Bolívar Echeverría, filósofo ecuatoriano afincado en México, país que también se precia de sus innumerables festividades, aborda la categoría de lo barroco, no simplemente como una escuela del arte colonial ni como una técnica de catequización, sino como un elaborado *ethos*, como una forma de vida desarrollada sobre todo en España, Italia y en las colonias americanas. En una reseña aparecida en el diario *El Comercio* sobre su reciente libro *Las ilusiones de la modernidad*, se dice que en América primó la Contrarreforma, liderada principalmente por la Compañía de Jesús, "que afirmó la estructura comunitaria en vez de la libertad individual del mundo anglosajón. Y el mestizaje en lugar del exterminio deliberado que se ejecutó como política de



Personaje de Corpus, en La Merced, Pichincha.

ñalar que, a pesar de los fracasos económicos y políticos, o quizás a causa de ellos, la actitud festiva se alimenta a sí misma, sobre todo en el campo simbólico. No en vano se ha sostenido que los ritos son mensajes que nos enviamos a nosotros mismos, aunque en América Latina nunca esté muy claro quiénes somos "nosotros mismos", lo que dificulta descifrar dichos mensajes rituales. Si, por ejemplo, el movimiento indígena ecuatoriano habla con razón de un país multicultural pero tiende a sobredimensionar su número y su peso político, un enfoque distinta parte de la pluma de Mario Vargas Llosa. En el prólogo del libro de fotos de Pablo Carral sobre los Andes, anota el escritor peruano que uno de los estereotipos "más extendidos sobre la sociedad andina es que ella es esencialmente india, y que lo que no es en ella indígena es minaritarío, postizo y extranjero. Si esto fue cierto hace quinientos años, es hoy una absoluta falsedad. El indio, como el blanco, son hoy minoritarios en una sociedad en la que también hay otras razas, como los negros, y cuya inmensa mayoría está constituida por mestizos, que

Estado en Argentina, Chile y, por supuesto, en los Estados Unidos".

Tal actitud barroca habría persistido en nuestros pueblos, volviéndose resistencia continua a las nuevas manifestaciones del *ethos* que históricamente resultó triunfador, el del protestantismo. En otras palabras: "lo barroco corrompe a lo capitalista: a la austeridad opone la fiesta y el derroche, como antes a la supresión opuso el mestizaje".

Imposible ahondar aquí en las consecuencias de esa oposición. Baste se-

han impreso en las ciudades y pueblos de la serranía una poderosa personalidad nítidamente diferenciada tanto de la tradición indígena como de las fuentes europeas”.

Ni tanto que queme al santo, ni tan poco que no lo alumbre. La innegable amplitud del mestizaje racial y cultural no anula el peso específico de lo indígena. ¿Qué mejor ejemplo que el crecimiento de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador en las dos últimas décadas? Pero es igualmente absurdo exigir la pureza de “los contenidos propios” (¿qué es lo propio a estas alturas, a quién le pertenece?) o salir al rescate de una supuesta autenticidad previa a la conquista (española, que no inca). Ese afán de deshierbar las raíces, válido como autoafirmación, conduce a veces a ciertos excesos históricos como la reinstauración del culto al sol en lugar de los tradicionales motivos católicos. Una autoridad en la materia, Segundo Moreno, hace notar que, tal como lo hicieron los egipcios y por iguales motivos, el sol fue el dios impuesto por el imperio inca para consolidar su dominio y en el norte del Ecuador no tuvo más de una generación de vigencia. Ello -añado yo- mientras el rito del Corpus Christi lleva más de quinientos años en estas mismas tierras.

Porque si en algún lado se despliega el mestizaje con toda su riqueza estética, sus variados orígenes, sus contradicciones e incoherencias, pero también con su lógica de base, su cosmovisión y aquella inmensa capacidad de adaptación y de asimilación de lo diverso, es justamente en las fiestas, donde confluyen diversas culturas

expresadas en la música, la comida, las artesanías, la indumentaria, la danza, que ya traen en sí las huellas de otros mestizajes. Recuérdese, por ejemplo, que las ropas centenarias de varias comunidades indígenas serranas fueron impuestas por la Corona, que las tomó de pueblos de la península ibérica.

El poder de las máscaras

Por todo ello, mostraremos la fiesta de la diversidad que bulle en este país sin aferrarnos a esquemas rígidos, hurgando en relaciones sociales que no se aprecian a primera vista, pero que tienden a reforzar la identidad y el sentido de pertenencia a la comunidad. Aquí resaltan figuras clave como el sacerdote, que en el mundo campesino aumenta su prestigio, distribuye lo que ha ido acumulando (comida, bebida, regalos) y redistribuye las jochas u ofrendas que otros le han dado. Escribe Luis Botero en *Compadres y Priestes. La fiesta andina como espacio de memoria y resistencia cultural*: “Este papel es fundamental si recordamos que antiguamente, de acuerdo a la estructura social andina, esta res-

Bailarina en el Inli Raymi.



pensabilidad estaba a cargo de la autoridad máxima del grupo...”. De modo que el sacerdote permite también la reciprocidad entre diferentes miembros de la comunidad.

La necesidad afectiva de pertenecer a un grupo, a una familia, a un club, se agudiza con la distancia y la nostalgia, lo que explica por qué muchos migrantes vuelven de megalópolis como New York o Madrid a los festejos de sus respectivos pueblos, que

continúan siendo sus puntos de referencia. Esa voluntad de pertenencia se halla también en la raíz de la fiesta semanal del fútbol, convertido ya en el megarrito del mundo globalizado. Pintado la cara con las anilinas de su equipo, anulado deliberadamente su yo en la masa, el hincha comparte una historia, una bandera y un destino; durante algunas horas escapa a la soledad e insignificancia, del mismo modo como el joven rockero que acude a los megaconciertos, esa suerte de misas electrónicas oficiadas por las estrellas del rock que le devuelven una voz, un modelo y una actitud frente a la ciudad violenta y hostil en la que se desenvuelve.

El consumo de alcohol y, eventualmente, de alucinógenos, se inscribe en la ruptura de lo cotidiano que, según Bolívar Echeverría, estaría en la base del juego, del arte y, por supuesto, de toda fiesta. Es justamente la ceremonia festiva la que nos permite la experiencia de lo pleno y lo perfecto: para estar plenamente en el mundo el ser humano requiere de la experiencia de lo sagrado, del traslado al escenario de la imaginación: "la experiencia del trance resulta indispensable para la constitución de la experiencia festiva", que quedaría incompleta si no hubiera una sustitución de lo real por lo imaginario. Y por ello toda sociedad recurre al "alimento de los dioses", diversas sustancias potenciadoras de la percepción que lo obligan a dar más de sí, "a rebasar lo requerido por su simple animalidad" para internarse en el ámbito de lo fantástico y percibir lo vedado.

Pero esa suspensión

ritual de las normas sociales tiene siempre el objetivo de su reinstalación. Si la religión fue definida por Marx como "el opio de los pueblos", las fiestas vendrían a ser fugas en el propio terreno, válvulas de escape periódicas, oropeles efímeros pero indispensables para seguir soportando la miseria cotidiana, el tedio de vivir.

De manera que disfrazarse es cosa seria, sí señor. Entre otras razones, porque tarde o temprano uno se agota de sí mismo y empieza a soñar con dejarlo todo, con mudar de piel y de destino, y convertirse en ese otro que lo llama desde el fondo de la noche. He dicho en otros textos que, para algunos, esa rebelión asume el rostro de la locura, del poder político, los vuelos alucinógenos, el misticismo exacerbado; otros se conforman con el sueño nocturno, la forra del viernes o la íntima ceremonia erótica. Pero todos debemos seguir cultivando día tras día una determinada personalidad (etimológicamente, *persona* deriva de máscara), obligados como estamos a tomar en serio el teatro de la vida y del poder,

a construirnos una personalidad, una identidad, al menos de consumo público, cuando guardamos en el armario los disfraces secretos, hasta que ciertas noches del año nos fatigamos colectivamente de escamotear la otra cara de la realidad y asumimos de frente la mascarada. Si el miedo es un deseo al revés, ¿qué mejor forma de superarlo que asumiendo el perfil temido? Inversión de las grandes oposiciones que sustentan o la moral personal y pública y dividen a la sociedad: bien y mal, doc-

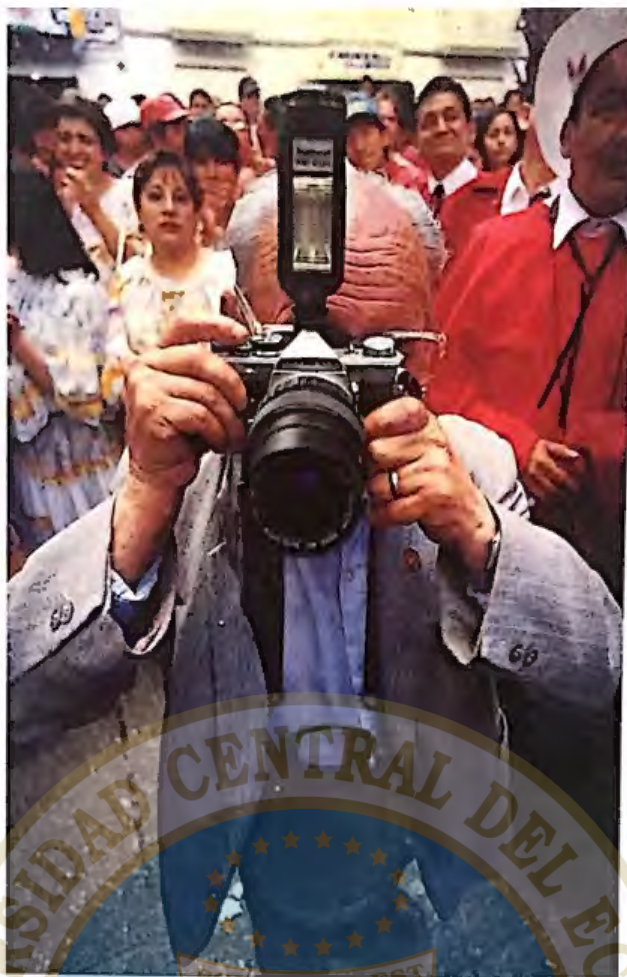
Festival de la Marimba, Esmeraldas.



tor Jekyll y mister Hyde, vida y muerte, hombre y mujer, comedia y tragedia, risa y llanto, animal y humano, bonito y feo, débil y poderoso, natural y sobrenatural... No es de extrañar entonces que buenos ciudadanos se disfracen de diablos, ni que machos de no creer den rienda suelta a sus tendencias femeninas como viudas del añoviejito y que haya tantos osos y perros y lobos y payasos vulgares y superhombres. Entonces adquirimos una careta de diablo, de Superman o de vieja chuchumeca y nos lanzamos a desacreditar todo lo que el mundo tiene de sobrio y respetable.

Cómo el disfraz apunta a un deseo oculto, al contrario de escandernos, la máscara nos desnuda, nos desenmascara. Pero simultáneamente nos lanza a la eternidad. Porque en el frenesí de la fiesta, la simple careta de papel engomado nos permite eludir el tiempo cronológico y acceder al eterno presente del mito, provistos de los atributos del representado. Recordemos que las máscaras de oro o madera de los aborígenes pre-colombinos tenían poderes sagrados; reflejaban el rostro de los dioses solares o las oscuras fuerzas del cosmos.

"Un diablo es un diablo con toda su caracterización medioeval, pero tiene también la dimensión que conserva el maligno en determinado medio social y en la cabeza de cada uno de los hombres que le miran -decía Fernando Moncayo, el titiritero mayor de 'La rana sabia'-". De allí que el disfrazado adquiera un poder social muchas veces ilimitado y asuma el rol de juez crítico de situaciones que de otro modo no se po-



Fotógrafo del Carnaval de Guaranda.

drían plantear. Al enmascarado se le escucha como la voz de todos y se le permite decir lo que todos piensan pero callan. En toda máscara hay una irreverencia, una blasfemia, un disparpajo latente".

Bajo esa luz, piénsese en el infinito poder multiplicador que tiene, por ejemplo, el pasamontañas del subcomandante Marcos, puesto que la imaginación popular coloca detrás a millones de mexicanos. Perder la máscara es perder el poder, como lo sabían El Santo y los Titanes del Ring.

Con lo que falta está completo

Entonces, ¿cuál fue la idea-guía de este libro? Capturar, reflejar, reproducir, más con imágenes que con textos, diversos aspectos de ese extraordinario ambiente visual, sonoro, verbal. Sin ir tan lejos como el famoso fotógrafo Richard Avendon -quien afirma que la fotografía tiene la responsabilidad, en esta época, "de reemplazar con imágenes a la lectura para que los niños vean cómo fue este mundo"—, creemos que este tipo de documentos preserva a su manera el flujo vital de los festejos populares, que van experimentando cambios sobre la marcha pero no están condenados a desaparecer. "Ni la modernidad exige abolir las tradiciones, ni el destino fatal de los grupos tradicionales es quedar fuera de la modernidad", apunta Néstor García Canclini, y cita como ejemplos las exitosas estrategias de adaptación de los alfareros de Ocumicho y los pintores de amate mexicanos, y la comunidad otavaleña en Ecuador.

Porque, a ojos vista, en un país como el nuestro la modernidad es un increíble caldo de cultivo donde conviven la última generación de la tecnología con el más remoto mito, y el migrante vuelve periódicamente del Norte a realimentarse con la proce-



Orquesta que recorre las fiestas populares de la Costa.

Llegado a este punto debo agradecer a los principales colaboradores de este trabajo, que tuvo los sufrimientos y las recompensas de toda fiesta: a Paula Barragán, quien me acompañó a mu-

chas celebraciones y participó en la cotidiana selección de las fotografías, y más tarde en el diseño del libro junto a Estefanía Rivas; a los fotógrafos María Teresa Ponce, Cristóbal Corral, Paco Salazar, Kira Tolkmit, Christoph Hirtz, Patricio Montaleza, Chiqui Naranjo, Álvaro Ávila; a los cronistas Jorge Martillo, Esteban Michelena, Jorge Dávila y a otros colaboradores que constan en los créditos. Un reconocimiento especial merece el diario capitalino *El Comercio*: durante el 2001 y a principios de este año, sus secciones *La fiesta popular* y *El país por dentro* constituyeron una fresca y oportuna fuente de información.

El pregón ha terminado y quedan por delante muchos días y muchas páginas de fiesta. Como sabe cualquier farrista que se respete, barroco o protestante, serrano o costeño, los organizadores montan el escenario pero es uno el que lleva la pachanga en el corazón. Entonces, no se diga más: ya se escuchan las risas y el frenético batir de los tambores, ya se siente el sudor de la piel y el olor de las fritadas, la mascarada avanza por la calle mientras voladores de colores estallan en el cielo, todos los sentidos se ponen alerta, hay que alzarse del trabajo, vestirse de domingo y mezclarse en el jolgorio. ¿Quién quita que en una página de éstas descubramos por fin nuestro verdadero rostro?

Por el contrario, como director editorial opté por la diversidad de enfoques pues me pareció que ése era el acercamiento más adecuado a la tumultuosa diversidad que se expresa en el fenómeno festivo. En efecto, la participación de varios fotógrafos enriqueció los puntos de vista; los textos, por su lado, también reniegan de la homogeneidad creando un espacio propio que no siempre tiene correspondencia con las imágenes pues a veces –para que al menos quede constancia escrita– se nombran eventos que no pudieron ser fotografiados.

Pablo Cuví



Fiesta indígena en el Chimborazo.

La yumbada

Más por coincidencia que por cábala, las primeras fotos para este libro fueron tomadas en la yumbada de La Magdalena, que se realiza en la tarde del 24 de diciembre. Se trata, en realidad, de un tradicional pase del Niño que sale de San Diego y avanza hacia el parque de La Magdalena, en el sur de Quito. Fue una gran procesión y un buen comienzo del trabajo. En medio de la alegría de vecinos, curiosos y devotos, las comparsas de yumbos de Archidona avanzaban bailando junto a otros personajes tan típicos como los negros bullangueros, jodedores y dicharacheros, los disfrazados de animales salvajes, el oso de anteojos, lobos y payasos, junto a las mujeres con sus grandes velas encendidas. La música de las bandas envolvía por igual a los participantes y a un público barrial compenetrado con la tradición y el ambiente navideño.

Llamaba la atención de los no iniciados la alharaca de la yumbada, pero esta costumbre de vestirse de yumbos y bailar por las calles ya fue constatada por viajeros del siglo XIX, quienes habían reportado que los danzantes de Quito y Latacunga, adornados con plumas de papagayos y pintados de varios colores, "como los yumbos", con conchas y semillas y blandiendo sus lanzas de madera, iban saltando y bailando por los caminos. Después, los esposos Costales registrarán la presencia de yumbos en festejos de Imbabura, Pichincha, Cotopaxi, Tungurahua y Chimborazo, que van alegrando con sus bailes la celebración.

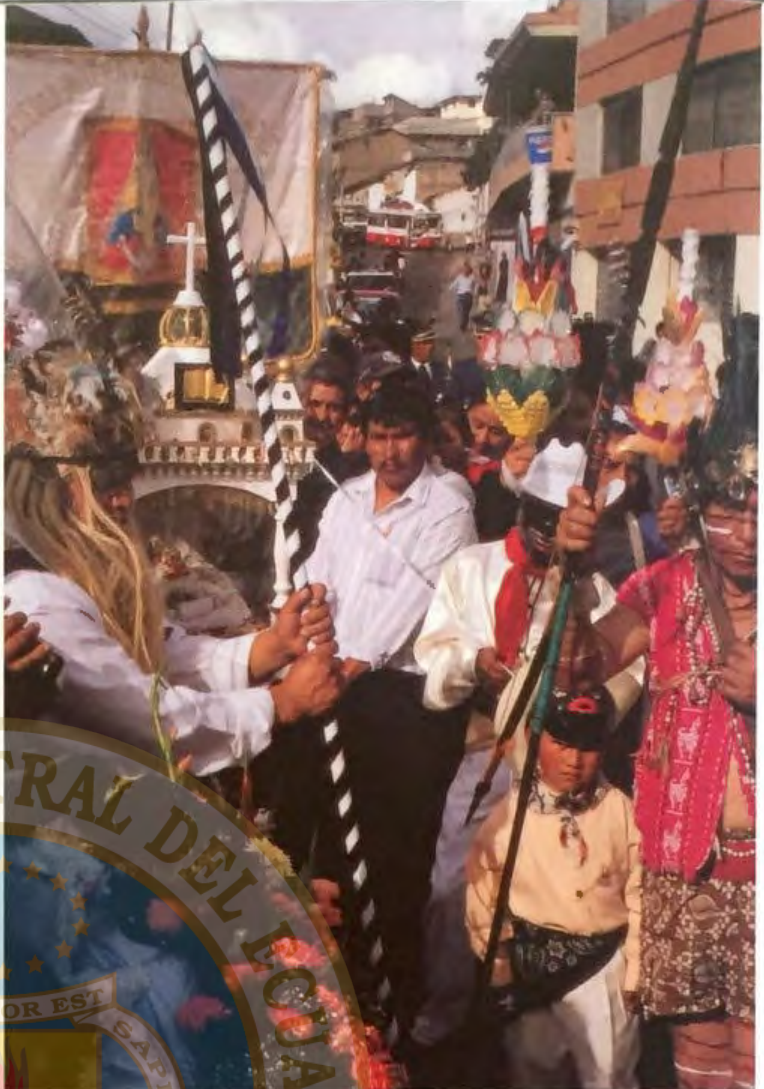
Pero, ¿quiénes eran los yumbos a la llegada de los españoles? Según Frank Salomon, se trataba de una etnia que habitaba las laderas occidentales del volcán Pichincha y que venía a comerciar con los aborígenes serranos. Luego se amplió el uso del término para abarcar a los indígenas de las estribaciones orientales, y finalmente, en el campo de la brujería, se generalizó el apelativo para aquellos yachacs o curanderos de las zonas subtropicales de ambos lados de los Andes.



ARRIBA Y PÁGS. SIGUIENTES:

Personajes de la yumbada, que llegaban a comerciar a Quito y luego festejaban con algarabía por las calles. Los llamados yumbos de Archidona, grandes y chicos, se mezclan con los negros -que recuerdan a las montoneras que arribaron con Alfaro-, los payasos, los animales del monte que encarnan al mal, el ángel que recita la loa y las devotas que llevan grandes velas de cera y lanzan pétalos al paso del Niño.





FOTOS PCUM



El pase del Niño

Jorge Dávila Vázquez

Se presume que la fiesta de la Navidad era ya muy solemne en Cuenca a finales del siglo XVI, por la abundancia de imágenes relacionadas al culto del Niño Jesús y por lo que han dejado las crónicas al respecto. Pero en el siglo pasado el número y variedad de disfraces aumentó en el cortejo que iba de la casa del sacerdote o mantenedor a la iglesia para la Misa del Niño, al otro día de la velación. En estas manifestaciones tomaban parte todos los barrios de la ciudad y pueblos aledaños, más o menos como ocurre en la actualidad. Muchos niños vestían y vistían de pastores, pero la idea del zagal bíblico cede el paso a una versión local, que lleva el atuendo del cholo, poblador de la región. Aparecen también representaciones de otros grupos étnicos: otavaleños, jíbaros, cañarejos, saraguros; y la realidad social adquiere una forma de representación sumamente colorida en los mayores y mayorales.

En lo relativo a los pesebres o nacimientos, estos se arreglan en casas e iglesias. Lo más relevante es el grupo formado por el Niño, la Virgen, San José, ángeles, reyes magos y pastores, así como por la mula y el buey, que se refugian en un portal que evoca las chozas de nuestros campos. A los líderes de los pases mayores se les conoce como mantenedores; ellos y los sacerdotes invierten mucho tiempo y dinero en los preparativos. La participación de muchas personas se debe a la "invitación" que reciben de los sacerdotes o mantenedores, para que preparen los carros alegóricos o disfracen a sus niños de los caracteres más importantes de la comparsa —lo que no limita a los demás, pues, llevados del fervor y la devoción por el Niño Jesús, centenares de fieles se lanzan espontáneamente a las calles con sus niños usando cualquier disfraz—. En general, se da un afán de lucimiento social de los sacerdotes, al vestir a sus hijos con los mejores trajes, o arreglar carros alegóricos y castillos de ofrendas.

Cuando culmina el pase del Niño Viajero, se inician múltiples pases menores, integrados por los participantes de pueblos vecinos que retornan a ellos. La fiesta en este caso comienza cuando llegan a casa: a pocos kilómetros del poblado les espera el párroco, que recibe a la imagen venerada en la comunidad, y el cortejo avanza hasta la iglesia. Se celebra la misa, y

El pase del Niño Viajero avanza por el centro de Cuenca el 24 de diciembre.





ARRIBA:
Gallos que participan en el pase.

ABAJO:
Niños disfrazados de personajes bíblicos, sobre un bus "de la vida real".

DERECHA:
Los mayorales, montados sobre el castillo de ofrendas, son los personajes centrales del pase del Niño Viajero.

se reparten agasajos a los niños de las comparsas. En los pases de pueblo se mantienen menos alteradas las características tradicionales, por la representación de autos sacramentales. Las piezas que se declaman pasan de padres a hijos, por tradición oral.

El pase del Niño Viajero—realizado el 24 de diciembre— es el más notable de todos. Antes de adherirse, los invitados van a casa de Rosa Pulla, la mantenedora, para recibir pan y chicha rituales.

Los carros alegóricos, con escenas relacionadas con la Biblia y la tradición religiosa, avanzan rodeados de la comparsa infantil, de caballos y vehículos colmados de ofrendas. Impera una alegre y feliz anarquía multitudinaria de angelitos, mayorales, gitanos, indios, personajes de la televisión y el cine, reyes, manolas, mexicanos y representantes más o menos genuinos de grupos étnicos, entre muchos otros frutos de la imaginación del pueblo, que se mezclan con los devotos, los vendedores ambulantes, los fotógrafos y filmadores, los simples espectadores, y todo al ritmo de los villancicos. Cierra la procesión el carro alegórico que transporta al Niño Viajero, llevado por uno o varios sacerdotes.

El trabajo de los priostes, y especialmente de los mantenedores, se da básicamente en las invitaciones, mediante las que se logra la participación de los devotos, no solo con los niños disfrazados, sino con elementos característicos del pase: flores, carros alegóricos, castillos, vehículos, caballos, grupos de baile, etc.. Las invitaciones escritas exhiben la foto de la imagen, en cuyo honor se realizará la pasada, así como un detalle de sus favores o castigos. Los priostes llevan un "agrado", pequeño regalo simbólico constituido por pan de dulce y chicha. El pan tiene honda significación. Está ligado en su sabor y formas a la fiesta, a lo infantil, a lo devoto. Al aceptar el "agrado", la persona accede a cumplir con el pedido de "prestar" a sus hijos para la pasada y colaborar en ésta de diversos modos.

La vigilia se realiza el día anterior al pase, con variantes que dependen de la propiedad de la imagen y del sitio en que se efectúa. Cuando es de propiedad particular, la velación se da generalmente en la casa de los dueños o de un prioste. El Niño luce sus mejores galas. Lo rodean flores y luces, lo envuelve el humo del incienso, hay música y cohetes, y se reparte entre los convidados canelazo, chicha y comida en abundancia, con la intención de que velen al Niño Dios hasta el amanecer.

En los pueblos, el ambiente es mucho más festivo. Se baila, se juega a las cartas. Los priostes brindan comida, pero sobre todo aguardiente, de modo generoso. De la pirotecnia regional lo más llamativo son los castillos y las vacas locas. La vigilia, orando y cantando, evoca la actitud de los pastores. La luz de los cirios significa la esperanza en el Mesías.









Algunos personajes

El talento creativo del pueblo personifica el misterioso cuerpo celeste que guió a los pastores y a los magos hasta el portal de Belén, en un muchacho vestido de ángel, que porta una vara coronada por una estrella y que va a la cabeza, en un caballo profusamente adornado: es el Ángel de la Estrella.

Detrás vienen Gaspar, Melchor y Baltazar, aquellos magos de Oriente que según el Evangelio de San Lucas fueron a adorar al Mesías. Nuestra gente los ha clasificado racialmente en blanco, negro e indio.

Y el Niño es el símbolo de sueños y esperanzas y de la vida misma. En el pase es muy frecuente encontrarlo personificado por pequeños de diversa edad, mientras la Virgen María es representada por una niña de apariencia agradable, que lleva túnica de color rosa y manto celeste. Es uno de los personajes más frecuentes en la comparsa.

Los mayores son idealizaciones del hombre y la mujer del pueblo, del cholo y la chola cuencanos, con su atuendo caracterizado por el poncho, el paño, la pollera, el sombrero y las alpargatas, pero todo tan magníficamente bordado y recamado, que se convierten en los portadores de ofrendas más elegantes que se pueda imaginar.

Llaman la atención también los danzantes del Tucumán, que llevan atuendos de diversos grupos indígenas de la Sierra. En número de doce o más, al son de música andina, trenzan y destrenzan cintas en torno a un eje. Cada cierto tiempo, detienen la procesión para demostrar su habilidad.

Los castillos, elementos infaltables, son estructuras de madera cubiertas totalmente de frutos de la tierra, grandes panes decorados, botellas de licor, golosinas en sartas, billetes, y que a veces se culminan en una cazuela de papas doradas con varios cuyes o pollos asados encima, o en una batea con un cerdo horneado. Estos castillos van sobre caballos o vehículos acondicionados para el efecto. Es curiosa también la forma como se adorna a los animales y aves preparados para la comida, con cintas, sombreritos de paja, ajíes, manzanas y billetes.

Los castillos son ofrendas simbólicas al Niño Jesús, que revelan la abundancia, riqueza y prosperidad o también las limitaciones económicas de quien las hace. La ofrenda se transforma en un mecanismo de dar y recibir. El que recibe, de alguna manera tiene que dar, y al presentar a Dios sus ofrendas espera recibir de Él favores a cambio de bienes materiales. Los alimentos, ofrecidos a Dios simbólicamente, se reparten dentro del grupo, luego de terminado el rito de la pasada, en un festín colectivo. (J.D.)

ARRIBA:
Niños vestidos de mayores, vistos desde arriba en el centro de Cuenca.

ABAJO:
Músicos campesinos acompañando a la procesión, en el campo azuayo.



Pase del Niño de Isínche.

Todo está allí

Rito condensado y significativo, eso es la fiesta. Es una condensación no sólo espacio-temporal, sino que los múltiples factores de la vida, articulados invisible e insensiblemente en el vivir cotidiano, adquieren relieve, notoriedad, significación. Es un vivir intenso fuera de lo ordinario: la persona no se vestirá como siempre, no comerá lo de todos los días, no hará lo que hace cada día, no estará allí donde suele estar, no se encontrará con sólo los suyos, no hablará lo que le ocupa de ordinario la mente. Es un vivir no cotidiano, si bien enraizado en la vida.

Símbolo en acción, condensado y significativo, la fiesta es anunciadora. Ella es prometedora de algo mejor, es jubilosa. Se celebra la muerte, se festeja la vida. Hay una gravedad implícita en el festejar, porque hay un compromiso con el trabajo y la lucha del futuro, pero son las notas alegres las que vehiculan lo exigente y comprometedor (...).

Estudiar la fiesta religiosa campesina no es tan sólo estudiar un fenómeno religioso, sino la vida toda en sus múltiples aspectos. La cultura autóctona se caracteriza, en gran manera, por la unidad de vida, porque en ella se vive no en cuarteles separa-

dos, sino en una síntesis total que es religiosa y económica, política y social y cultural. Todo está allí, y está de un modo significativo y ágil, danzando y gritando, como un anuncio de un modo más justo y más alegre. La vida para vivirse y para festejarse (...).

El rito merece la adhesión de todo grupo, en su torno se reúnen quienes han participado lejos o han permanecido en sus estancias; están los ancianos venerables que han pasado varios cargos y los niños que miran y fijan en sí la forma de hacerlos; están las mujeres y los hombres, cumpliendo sus funciones para la mayor solemnidad. Pero ¿todos participan de una fe? ¿De un mismo código de creencias? Quizás no; el símbolo es unificador de una pluralidad de creencias; no todos mantendrán la misma fe y convicciones, dependerá de su grado de aculturación y secularización, pero es el rito el que unifica y manifiesta, de algún modo, las creencias subyacentes o conscientes del grupo.

Marco Vinicio Rueda

*La fiesta religiosa campesina
(Andes ecuatorianos)*

Quisapincha

El fin de semana siguiente acudimos a Quisapincha, el pueblo de las curtiembres y talleres del cuero que queda a una media hora de Ambato, más allá de Pinlo. Ahí tienen lugar religiosamente, cada 31 de diciembre y cada 1 de enero, las procesiones de Reyes, muy asentadas en la tradición hispánica si recordamos que antes de la generalización anglosajona de la Navidad, las grandes fiestas de finales de año empezaban con los Santos Inocentes del 28 de diciembre y se extendían por lo menos hasta el 6 de enero, justamente el día de Reyes y de regalos para los niños.

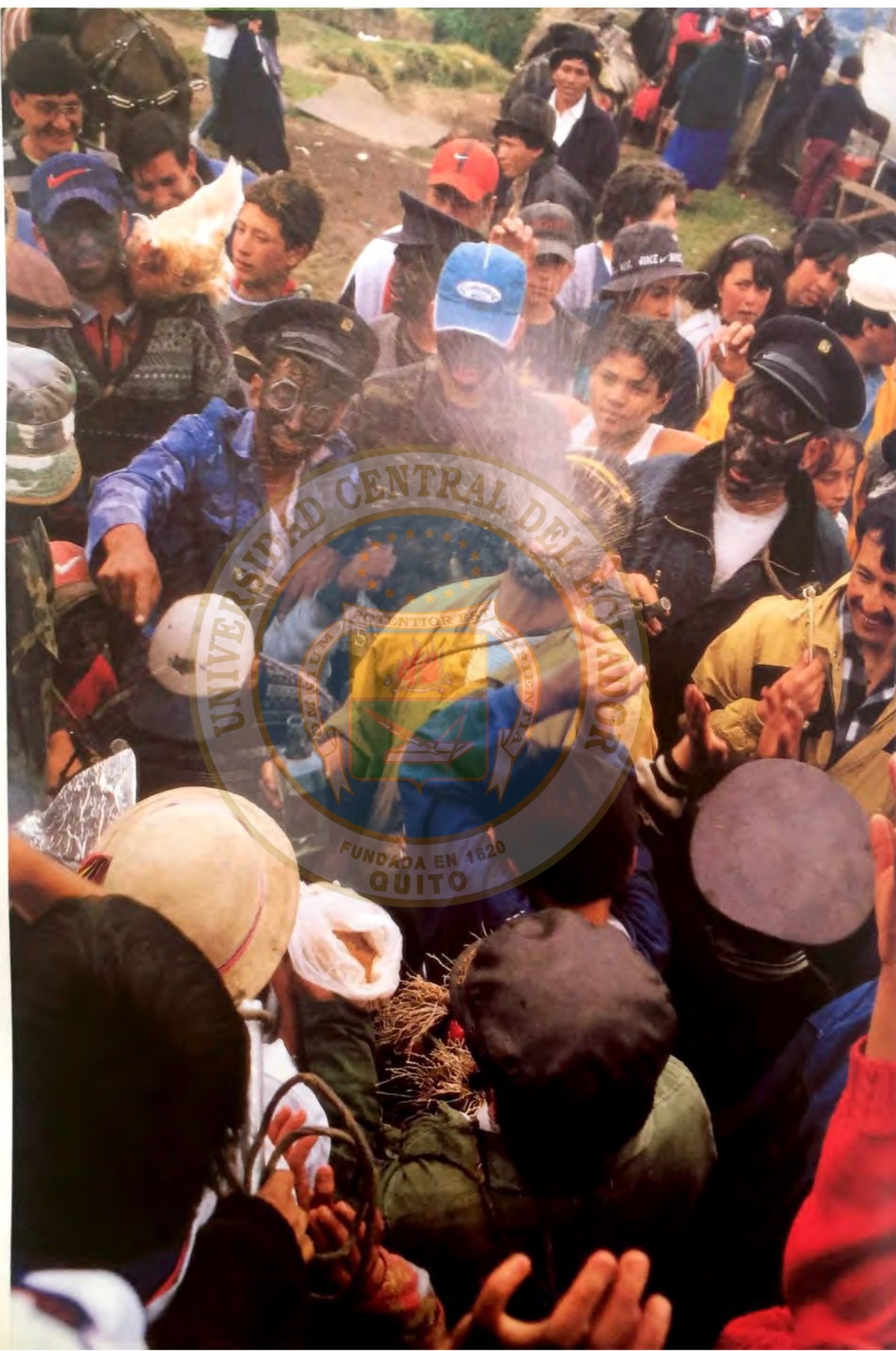
En casa del prioste, a la entrada de Quisapincha, toca la banda mientras se vienen juntando, bajo el sol radiante de las 2 de la tarde, hombres a caballo y los diversos personajes y participantes. Cuando llega la hora, avanzan los tres Reyes con lujosos atuendos junto al Ángel de la Estrella. Traen recuas de mulas con su carga de cucharas de plata y campanas, que vienen precedidas y escoltadas por los panchos, mestizos pintados de negro que hacen gala de energía. Los soplos de las bocinas van abriendo camino a la procesión que pasa

IZQUIERDA:
Uno de los panchos encargado de vigilar los cofres de los Reyes.

DERECHA:
Adornado con amores secos, este niño representa a un urcuyaya o ser del monte.

FOTOS: PCUM





por los arcos de flores levantados por los priostes frente a sus casas: vienen, entre otros, las mujeres que llevan el sahumero y las camisonas, que son hombres vestidos de mujer. Finalmente, la plaza se ha llenado de jinetes que corren de una esquina a la otra, mientras en la puerta de la iglesia se sopla trago a la caporala y al niño que la acompaña. La banda arrecia con su música, los panchos se van emborrachando y una muchacha aviva los tizones del sahumero. Hay también el baile de los viejitos –niños en realidad, disfrazados de mayores– y luego se realiza una carrera ritual de camisonas hacia el cerro de Pucará, donde tiene lugar otro rito.

"¡Salud, Juan de Pucará! ¡Salud, Quisapincha! ¡Salud, Tungurahua! ¡Salud, Chimborazo! ¡Y los cerros que se me escapan!"... Así brinda en la Cruz de Pucará, encima del pueblo de Quisapincha, uno de los tiznados panchos, con el cigarrillo en una mano y en la otra la botella de trago que mezclado con chicha, granos masticados y canela, escupe bruscamente a las gentes que lo rodean, que rien, alzan las manos y se dejan salpicar en una "limpia" colectiva. Es la llamada Cenación del Niño, que termina con la soltada de un cuy.

El ritual ha ido cobrando tanta fuerza emocional y colectiva que, más acá de cualquier teoría sobre el mestizaje, al atardecer del último día del año 2000 uno termina sintiendo que si algo somos los ecuatorianos, si en algún lado está nuestra raíz y nuestro espejo, es en ese pueblo que en la ceremonia, religiosa y pagana al mismo tiempo, se libera de lo cotidiano y disfrazado, tiznado y bebido, accede a un tiempo y espacio otros, antiguos, sagrados en el estricto sentido de la palabra.

De vuelta a Ambato, la noche de los añoviejos nos encuentra recorriendo la avenida Cevallos, donde el espectáculo principal no son los monigotes sino las viudas, otra vez hombres disfrazados de mujeres, jugando en el límite de que sí y que no, más sí que no, ante la mirada picara y cómplice de los paseantes. Aunque la cosa no pase a mayores (al menos en público), es imposible no recordar las saturnales romanas de diciembre y las danzas dionisiacas de los griegos en la cosecha de la uva, donde la transgresión era la norma. Sin embargo de tan ilustres antecedentes, a Paulo de Carvalho Neto le llamó mucho la atención lo difundida que está la costumbre de vestirse de mujer en diferentes fiestas y anotó en su célebre *Diccionario del Folklore Ecuatoriano* la necesidad de hacer un análisis psicológico de ese impulso. Sin hilar tan fino, en el mundo al revés de la fiesta invertir la estructura de género hombre-mujer es tan obvio e inmediato como burlarse del poder político y del sistema racista, a los que también se cuestiona cuando el indio se viste de blanco, el mestizo se pinta de negro y el poderoso finge servidumbre...

IZQUIERDA:

En la Cruz de Pucará Grande, uno de los panchos hace la limpia escupiendo trago con granos masticados a los participantes.

ABAJO:

El tradicional oso de musgo y el insólito guerrillero forman una comparsa del pase del Niño en el Barrio Montalvo, al norte de Ambato.





En Riobamba y Ambato

El primer día del año, “en el Barrio Montalvo, parroquia Cunchibamba, cantón Ambato”, como nos explica un mayor, el Niño sale de la casa del prioste en medio de un alegre cortejo que avanza por la Panamericana en dirección a Salcedo, pero al poco trecho abandona el asfalto y dobla hacia la iglesia. “El disfraz del mono Martín es el más preferido aquí –dice un payaso de la comparsa–, tiene dos hijos en el pecho, dos Martínez chiquitos. Los payasos siguen al Martín; hay perros también, animalitos que han estado en el belén, pero el Martín es el papá de todos. Todo el pueblo paga la banda, todos hacen de colaborar”.

Algo parecido acontece en San Francisco de Culapachán, un pintoresco caserío con iglesia, donde han puesto antorchas en la loma de la entrada y hay un reguero de pétalos fragantes.

Ese mismo Día de Reyes tienen lugar festejos en las ciudades más importantes de la Sierra Central: en Riobamba y en Ambato. Aquí, en la capital del Tungurahua, no lejos de Pillaro, se organiza el Corso de las Flores y la Alegría un mes antes de la Fiesta de las Flores y las Frutas, pintoresco desfile que recorre la misma avenida Cevallos bajo la mirada y los aplausos de miles de ambateños: comparsas, colegios con cachiporreras y bandas de guerra, carros alegóricos y disfrazados. Representando a un personaje ficticio, Benito Portero gana en la categoría de carros

Niños vestidos de payasos aguardan el inicio del pase al norte de Ambato.

alegóricos con *Betty, la fea*, telenovela colombiana que ha roto todos los ratings de sintonía.

En Riobamba las cosas son menos paganas: acá se escenifica por el centro de la ciudad el pase del Rey de Reyes, con la imagen milagrosa de un Niño Dios que fuera hallado en el barrio de Santa Rosa, entre las ruinas dejadas por el terrible terremoto de 1797. Como el prioste de este año fue la Policía, el Niño, vestido de policía, viene en manos del comandante provincial. Vienen también curiquingues, gorilas y payasos. Todo desemboca en una misa campal. El año que entra le corresponde el priostazgo al alcalde Fernando Guerrero.

La gran diablada de Pillaro

Según viejos pergaminos, el diablo solía aparecerse habitualmente en Pillaro allá por el siglo XVI, en medio de la noche. Pero debió aguardar hasta 1930 para asomar pública y masivamente en la diablada que recorre desde entonces las calles del pueblo el primero de enero y el 6. De modo que allá volvimos, a Tungurahua, y en efecto asistimos a la más grande diablada de que hubiéramos tenido noticia, tanto que *El Comercio* informó al día siguiente que se habían abierto las tapas del infierno y dos mil diablos marcharon por Pillaro, brincando, gruñendo y exhibiendo unas máscaras espectaculares de papel acartonado engomado, con dientes y cachos de animales y llevando en las manos otros animales más pequeños.

En el barrio de Chocata del Carmen, es don Segundo Chicaiza quien da rostro a los diablos. Las máscaras son elaboradas untando papel de empaque con engrudo de harina de yuca y aplicándolo al molde. Luego se colocan los cachos de venado o de alambre, los dientes y adornos, se añade masilla y más capas de papel. Por último, se abren los orificios de ojos y boca y se pinta, básicamente con el rojo y el negro que son los colores infernales por antonomasia.

Pasado el mediodía del 6 de enero, un sol infernal caldeaba aún más el ambiente de por sí alegre de los pillarenses que integraban ya en los barrios las diferentes partidas de demonios y parejas de línea, mientras los espectadores se acomodaban al ruedo del parque. "Yo recién llevo cuatro años", dice Luis Gamboa en la tienda donde alquilan o venden disfraces, a una cuadra del parque. "Hoy será mi quinto año". La tradición exige que quien se disfrazó una vez, tendrá que bailar los doce años si no quiere pasar las de Caín. Por el contrario, su cumplimiento depara buena fortuna. (Una creencia igual mantienen en la Sierra norte quienes asumen el papel de diablo-humas en los sanjuanés). Lo interesante acá es que las mujeres también se visten de demonios y todos bailan al son de *Pillaro viejo* y otras melodías nacionales.



ABAJO Y PÁGINAS SIGUIENTES:

La diablada de Pillaro es una de las fiestas más coloridas del país. Legiones de demonios variopintos asaman en cada barrio el primero y el 6 de enero. Las máscaras son de papel engomado, con cachos y dientes de animales. Los diablos recorren la ciudad gruñendo y bailando; llevan foetes y pequeños animales en la mano para asustar a los espectadores.

MITONCE







PCUM



C. CORRAL



PCUM

La panga remonta el río impulsada por el cansino ronquido de los motores fuera de borda. “¡Asúntate pues puntero, asúuuun-ta-te!”, es el potente carajazo con que el capitán reclama al negro de la proa, quien, adormilado por tanto sol, no detectó a tiempo un voluminoso tronco que, flotando camuflado en sentido contrario a la canoa, tipo cocodrilo, pasa amenazante por un costado. El susto deja saber que estamos en San Miguel, pleno delta de los ríos Onzole y Cayapas.

El jolgorio de los niños bañándose desnudos y de otros que corren con la noticia del arribo es la recepción en San Francisco del Onzole, que aparece entre palmas reales y cocoteros, lleno de cintas de colores y entre el estruendo de un disco móvil 24 horas, contratado por la Junta para el aniversario parroquial.

El primer número es, para variar, fútbol. Los ágiles negritos de la escuela local logran una apretada victoria frente a los chicos llegados desde La Concordia. El partido se libra ante el delirio de las tribunas y el magisterio de un árbitro de botas de agua, sombrero de paja, machete y silbato quien, desde el pantanoso medio campo y en pleno macondiano aguacero, pita el final de la lid, que culmina con el fraterno y enlodado abrazo de los chicos.

Hacia la noche, llama la atención la velada, prevista para elegir a la Señorita de San Francisco. Entre declamaciones y coreografías, cinco esbeltas negras desfilan como manda el *glamour* internacional: traje típico (prendas confeccionadas en coco, fibras de rampira y pepas de cacao), de baño (con tangas de infarto y *tops* irresistibles) y de noche (tacones altos y bisutería deslumbrante). Luego de tres horas de aplausos, histerias y besos volados, Vilma I recibe la corona. Alta, con una sonrisa impecable y sus increíbles trece añitos, esta espectacular muchacha ofrece “dejarlo todo por mi Santo Domingo”. Incluso el mar de lágrimas con que cierra su discurso de posesión.

Tras la elección, la rumba. Desde el salón comunal, suena y truena una salsa dedicada al difunto Jaime Hurtado, líder negro que fuera asesinado en Quito a la salida del Congreso. Todo el pueblo baila y bebe toda la noche y, maravilla, no ha saltado ni un solo arrebató de violencia.

Las mujeres al poder

“Son cuarenta dólares, compañerito”, sentencia Alex Medina, mientras achica el agua de la panga que nos llevará río arriba. Firmado el contrato, la panga se desliza por las crecidas aguas del río. El paisaje se puebla poco a poco de centenarios árboles de pan, esbeltas palmas reales, cedros, laureles, guabos y aguacates. Patos, loritos verdes y bulliciosos, palomas, changos y hasta pavas, cruzan de vez en cuando para pagar todo el sa-



Reyes magos en el Onzole

Esteban Michelena





crificio metido a la aventura. A lo lejos, Santo Domingo del Onzole también ha guindado sus banderitas de colores.

En el caserío, esta vez la recepción es traumática. Tras las averiguaciones del caso pero sin mediar ni el saludo, el Intendente de Policía —personaje clave en el juego de Reyes Magos— conduce, a punta de carabina, a un lívido Paquito Salazar... ¡directo al cepo!, un primitivo armatoste de pesados maderos que aprisionan las piernas de la víctima. “Y dejan al cristiano sentado e indefenso, a la altura de las vistas de una guanta”, señala un gendarme.

Mientras se incrementan el desconcierto del fotógrafo, el griterío y las carcajadas de los negros, llega el Jefe de la Marina. Trae consigo la sentencia del Presidente, quien fijó la suma de rescate. “Tres dólares. O se seca el melenudo”, advierte, medio en serio, medio en broma, bajo el anonimato de su máscara, una negra de dientes amarillos, ojos inyectados y tufo aguardentoso. Dubitando si permito o no el tenaz asoleo del fotógrafo, finalmente cancelo el impuesto, invertido de inmediato en varias botellas de Frontera, ese ícono del trago esmeraldeño que, por las mismas, es compartido con la “víctima”, para que pase el susto y entre al desconcertante juego, una tradición que, aunque irregular y en retirada, aún se mantiene entre los pueblos negros de esta frondosa cuenca fluvial esmeraldeña, habitada por unos cuatro mil compatriotas.

Preparativos, colectas, designaciones de personajes empiezan el 28 de diciembre, bajo la dirección y liderazgo de las mujeres del pueblo o “reyeras”. La cosa, para la Capitán Amalia Corozo, es seria. “Aquí familia, jugando reyes, las mujeres tomamos el control”, afirma la negra, de voz fuerte y estridente. Y, ciertamente, durante los tres días oficiales (5, 6 y 7 de enero) el juego desplaza a la realidad. En nombre de Baltazar, Melchor y Gaspar, respectivamente, quien manda en los poblados es la presidenta de la fiesta. Y tan cierto que el teniente político firma una autorización... ¡de puño y letra!

Para jugar Reyes, las mujeres designan a cada personaje. Las doñas y las jóvenes asumen cargos como los de presidente, gobernador, intendente, comisarios, capitanes de mar y tierra, tesorera, paridora, entre otros. Negritos, blancos y cayapitos son roles secundarios que cumplen los bulliciosos niños del pueblo.

En esas se pasa todo Santo Domingo: “jugando Reyes”, mediante una participación entusiasta del poblado que ahora espera el desembarco de una panga repleta de personajes. Un vigía trepado en un guabo comunica la novedad. “¡Ve! ¡Ya vienen los Reyes! ¡Ve!”, aúlla un bembón. Y todo el pueblo, en medio de un griterío impresionante, se dirige al muelle a recibir la comitiva.

Cantando chigualos y agitando ramas, tocando en cununos o latas vacías, propinándose nalgazos, chocando las caderas, bailando sus coros con

PAG. ANTERIOR:

La comparsa de La Vaquerita arriba a Santo Domingo de Onzole al ritmo de su propia música y bajo mando de las mujeres.

IZQ. ARRIBA Y ABAJO:

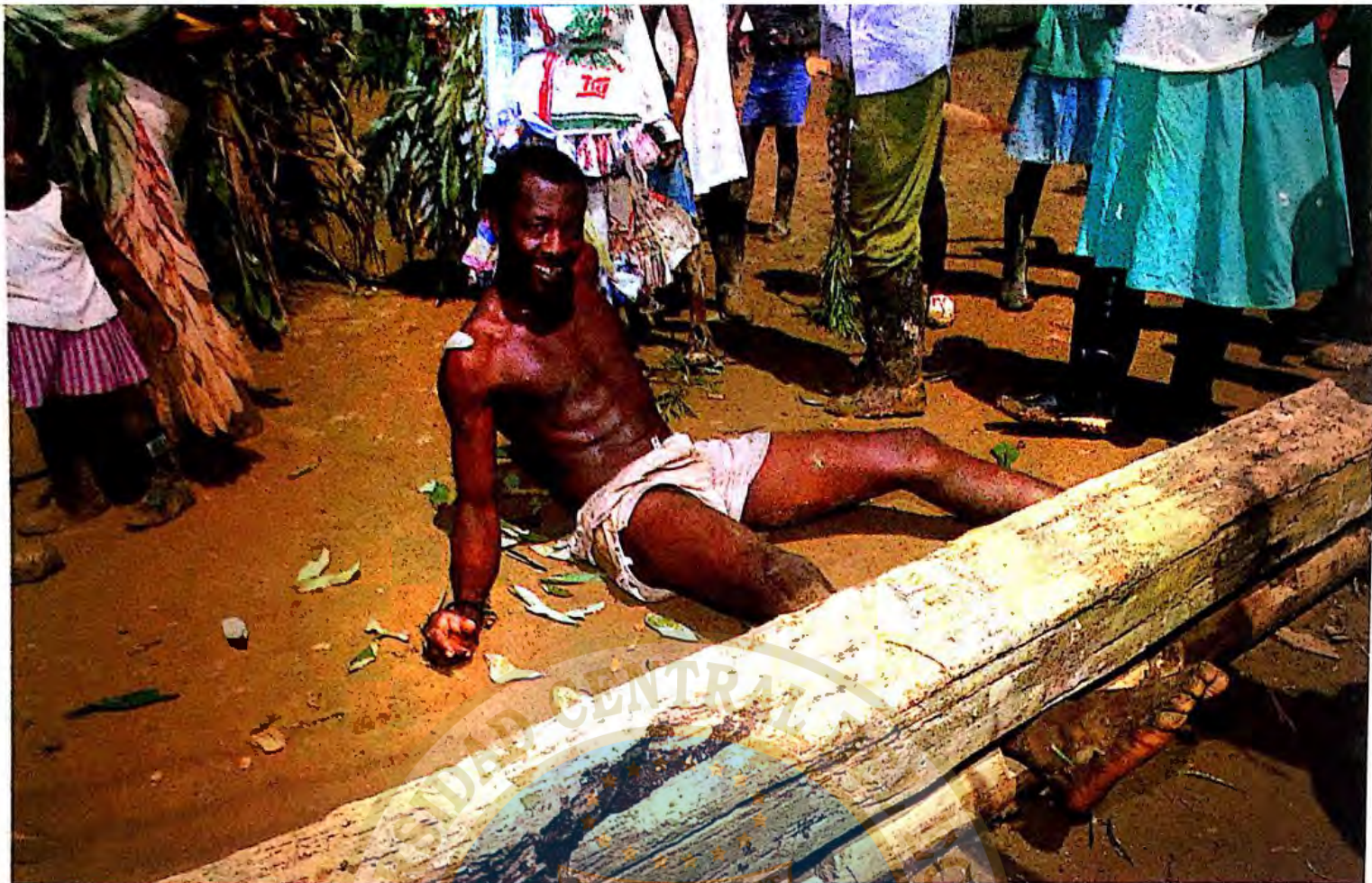
Personajes del juego de Reyes. Obsérvese la “recuperación” de empaques industriales en las disfraces.

ABAJO:

Niña vestida para Reyes, en el norte de Esmeraldas.

ARCHIVO J. GARCÍA





movimientos bruscos, los lugareños saludan a la delegación proveniente de La Vaquerita. Se trata de una docena de personajes que a golpe de canaleta han remontado el río y, también danzando al tiempo del bombo y el guazá, responden el júbilo provocado con más alegría, coros y frenesí.

Aparece el Viejito Leñador, un anciano de hacha en mano que corretea a los chiquitos, y el mismo Monito, que incluso puede entrar a los bohíos, a mirar que las casas estén limpias. Caderona, pipona y acompasada, camina La Preñada; le siguen los cayapitos y los cholos; al final y "playando el oro", se menea la Morena Linda.

La comitiva lidera nuevos desfiles, cantados y acompañados por palmas y zapateos al unísono. Los niños reciben algún refresco con coca-da y los viejos un buen Juan del Monte, por trago templador, o el dulce guarapo, lleno de melao de caña y proveedor infalible de una progresiva y festiva borrachera. "Lo que es yo... ¡sí me ajumo loj treh día!", declara Kle-nex (!) Valencia, dueño de su molienda.

A las 5 de la tarde, las celebraciones siguen tan eufóricas como al principio. Arrullos y chigualos no cesan un minuto. Preocupado, el canoero Medina indica que, si no dejamos Santo Domingo ahora, mejor veamos dónde pasamos la noche, "pues con la oscuridad el Onzole se vuelve bandido y con la noche ni me meto". Salazar descarga sus últimas fotografías. De dos correazos, el canoero arranca el Yamaha 150 fuera de borda y gran parte de la festiva procesión nos despide desde el muelle. (Revista Mundo Diners)

Cuando las mujeres toman el poder, mandan a los hombres al cepo, en la fiesta de Reyes, que tiene lugar en Santo Domingo de Onzole.

Cumbe y La Candelaria

Luego de Reyes viene una relativa tregua, que aprovecho para actualizar un calendario festivo que nos servirá de guía y será reajustado sobre la marcha. El 20 de enero, en Pifo, Pichincha, tiene lugar la fiesta patronal de San Sebastián, y nos encaminamos hacia allá. Que es también la fundación del pueblo, nos dicen al llegar. Hay comparsas que desfilan por el parque central, seguidas por chagras de Cayambe, Machachi y de las haciendas de los alrededores, que hacen gracias frente a la terraza-balcón de las autoridades y cantan acompañándose de guitarras.

El señor de Cumbe

Según Galo Carrión, el fotógrafo cuencano, obliga la tradición que se festeje al Señor todos los domingos de enero, de suerte que cada sábado es víspera en distintos barrios, donde se juega a la vaca loca y se queman castillos. El más importante es el segundo domingo de enero, que le corresponde al centro del pueblo, y hasta acá acuden de los demás barrios, de pueblos y ciudades vecinos, y —como ya es “tradición” en el Azuay— de los Estados Unidos. Y cuando no pueden llegar, envían su limosna para el culto.

Este segundo sábado de víspera comienza la fiesta con una gran procesión, anota Carrión. La encabeza el cura, residente en Cumbe, seguido por los priostes mayores, los maceteros, las maceteras, los de a caballo (que participan luego en las escaramuzas), los payasos y los músicos. Con tan notable cortejo, la imagen del Señor de los Milagros se pasea por la calle principal y a la entrada de la iglesia escucha las loas recitadas por una niña y un niño. Se escucha también el himno nacional y se gritan ¡vivas! al Ecuador y al Señor de los Milagros. (Es importante destacar que en muchas fiestas se procede de igual manera, ratificando la fidelidad al país y al santo local. Los sociólogos que indagaban por los mecanismos de fortalecimiento de la identidad nacional tienen aquí una rica veta, pues un principio de la fiesta popular es ratificar el sentido de pertenencia a una comunidad determinada). Luego de la misa se pasa a la serenata mariachi y el baile; las bandas de música y los shows artísticos alegran la noche, que se aclara súbitamente con la quema de la chainiza.

Seis meses después, en julio, hay otra ronda de celebraciones, que incluyen al famoso *gallo pitina*. Se cuelga de las patas al gallo en una especie

ARRIBA:
Detalle de la procesión del Señor de Cumbe,
cerca de Cuenca.

ABAJO:
Vela de colores utilizada en muchas procesio-
nes religiosas.



de tripode grande y los jinetes pasan al galope tratando de arrancarle la cabeza con las manos. Quien lo logra, exhibe con orgullo el sangriento trofeo.

La Candelaria

El 2 de febrero se celebra en Mira, provincia del Carchi, a la Virgen de la Caridad. En realidad, la imagen que se venera corresponde a la Inmaculada, pero cuentan que tres siglos atrás hubo un alzamiento de los negros esclavos del Chota y, para apaciguarlos, los religiosos la cambiaron de nombre, digamos, por La Caridad, que en realidad corresponde a La Candelaria, muy querida por los afroamericanos en países como Cuba, y también en Brasil, donde el 2 de febrero está consagrado a una deidad africana, Iemanjá, reina del mar, por lo que cantantes de la talla de María Bethania le envían joyas y ofrendas sobre balsitas que flotan mar adentro



desde las orillas de Salvador de Bahía. Por eso la imagen no tiene guagua, porque es Inmaculada. Los mireños la apodan La Chamizuda, pues cuentan que era andariega y volvía de sus recorridos con los cabellos alborotados. Ahora la celebran con procesión de cirios, toros y una gran fogata.

Como este año del 2002 el día de La Caridad cayó en sábado, no hubo necesidad de mover la celebración. Luego de haber amontonado las ramas secas o chamiza en el estadio para la hoguera nocturna, y tras el homenaje de los niños que llevaban los cirios, a las 4 de la tarde arrancaron los toros de pueblo: el primer astado terminó con los dos cachos rotos y sangrantes; el segundo apareció con un solo cacho de entrada, pero ello no obstaculizó la diversión; por el contrario, los muchachos con ínfulas de "mataores" se arrimaban más al burel para impresionar a las chiquillas que aplaudían desde las gradas. Al lado, seguían los encuentros de ecuavolley y en el coliseo cantaban los ga-

llos de pelea. A las 8 de la noche, cumplidas las vísperas en la iglesia, partió una pequeña procesión nocturna escoltando a la Virgen con velas encendidas; venían a la quema de la chamiza, cuyo súbito resplandor alumbró la noche, mientras en una esquina varios hombres preparaban al “novillo de bombas”, cubriendo sus cachos con unos conos forrados de resina y prendiéndoles fuego. El animal era refrenado apenas por un largo cabestro que templaban ocasionalmente varios hombres para impedir que embistiera al público sentado, pero dándole cuerda para que persiguiera a los muchachos que lo tentaban con el cuerpo, con gritos y chompas. En los diversos lances, a mayor peligro y cercanía, mayor tono de los murmullos, las exclamaciones, las risas.

Más allá de la Virgen y los carros y camionetas que rodean al terreno, entre la llama, el polvo y la humareda, se siente el hondo contenido pagano de este rito, su conexión con las ceremonias primigenias de la huma-

FOTOS: PCUVI



nidad alrededor del poderoso fuego. En un quiosco venden el “hervido más grande del mundo... mireño”, que según un cronista es el tradicional tardón, mezcla de guarapo con jugo de naranja. En esa apoteosis de la candela empiezan a estallar castillos pirotécnicos que dibujan en pólvora encendida el perfil de La Candelaria. La fiesta rematará al día siguiente con una gran procesión.

El 4 y el 5 de febrero, Patate honra al Señor del Terremoto, cuyo culto se vivifica y crece cada vez que el vecino volcán Tungurahua tiembla al exhalar grandes bocanadas de ceniza. La leyenda de la venerada imagen cumple con los cánones de haber sido hallada entre las ruinas que dejara el espantoso terremoto de 1797, que también afectó a Riobamba y que tuvo una angustiosa repetición en agosto de 1949, cuando otro sismo arrasó al vecino Pelileo.

DE IZQ. A DER.:

En la fiesta de La Candelaria, los mireños se aprestan a colocar el cacho con resina al novillo. Luego, el novillo “embombado” es tentado por los muchachos. Y la gran fogata es alimentada con la chamiza traída por la tarde.

El Carnaval

Fiesta, rito, mito, ceremonia, celebración, culto, juego, fuego, ruido: otro gran evento se aproxima, el padre de todas las fiestas, el Carnaval. Mucho se ha escrito sobre él desde hace siglos, rastreándose su origen en los ritos dionisiacos de la Grecia antigua y en las saturnalias –por Saturno, dios romano de la siembra y las cosechas– y las bacanales en honor de Baco, dios del vino, así como en las mascaradas de las que hablábamos en el pregón de este libro.

Buscando los motivos eclesiásticos que llevaron a aceptar el desenfreno de Carnaval que precede a la expiación de la Cuaresma, Jaime Bejarano cita un texto del siglo XIII, que alumbra y explica a todas las fiestas mundanas: "Porque los barriles de vino reventarían si no se les destapara siquiera una vez, igualmente los hombres son como toneles efervescentes, a los que hay que ventilarlos para que el fermento deje de ebullición bajo presión de la piedad y el miedo a la divinidad. Solo así podrán regresar luego, con duplicado fer-

DERECHA:

El vicario de la diócesis de Ambato oficia el ritual de la Bendición de los Panes que da inicio a la Feria de las Flores y las Frutas.

ABAJO:

Un carro alegórico cubierto de ajíes y flores es parte del corso ambateño.





vor, al servicio del Señor". Por eso fue que la Iglesia fijó el Miércoles de Ceniza como fecha de retorno a este valle de lágrimas. Así, con esos antecedentes llegaron las carnestolendas al Nuevo Mundo. Igual que en el Virreynato de Nueva España, en el territorio de la Real Audiencia —que abarcaba hasta Popayán, sobre todo en la parte serrana— se generalizó el juego con agua.

Hoy, los festejos más sonados tienen lugar en Ambato y Guaranda, pero obviamente la celebración abarca a todo el país. En Atacames se realiza un festival de la marimba en el malecón, que adquiere el nombre efímero de Marimbódromo. En Montañita, provincia del Guayas, se realizan competencias de *surf* y en los bares playeros prima la onda del *rave* con sus malabares de fuego. En las playas de Manta, Crucita y Bahía hay concursos de bikinis, camisetas mojadas, juegos acuáticos y bailes nocturnos a la orilla del mar. En Cuenca es la ocasión, única en el año, de saborear el mote-pata, un caldo succulento a base de mote, chorizo, tocino y pepa de sambo. Hasta la generación pasada, algunas comunidades ubicadas al sur de la capital azuaya, entre Tarquí y Turi, como parte del Carnaval disputaban con extrema violencia la conquista de un cerro, utilizando como arma una especie de honda llamada huaraca —de donde el término *huaracazo*— y grandes sombreros que hacían también las veces de escudos.

En Ambato, dos años después del terrible terremoto de 1949 se instauró la Fiesta de las Flores y las Frutas, que luego coincidió con el calendario móvil del Carnaval, salvo que los ambateños fueron los primeros en promover una campaña local para erradicar el juego con agua, como en efecto sucedió. Con desfiles, corridas de toros, rondas nocturnas, exposiciones artesanales y demás, la fiesta irá asumiendo un perfil distinto, que para mediados de los años ochentas ya estará bien definido, como lo muestra la crónica que sigue.

Las flores y las frutas

Ambato, 1985... Inspirado, olfateando a lo lejos las canelas del baile más popular de la feria, me encamino hacia La Medalla Milagrosa, en cuya histórica placita funcionó desde 1755 la primera imprenta que hubo en el Ecuador. Además, la hermosa capilla de piedra caliza fue restaurada por el Banco Central, que ha organizado *ad intra* un ciclo de conferencias ecológicas, coros sagrados y música clásica.

Pero en esta noche pagana las puertas del templo permanecen cerradas. Desde el frágil tinglado, la orquesta arremete con *Juanito Alimaña* y un negro cincuentón vestido de punta en blanco se desliza con la sedosa suavidad de una pantera. Cuando la fiesta llega a su clímax, un chispo se trepa al monumento de la imprenta y no hay poder humano ni divino que

FOTOS PCUVI



lo haga descender. Iluminado, el cantante le ofrece por los altavoces una de Trópico. El chispa sacude la cabeza arriesgando la vida, levanta en equilibrio la mano. ¿Dos? ¡Arreglado, viva Ambato!

Citas con la muerte

Nacido a seis cuerdas de la Casa de Montalvo, el poeta Oñate había esperado 36 pacientes años la oportunidad de contemplar la momia de El Cosmopolita. Hoy, para mitigar su justificada emoción, me cuenta que le nombraron jurado de poesía y vino a dar un recital con Pazos, Larrea y el bardo ganador. Cuando nuestro guía abre la puerta de la antigua tienda esquinera del papá de don Juan, dos músicos minúsculos le comunican al borde del llanto que se ha perdido anoche la mitad de los instrumentos de la banda municipal. Oscuro presagio.

Ingresamos al mausoleo de cemento, levantamos la empolvada tapa del féretro: allí está el rostro apergaminado del panfletario mítico, del esteta que se vistió de frac para recibir a la muerte. No, en realidad, allí solo queda la ominosa afrenta del tiempo, vaga en la memoria el reclamo de Manrique: "¿Qué se hizo el rey don Juan? Los infantes de Aragón, ¿qué se hicieron?"

Afuera sigue la fiesta. En el atrio de la catedral, el nuncio, el obispo y el vicepresidente de la República entonan cánticos y bendicen las flores, las frutas y el pan, ante un gigantesco decorado hecho con naranjillas y tomates de árbol y arabescos de mandarina. El prohibido Montalvo los vigila desde su pedestal del parque, y una niña bosteza bajo una sombrilla maternal.

Los turistas continúan llegando, pero no en la cantidad de los años anteriores, cuando corría el buen billete. "Ahora, con todas las alzas de este gobierno, a duras penas alcanza para esto", comenta un deportista en sudaderas que también ha venido al mercado a comer los clásicos llapingachos con aguacate, chorizo y huevo montado. A través del humo fragoroso de la paila, distingo en una mesa a los hermanos Miño Naranjo, ambateños de cepa, cantantes de la Expo-85.

Junto a los puestos de flores multicolores y de hierbas para todos los males se ha plantado un misterioso toldo deambulante; desde su umbral un charlatán costeño llama a los cuatro vientos: "¡Pasen, caballeros, vean a Tassía, la princesa hindú en la urna de las serpientes!" Echada en una caja de malla metálica, inmóvil, casi desnuda, una triste campesina es recorrida por cuatro culebras desdentadas; fácil amalgama de espanto y erotismo orientada a desatar calenturas juveniles, arañazos en la malla, citas tardías (después de los toros).

Porque en los toros la cita es con la muerte. Aunque en la primera corrida de feria la plaza está semivacía. Lo bueno empieza en el cuarto de

IZQ. ARRIBA:
Típico plato de tortillas con chorizo, preparado en el Mercado de Ambato. La comida es parte clave de las celebraciones.

IZQ. ABAJO:
Batiendo el chocolate en la Fábrica de Chocolates Pazmiño, Huachi Chico, donde en Corpus aparecen los danzantes.

ABAJO:
El choncho homada se luce en Ficoa, al otro lado del río Ambato.



la tarde. Un torero francés salido de alguna *cave* existencialista, ojoso y espectral, se luce en la arena con las banderillas cortas. Luego, por derechos, el Morenito de Maracay hace sonar la música y cuando el estoque hunde la muerte en el lomo del burel, un escalofrío secreto le recorre la espalda a la guapa morena sentada cerca de nos.

El venezolano corta una oreja, pero su vuelta al ruedo pasa inadvertida porque en el tendido medio de sombra dos hombres jóvenes de pelo blanco le están dando una paliza a algún cristiano. "Son los dueños de la plaza", escucho detrás. "¡Presos!", gritan en las populares, pero preso se va el golpeado, mientras el paisano Benítez se enmienda angustiosamente con el último toro y alguien lanza una botella al callejón, ¡olé!

Pan de Pinllo

Por una calle de piedras resacas ascendemos a la loma de Pinllo, y seguimos en medio del polvo hasta dar con la panadería más famosa de la comarca, donde la familia Bonilla continúa elaborando el pan de harina integral y manteca de chanco sin haber modificado la técnica utilizada por Mama Rosario a principios de siglo.

"El secreto está en calentar el horno con ramas de eucalipto y poner el pan amasado directo en el piso de ladrillo, sin lata ni nada", dice el

IZQ. ARRIBA:

Las cachiporreras muestran sus encantos en las calles ambateñas.

IZQ. ABAJO:

Anuncio del gallo campadre en un camión de la provincia de Bolívar.

ABAJO:

El domingo de Carnaval tiene lugar en Ambato el Corso de las Flores y la Alegría, con comparsas, zanqueros, músicos, fisicoculturistas y hasta personajes de las series de televisión.



panadero sudoroso que alimenta la oscura boca del horno, "por eso van comprando para mandar a Nueva York, para hacerles cantar esa canción que dice: A los tiempos pan de Pinlo. ¿Han oído los señores tal vez?" Claro, cómo no, pero no llegamos a ver el gran pan de 15 metros que hizo el gremio de panaderos para esta feria. "Qué pena, porque estuvo bien lindo. Vendranse el año entrante, ¿no?"

Inmersos ya en la tibia marejada nocturna de gentes que van y vienen, desembocamos finalmente en la taquilla de la Expo-85. Un forzudo levanta pesas en el hall del cine contiguo, promocionando una película como en los violentos días del James Dean ambateño, ese legendario Fiallos que se mató jugando a la ruleta rusa en el Lucerna hace 25 años. Hoy, en el Liceo Cevallos, los artesanos y los comerciantes siguen exponiendo las mismas cosas en los mismos sitios: alfombras de Guano, zarcillos de Cuenca, papagayos de balsa, tejidos acrílicos, cacharro pastuso.

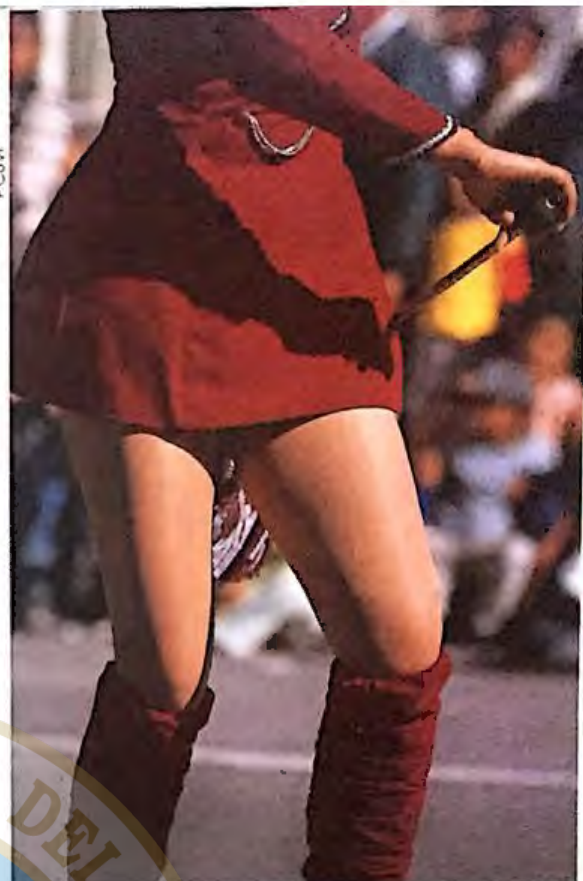
"Ningún brillo", suspira una chilena durante el show y no sabemos si se refiere a las alfombras o al pasillero engominado que hace gemir un requinto en el escenario, seguido por el meloso saxo de Olmedo Torres, por los Miño Naranjo y el infaltable Jesús Fichamba, hasta que unas guayacas de fulgurantes chemises plateados nos hacen sacar chispas en el patio al ritmo de los Hermanos Baca.

Goles añejos

Solo, muerto del frío en una terraza, me despierta por la mañana el ruido de un bimotor militar que sobrevuela la cuna de los tres Juanes con un curioso cargamento de niños felices aguaitando por las ventanillas. Intento vagamente reconciliar el sueño, pero el zumbido del avión es avasallado ahora por un rugido humano que desciende de Bellavista y viene retumbando por las calles de piedra como una tormenta encajonada: ¡Gool... de la Selección ecuatoriana, que vence a Finlandia por 3 a 0!

Allá entre blancos. Yo opto por visitar la exposición de los buenos frutos de la tierra: olorosas mandarinas y negras uvas del valle del Patate que sirven para hacer un pisco chumador, claudias shiro de origen japonés, la manzana emilia traída de las Europas como su nombre lo indica por don Emilio Terán, duraznos y guaytambos, néctares, mirabeles, peras, albaricoques de gloria, ciruelos para enlatar, capulíes dulces; todo cultivado en los pequeños huertos de Huachi, Quero y Pelileo.

Para variar de paisaje, voy a contemplar la muestra del XVI Salón Nacional de Pintura "Luis A. Martínez". Allí me enteró que el premio fue declarado desierto y que, guardando una tradición iniciada por su primo Voroshilov, quien desgarró a cuchilladas un lienzo en cierta bienal, la pin-





FOTOS: CHIRITZ



ARRIBA:
Jugar con agua y harina es la principal característica del Carnaval de Guaranda.

ABAJO:
Una muchacha indígena arroja carioca a los espectadores en el desfile del sábado en Guaranda.

DER. ARRIBA:
Personajes tradicionales de las alegres comparsas carnavaleros.

DER. ABAJO:
Cantantes de coplas en la plaza central de Guaranda.

tora Silvia Castillo vino a descolgar su cuadro armada de un revólver, cuando bastaban simplemente dos dedos luctuosos.

A las cuatro de la tarde las calles centrales están llenas de gente, de propios y forasteros, chicuelos innaculados, salasacas de negros ponchos, turistas de todo el país que aguardan bulliciosos e inquietos el corso carnavalesco. Las múltiples comparsas y los carros alegóricos ya están alineados en Ingahurco: la reina de Doral fuma en la corola de un nardo de papel, las colegialas risueñas abrazan a sus muñecos, nadie logra descifrar los semblantes de las mujeres policías que encabezan el desfile, adustas, inmunes a la lluvia de confeti, seguidas por un conejo gigante y por gatitas pintadas que se balan las colas, que pasan girando al son de las bandas provinciales.

La fanfarria se extiende por todas las esquinas de la ciudad. De improviso, en el corazón del parque Cevallos, le encuentro de nuevo al poeta Oñate, alcanzado irremediabilmente por la nostalgia de su juventud. De modo que para ser fieles al mito, nos compramos dos caretas de ángeles ajenos y nos integramos a una comparsa indígena que se hunde también en el fuego de la noche, solo para comprender al día siguiente que otra vez nos hemos equivocado de feria. (*Revista Dineros*)

Guaranda

Otro carnaval famoso tiene lugar en Guaranda. Reza el dicho que "en Guaranda, todo el año es Carnaval", aunque los festejos se extienden desde la entrada de Taita Carnaval, unos cinco días antes del domingo, hasta el juego sangriento del gallo compadre en Vinchoa, Cazipamba y en las comunas de Guanujo, después de la Ceniza. Acá se juega con mucha agua y con maicena, se preparan los chigüiles de harina de maíz, se bebe un aguardiente de caña llamado Pájaro Azul –cuya tonalidad proviene de la hoja de mandarina china que se incorpora en su elaboración– y se baila en cada esquina. Dentro del programa oficial, el desfile indígena se lleva a cabo el sábado y las comparsas marchan el domingo de Carnaval. Algo semejante ocurre en el no lejano cantón de San José de Chimbo.

Cuentan los mayores que en *illo tempore* se empezaba a engordar chanchos con meses de anticipación y se compraba trago e ingredientes, tal como se anota en las *Memorias Colectivas de Bolívar*, que recuerda el Carnaval en las comunidades indígenas de la zona. Desde el viernes las mujeres pelaban el mote, mataban el chanco y el borrego, preparaban la chicha y los típicos chigüiles, especie de tamal de harina de maíz envuelto en la hoja del mismo maíz. Y el domingo arrancaba la fiesta con los disfraces: negras, negro, sacharunas y payasos. Una vez más, las negras eran hombres con peluca, careta de tela metálica, follones o anacos y demás.



iban de casa en casa, con un grupo de música, bailando, cantando y bebiendo, seguidos por sus mujeres, quienes los cuidaban en la embriaguez.

En la ciudad de Guaranda era un poco distinto: grupos de carnavaleros mojaban a medio mundo al grito de "¡Agua o medio!", cuando la moneda de medio o 5 centavos, que pagaba quien no deseaba ser bañado, servía para comprar cuatro panes. En las casas se reunían –y se siguen reuniendo en estas fechas– parientes y amigos para comer fritada, cuyes, mote, chicha, y el clásico dulce de sambo, también llamado conserva, que se prepara para esta ocasión con panela, naranjilla, canela, hierbaluisa, clavo de olor y vainilla, es decir, los más fragantes ingredientes, hervidos en paila de cobre. Luego venían los contrapuntos, intercambio de coplas chuscas y picantes al son de la guitarra y al calor del aguardiente de Echeandía.

De esta tradición provienen las innumerables coplas que se escuchan, siendo la primera y emblemática:



*Al golpe del Carnaval
todo el mundo se levanta
todo el mundo se levanta
¡bien bonito es Carnaval!*

En el campo era común la presencia del Taita Carnaval, personaje recibido con gran generosidad en las casas que visitaba cuando bajaba del monte, y que desde 1983 se incorporó a los festejos de Guaranda. Elegido entre los hombres más notables, el Taita ingresa al pueblo ocho días antes y es recibido con toda la pompa y reverenciado como sus colegas barranquillero o brasileño, el Rey Momo, cuyo origen remoto es el Rey de Burlas de los romanos, quien luego de presidir frenéticamente las saturnalias, donde todo le estaba permitido, era sacrificado de verdad. Como vemos, los romanos no se andaban por las ramas y llevaban el paroxismo de la

fiesta hasta el último límite: la muerte. Cabe imaginar (¿envidiar?) el éxtasis libertino de un rey al filo del abismo, aunque luego su muerte pasó a ser simbólica.

Tan simbólico como el entierro del Taita Carnaval, que tiene lugar después del Miércoles de Ceniza, cuando los vecinos, emponchados y a caballo, recogen cintas y pañuelos para un torneo, en tanto que otros cavan el hoyo donde pasado el mediodía se echará a un muñeco y se lo cubrirá con tierra, cantando la copla final, al son de la tambora y las cuerdas:

*Ya se acaba el Carnaval
ociosos a trabajar
para así el próximo año
tener plata que gastar.*



FOTOS PSALAZAR

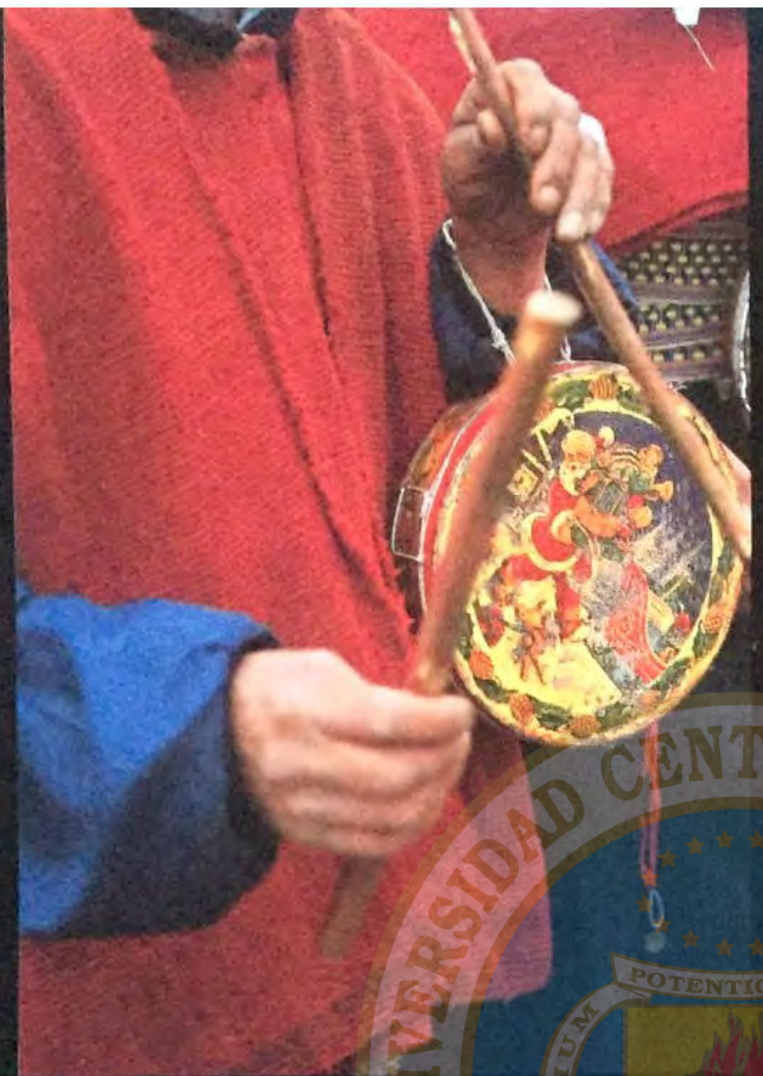


Una costumbre indígena de varios lugares de la Sierra y que está recobrando vuelo aquí, en Vinchoa, Los Casaiches y otros pueblos de Bolívar, es el mencionado gallo compadre, antiguo ritual que consiste en enterrar un gallo cada vez en la plaza comunal, dejándole tan solo la cabeza afuera. Machete en mano y con los ojos vendados, cada compadre participante tiene la oportunidad de descargar tres machetazos a ciegas: si logra descabezar al gallo, éste será cocinado y brindado luego a los presentes; en caso contrario, el jugador deberá pagar una botella de trago mientras el juego continúa con la cantidad necesaria de gallos y de chigüiles, chicha de jora y ají de cuy. En otros lugares, los participantes arranchan y descuartizan bruscamente al gallo y la sangre salpica a las gentes y a la Pachamama, fertilizándola.

Un rito tan cargado de símbolos como éste permite varias lecturas.

DE IZQ. A DER.:

Los gallos son llevados al juego en Los Casaiches. Uno por uno serán enterrados para dar inicio al espectáculo. A continuación, vendado, cada participante puede descargar hasta tres machetazos. Con variantes, este rito es practicado a lo largo de la Sierra. Se supone que la sangre del gallo fertiliza a la Pachamama.





No faltan quienes han visto al gallo como una representación del español o blanco, de modo que el juego tendría visos de revancha y castigo. Por su parte, dice Luz del Alba Moya que “el consumo de la sangre y de la carne del gallo tiene un carácter eucarístico, de allí que está restringido a los principales protagonistas del culto”. Puede ser, pero al revisar las costumbres festivas de Extremadura —de donde eran originarios muchos de los conquistadores españoles— vemos que en algunos pueblos se entierra el gallo y se venda y marea al jugador que intenta decapitarlo con un sable. Luego se comen los gallos entre todos, con un buen vino de la región. En otras aldeas se cuelga al gallo de una cuerda y un jinete al galope trata de arrancarle la cabeza, como en Cumbe. El peso de España en nuestras tradiciones fue decisivo.

Colta, Guamote, Totoras y Salasaca

El domingo de Carnaval hay un gran desfile por las calles de Ambato y también las comunidades indígenas de Colta, en la provincia de Chimborazo, organizan un festejo. Algo ha cambiado para bien en esa zona, algo que tiene que ver con el fortalecimiento del movimiento indígena y la elección de varios alcaldes indígenas, como el de Colta, Pedro Curi-

PAG. ANT.:

El domingo de Carnaval, en Colta, desfilan comparsas y personajes como los capitanes y los huacos de las comunidades de Pulucale, San Bartolo, Rayo Loma, Columbe, Lullunchango, Quinoa Central, Casipamba, Chalata, Corazón del Cacique, Apagua, Pinchoa, entre otras. Llevan como adornos flores frescas y cuyes asados, cornamentas de venado y gafas Ray Ban, convertidos en un adorno ya clásico en la Sierra. Los vaqueros lucen vetas y cabrestos utilizados para el manejo del gonado. Una caja metálica de galletas es usada como tambor en Colta. El desfile avanza por la Panamericana hasta la plaza de la iglesia de Balvandra, donde las autoridades reciben las ofrendas. Obsérvese al varayoc, quien lleva la vara de mando con cabeza de gallo.





chumbi. Aquí también han trabajado los evangelistas: mientras unos sostienen que dividieron a los indígenas y alteraron sus costumbres, otros afirman que la erradicación del alcohol y el estímulo al trabajo han sido beneficiosos. (¿Será este un pequeño escenario de la confrontación histórica entre los *ethos* protestante y barroco, de los que hablábamos en la introducción del libro?) A ello se añade la colaboración de algunas organizaciones no gubernamentales.

En la plaza de Balvanera, delante de la primera iglesia erigida por los conquistadores españoles en el territorio de lo que sería el país, danzan los participantes de cada comunidad y entregan un regalo a las autoridades, como es costumbre.

Al día siguiente, lunes de Carnaval, en Guamote tiene lugar otro desfile con grupos venidos de varios sitios. Mujeres de comunidades vecinas lucen sus mejores prendas, pero las comparsas han sustituido las tradicionales bandas de pueblo por camionetas con parlantes que, a todo volumen, exhalan tanto la música como los gases del motor. Sin embargo, la alegría y las ganas de celebrar pueden con eso y mucho más, mientras, en el margen del desfile, los jugadores de carnaval se untan maicena en el rostro, o lanzan globitos de agua por sobre los bailarines.

Son muy mentados los festejos en el barrio San Juan de Guamote,

ARRIBA E IZQUIERDA:

Muchachas indígenas con sus mejores atuendos, niños con máscaras metálicas, comparsas de mestizos y de las comunidades indígenas de los alrededores, junto a los pobladores de Guamote, comparten el desfile del lunes de Carnaval por las empinadas calles del pueblo.



encabezados por el rey y los embajadores, que lucen pintorescas indumentarias y van acompañados por los huiracuchas que sueltan al viento coplas y loas.

De vuelta a Tungurahua, cuyas ceremonias festivas muestran cada vez más riqueza a medida que avanza este trabajo, arribamos a Totoras, donde el martes de Carnaval se efectúa el cambio de mando de los caporales. Esta parece ser la versión mestiza y "blanca" del ritual que realizan sus vecinos, la comunidad indígena de los salasacas, a principios de febrero.

En el estudio del Cidap sobre Tungurahua se anota que "en las comunidades indígenas, los priostazgos forman parte de un sistema cultural mayor: pasar los cargos", tanto así que el contenido religioso sería secundario ante el prestigio y el honor personal y comunitario que obtienen los que organizan y financian las celebraciones. Cada prioste cuenta con la colaboración de parientes, amigos y vecinos cuyos aportes o jochas van desde cuyes, maíz, chicha y aguardiente hasta dinero. El prioste queda comprometido a retribuir a su debido tiempo la ayuda recibida, y el mecanismo refuerza los lazos comunitarios. En el rito de los caporales salasacas, estos lucen telas de colores, llevan cruces de plata y anillos y un azadón con mango de caña de azúcar. Encabezan la procesión los achupallas mondongos, pintados de negro, con sables y cascos, que vienen gritando, saltando y haciendo estruendo, y que bailan con las doñas, en realidad, hombres vestidos de mujeres. Detrás siguen los recuantes montados, algunas de cuyas mulas portan cajas o haúles con vidrios o cencerros muy sonoros.

Pues bien, con pequeñas variantes, estos personajes se hallan en el festejo de Totoras. Acá, luego de la misa de 11, llegamos a la celebración de uno de los cuatro caporales. Bajo un toldo, al ritmo de una banda con buenos parlantes, los participantes bailan alegremente en círculos, beben chicha e ingieren alimentos. Hay tres personajes vestidos a medias de reyes magos y también la urna con el Niño Dios y se escuchan los gritos de "¡Viva Totoras!" y "¡Viva el Niño!", porque esta es también la ceremonia que clausura los largos festejos de Reyes.

Pasadas las dos de la tarde, en medio del polvo y el sol de esta zona más bien árida, salen todos a la carrera, los músicos y los negros de Carnaval delante, con las doñas, el caporal con azadón de mango de caña de azúcar y los montados a caballo detrás; van al encuentro de los otros caporales. El barroquismo llega a su esplendor sonoro cuando, dentro de un coliseo pequeño, bailan todos al son de cuatro bandas que tocan al mismo tiempo. Después corren tres veces en redondo por la

PAG. DER.:

El martes de Carnaval, el "maistro" toca el bombo y el pingullo en el cambio de alcalde de Chilcapamba, una de las comunidades salasacas.







plaza principal, ante la iglesia, con los cofres de la recua y un muñeco de trapo, como añoviejito, la mojiganga, y marchan juntos a la loma del cementerio donde proceden al cambio de caporales, que es el motivo central del festejo. Un viejo cuenta que son los mismos quienes, año tras año, se disfrazan de negros, con sus cascos de cadetes y sus sables, o de doñas, que son las parejas de los negros y visten como mujeres salasacas.

Casi al mismo tiempo, en la cercana comunidad salasaca de Chilcapamba están celebrando el cambio de alcalde. A las cinco de la tarde, en la plaza, tres grupos con las caras manchadas por la harina que se han aplicado como juego ritual bailan al son de pingullos y bombos, que tienen figuras pintadas en el cuero. La fiesta empezó ayer al anochecer, cuando algunos grupos pasaron por las casas de los priostes cantando carnavales con guitarras y tambor, y fueron recibidos generosamente con bebidas y comida. Ahora debemos partir, ante la insistencia de uno de los bailarines vestidos de blanco en darnos de beber aguardiente. "O tomas o te vas", sentencia.

(Cabe aquí una observación: compartir la bebida es uno de los rituales básicos de casi todas las fiestas del Ecuador, desde el caserío hasta el Yatch Club de Salinas. Pero en las comunidades tradicionales conserva un sentido más hondo de integración, de modo que no aceptar la bebida, generalmente chicha o trago, es visto como "hacer el desprecio". Sin embargo, cuando uno anda manejando un vehículo de fiesta en fiesta debe darse modos para eludir sin ofender, lo que no siempre es posible).

PAG. IZQ. ARRIBA:

Vestidos de "mestizos", con cascabeles en las pantorrillas, y otros con sus propios ponchos negros y sombreros blancos alones, algunos salasacas de Chilcapamba danzan ritualmente en el cambio de alcalde.

PAG. IZQ. ABAJO

Los músicos, el caporal, las doñas y los negros de Carnaval desfilan por Totoras, Tungurahua.

ESTA PAG.:

La doña y el negro de Carnaval son pareja en los festejos del cambio de caporales.

La fiesta es una revuelta

En ciertas fiestas desaparece la noción misma de Orden. El caos regresa y reina la licencia. Todo se permite: desaparecen las jerarquías habituales, las distinciones sociales, los sexos, las clases, los gremios. Los hombres se disfrazan de mujeres, los señores de esclavos, los pobres de ricos. Se ridiculiza al ejército, al clero, a la magistratura. Gobiernan los niños o los locos. Se cometen profanaciones rituales, sacrilegios obligatorios. El amor se vuelve promiscuo. A veces la Fiesta se convierte en Misa Negra. Se violan reglamentos, hábitos, costumbres. El individuo respetable arroja su máscara de carne y la ropa oscura que lo aísla y, vestido de colorina, se esconde en una careta, que lo libera de sí mismo.

Así pues, la Fiesta no es solamente un exceso, un desperdicio ritual de los bienes penosamente acumulados durante todo el año; también es una revuelta, una súbita inmersión en lo informe, en la vida pura. A través de la Fiesta la sociedad se libera de las normas que se ha impuesto. Se burla de sus dioses, de sus principios y de sus leyes: se niega a sí misma.

La Fiesta es una Revuelta, en el sentido literal de la palabra. En la confusión que engendra, la sociedad se disuelve, se ahoga, en tanto que organismo regido conforme a ciertas reglas y principios. Pero se ahoga a sí misma, en un caos o libertad original. Todo se comunica; se mezcla el bien con el mal, el día con la noche, lo santo con lo maldito. Todo cohabita, pierde forma, singularidad y vuelve al amasijo primordial. La Fiesta es una operación cósmica: la experiencia del Desorden, la reunión de los elementos y principios contrarios para provocar el renacimiento de la vida. La muerte ritual suscita el renacer; el vómito, el apetito; la orgía, estéril en sí misma, la fecundidad de las madres o de la tierra. La Fiesta es un regreso a un estado remoto e indiferenciado, prenatal o presocial, por decirlo así. Regreso que es también un comienzo, según quiere la dialéctica inherente a los hechos sociales.

El grupo sale purificado y fortalecido de ese baño de caos.

Octavio Paz

El laberinto de la soledad

Noche de fin de año en Ambato.



Fiestas amazónicas

FOTOS M. CRUZ

Hace rato que el 12 de febrero fue declarado oficialmente Día del Oriente, en memoria de aquel remoto día de 1542, cuando la expedición de Francisco de Orellana desembocó en el Gran Río de las Amazonas. Sin embargo, cada comunidad oriental tiene calendario propio, más ligado a los ciclos de la naturaleza: así, en Curaray se celebra en marzo; los quichuas de Canelos festejan en diciembre, la fiesta de la chicha de yuca de Sarayacu, también en la provincia oriental de Pastaza, coincide con Carnaval, mientras Puyo tiene su fiesta cívica de fundación el 12 de mayo.

La fiesta de la chonta

Las celebraciones de la chonta o *uwí* arrancan con la recolección del fruto maduro de la palma de chonta, desde febrero hasta abril, en varios lugares de la Amazonía. La ciudad más antigua, Archidona, la celebra alrededor del 28 de abril, con la elección de la *Warmi Chonta*, o Reina de la Chonta, y un festival folclórico, actos que coinciden con la fecha de la fundación española en el siglo XVI.

Sucede que en el mundo aborigen es el ciclo del *uwí* o chonta el que marca el retorno del tiempo de la abundancia, el renovarse de la naturaleza y de la vida. La parte central de estos festejos tiene que ver con la preparación de la chicha, semanas antes, para lograr una adecuada fermentación. Cuando ya ha caído el sol del día indicado, en el sitio escogido, donde se han dispuesto las ollas alrededor del poste central, se desarrolla una serie de danzas y cánticos rimados. El maestro de la ceremonia hace un hueco en la hoja de palma, prueba el contenido y da su aprobación. Franklin Barriga López da un testimonio antropológico.

"*Uwí* es el nombre de la chonta, el árbol de la vida, también se le identifica como divinidad de los frutos, como ser poderoso al cual le dedican cantos para que venga a renovar la naturaleza, como el espacio de tiempo que representa al año, en razón de que este vegetal florece cada doce meses. Creen que acude al llamado cuando el viento sopla con fuerza, entonces se impone la celebración para que la tierra sea pródiga, caso contrario aparece el enojo divino y la maldición, la muerte".



ARRIBA:

El perezoso ha reemplazado a la cabeza del guerrero enemigo para la elaboración de una *tzontzo* para la fiesta tradicional de los shuar.

ABAJO:

Una vez que ha sido hervido, se le llena con arena caliente para que se reduzca la piel del perezoso.

La fiesta se realiza cuando los frutos de la chonta van a madurar. Para la correspondiente recolección "se encaminaban bien adornados con coronas de plumas vistosas, collares de pepas de colores encendidos y pintados la cara con la roja pintura de achioté para ganarse la simpatía de Uwi. Más que un trabajo, estaban convencidos de realizar un rito".

En las viviendas coleccionaban los mejores frutos, los secaban partidos para sembrarlos, luego de lavarlos y de untarlos de ceniza. Los otros servían para la chicha, elemento importante para la celebración cuyo eje es el poste ritual denominado Pau, el camino de los dioses, en torno del cual danzaban cogidos de la mano, entre cantos de súplica y cascabeles que sonaban al moverse las pepas de nupi en la cintura de las mujeres.

"En la celebración anual se ruega a Uwi para que llame a la existencia todas las plantas, los frutos y los animales que el hombre hambriento ha terminado para alimentarse. Si no volviera lo que ha pasado, se acabaría el mundo".

EN SEVILLA DON BOSCO

Patricio Montaleza

A unos 15 minutos de la ciudad de Macas, en la ribera oriental del Upano, se encuentra la parroquia Sevilla Don Bosco, en donde el sábado 21 de abril se dio lugar por primera vez a la fiesta de la chonta, en el barrio Las Palmeras.

Cuando llegamos, a las 8 de la mañana, la comunidad barrial ya se encontraba reunida alrededor de unos manteles tendidos en el piso, donde estaban los frutos hervidos y pelados. Hombres, mujeres, niños se dedicaban a masticar la chonta y la escupían en unos recipientes. Para la ocasión habían logrado cosechar diez talegos del fruto, así que las mujeres, en especial las ancianas, permanecieron en el proceso de la masticación hasta la tarde. Los hombres se daban uno que otro descanso, entre cachos y aventuras que contaban, y los muchachos reían y trabajaban; la gente que allí habita es bilingüe, hablan shuar y español, aunque los niños están perdiendo su lengua materna.

Desde el día anterior, "los maridos no pueden hacer el amor ni comer carne" decía Andrés Kasent, vicepresidente de la comunidad; también el día de la fiesta deben ayunar; si no, la chicha se dañará, no fermentará bien y será esto señal de mala suerte para la papa china, la yuca y el camote.

A eso de las 5 y media de la tarde, la más anciana procedió a amasar la pulpa, con un poco de agua, en cinco baldes que luego fue-



La pintura del rostro con jenipa es un adorno fundamental, como lo muestran este indígena de Macuma y la mujer quichua, que terminan de arreglarse para la fiesta.

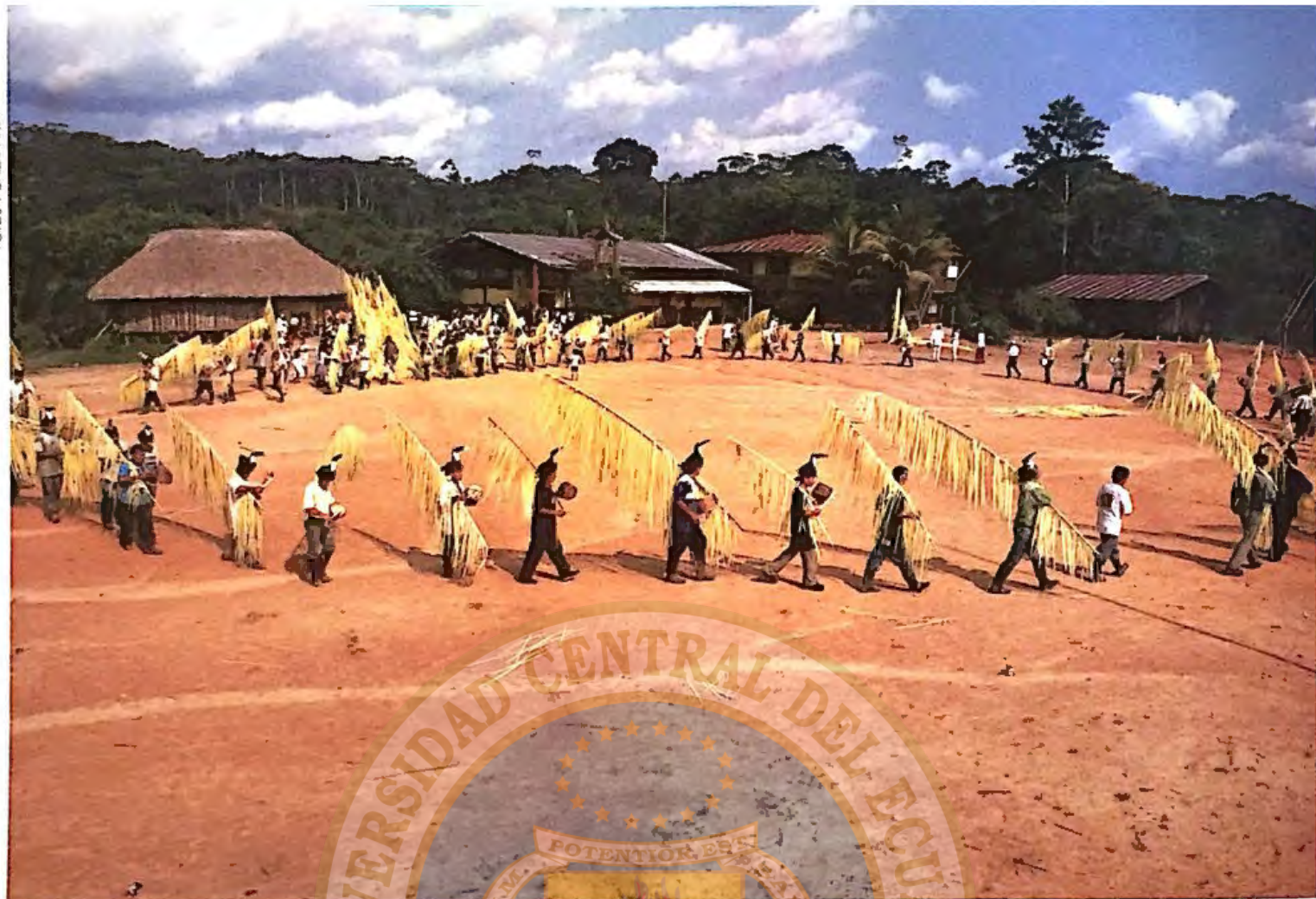
ron cubiertos y amarrados con unas hojas similares a las de achira, mientras los demás participantes marcharon a ponerse los trajes que llevarían para el ritual. Luego, para iluminar el lugar ceremonial, recurrieron al copal envuelto en las mismas hojas que envolvían la chonta: lo amarraron en unos carrizos y lo pusieron en las esquinas. Los hombres vestían unas telas alrededor de su cintura, que llegaban hasta un poco más abajo de las rodillas; traían collares y coronas de plumas, y tenían los rostros pintados con achiote. De los barrios cercanos arribaron nuevos participantes.

Fueron cinco horas de canto: descalzos y tomados de las manos bailaban alrededor de la chicha y nadie podía abandonar el baile sin el consentimiento del líder, quien dirigía los cantos previa consulta con el sabio del grupo, que observaba desde una silla. Los cantos narraban la siembra de la chonta, su maduración y masticación hasta la fermentación de la chicha, proceso que culminó a media noche. Con la energía y devoción que de ellos emanaba se logró la fermentación. Pero el líder informó a su maestro que un balde no había fermentado, señal de que alguien de la comunidad moriría, según ellos decían luego, ya que todos los cantos y oraciones eran dichos en lengua shuar.

Finalmente, el líder llevaba a todos de la mano y con unos sorbetes hechos de caña bebían la chicha, mientras alrededor el grupo gritaba nombres

Guerrero achuar bebiendo chicha de yuca en una *mucawa* de cerámica.





ARRIBA:
Danza de las flores y las palmas en Sarayacu, durante
las celebraciones de la yuca.

ABAJO:
Los cazadores regresan a Sarayacu por el río
Bobonaza, para iniciar los rituales.



de animales a cada uno, por lo que reían y seguían danzando hasta que todos hubieran sorbido la chicha, que era el principio y fin de la fiesta.

Fiesta de la yuca

El siguiente testimonio fue recogido y editado por la Fundación Sinchi Sacha, en el río Pindo, en 1991 y publicado en *Mundos Amazónicos*. Puraña Mucishiwa, zápara de Balsaura, describe la fiesta de la yuca, que tiene muchas semejanzas con el ritual quichua oriental: "Desde siempre los záparaos han sabido brindar tributo a la exuberancia de la naturaleza, con una gran celebración, entre enero y marzo de cada año, época en que los frutos de la selva están en plena madurez, hay bastante chonta y los animales engordan. ¡Los monos se ponen grasosos y se vuelven ricos para comer!"

"Para la fiesta se reunían hasta trescientos záparaos que, por lo general, eran de la misma familia. ¡Tomaban largo tiempo los preparativos! Se seleccionaba a un grupo de hombres para que fueran de cacería, más unos ayudantes. Partían por dos, tres y hasta cuatro semanas, dejando a las esposas solas y tristes. Mamá siempre cantaba para que les vaya bien a papá y a los demás cazadores. Los hombres cazaban y pescaban todo lo que podían. Mientras tanto, los ayudantes pasaban el día ahumando las presas

Aprovechando la ocasión, una joven pareja contrae matrimonio durante la fiesta de Sarayacu.

F. CAIZAPANTA



para que no se dañen. Con las pieles y plumas obtenidas en la cacería hacían hermosísimos vestidos, coronas y adornos para la fiesta."

"Asimismo, las mujeres tenían mucho trabajo, debían preparar la chicha y hacer la cerámica... Se sembraba una chacra entera de yuca especialmente para la chicha de la fiesta y las mujeres hacían tinajas y tinajas de kazuma, que es la chicha de yuca fermentada con la saliva de las mujeres exclusivamente. Había diferentes maneras de preparar la chicha: dulce y agradable, tipo colada como me gustaba tanto a mí; fuerte y espesa, que emborracha enseguida; o mezclada con maní o con camote. Las mujeres también tenían que hacer la cerámica para la fiesta: tinajas grandes para almacenar la chicha, mucahuas, de todos los tamaños y diseños, para servirla, al igual que purus en forma de aves, trompetas, cabezas de supai, etc."

"Cuando se acercaba el día de la fiesta, las mujeres se pintaban con la pepa de huituc (genipa americana) lindos diseños en el rostro, los pies, las piernas y los brazos. También se teñían el pelo bien negro con la misma pepa. Los hombres por su parte, se pintaban la cara con huituc antes de entrar triunfantes a la comunidad, coronados con plumas y llenos de adornos, portando con orgullo las presas de la cacería. Las mujeres iban con alegría al encuentro de los hombres y, al son de los tambores, cornetas de cerámica y flautas de hueso, se iniciaban tres días intensos de fiestas. ¡Cómo se bailaba, dando vueltas y vueltas! ¡Qué bonito era!"

"El primer día se bailaba sin cesar y se brindaba chicha en abundancia. El segundo día se consumía la carne de la cacería en un gran banquete, también con baile y bebida. El tercer día, había que terminar la kazuma; a los que no querían tomar más se les regaba en la cabeza gritando: 'imarú, imarú, imarú!' (lluvia, lluvia, lluvia). Era la lluvia de chicha, la abundancia, la ofrenda a la selva. Al final de la fiesta había la tradición de romper la bella cerámica, lanzándola contra el techo. Los pedazos que se quedaban en las hojas del techo nos hacían añorar la fiesta, hasta el próximo año".

(Luego de los acuerdos de paz con el Perú se está reunificando la nacionalidad zápara de ambos lados de la frontera y su cultura oral ha sido declarada Patrimonio Intangible de la Humanidad, de donde la importancia de rescatar testimonios como el citado).

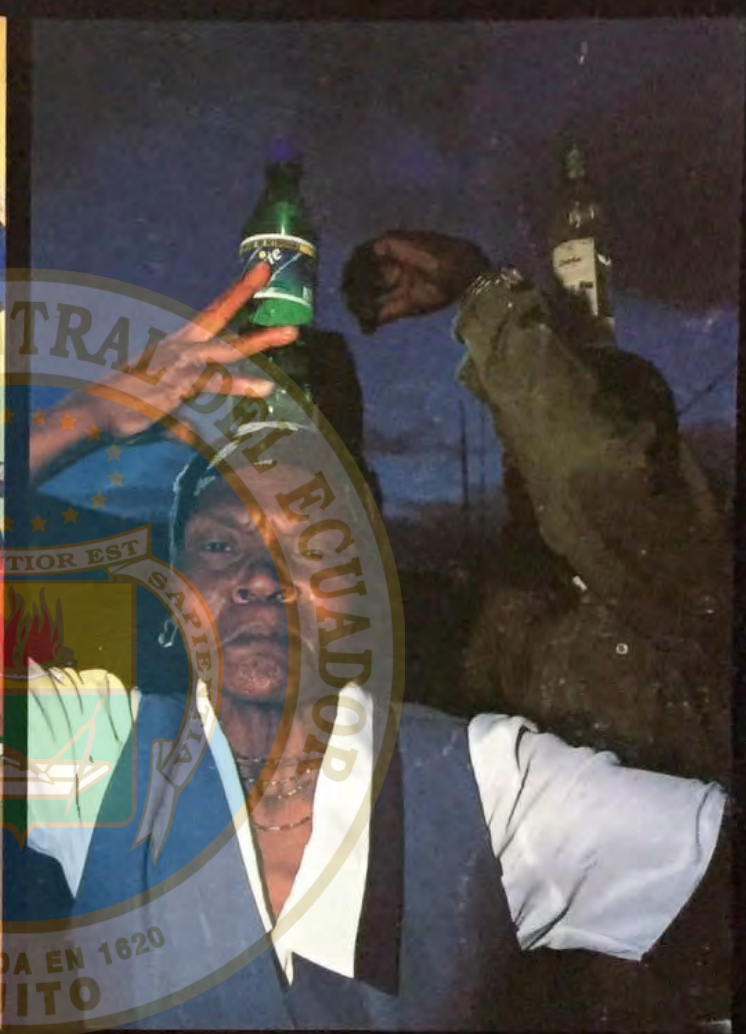
Una ceremonia parecida celebran los quichuas de Sarayacu, a orillas del Bobonaza. En las fotos de Francisco Caizapanta podemos ver a los cazadores que retornan en canoa con las presas obtenidas en la larga expedición. Un líder comunitario aclara que se mantiene el equilibrio ecológico pues cazan solo lo necesario. Luego danzan de casa en casa, beben la chicha de la yuca, celebran algún matrimonio y festejan el Día de las Flores bailando en círculos con palmas en la mano.

Vasijas que guardan la chicha de yuca, en Sarayacu, Pastaza.



CAIZAPANTA

En el valle del Chota





El 10 de marzo tiene lugar la Feria del Ovo en Ambuquí, pueblo del valle cálido del Chota cuyos árboles de ovo le dan un contorno especial y un aroma fragante. Es común ver a las mujeres negras vendiendo, al borde de la carretera Panamericana que atraviesa el valle, los tradicionales paquetes de ovos, tejidos con hojas, tan pintorescos como su contenido, que sirve para elaborar vino y dulces.

Una vez que hemos arribado a Ambuquí comprobamos que la fiesta es alegre pero pequeña: hay bailes, desfiles, gallos y competencias. Vive aquí más gente no negra que en los otros poblados del valle. Caminando por sus calles polvorientas recuerdo que, según al jesuita e historiador Juan de Velasco, los primeros esclavos negros fueron traídos por la Compañía de Jesús para sus cultivos de caña y algodón a principios del siglo XVII, luego de que los indios pimampiros escaparan en masa hacia el Oriente. Cuatro siglos después, la población afroecuatoriana conserva algunas costumbres, que se fueron mezclando con los aportes culturales de otra procedencia. Tal fue el caso de la música y la literatura oral.

Al pasar por El Chota aprovechamos para conversar con los viejos integrantes de la llamada banda mocha, cuyo ritmo ya clásico es la bomba. En realidad, bomba es esa especie de bongó hecho con el chahuarquero, o tronco del cabuyo, y con pellejo de chivo. El mayor de los músicos, Pedro Benedicto Calderón, suele tocar el puro o calabaza, así como el cogollo de cabuya, instrumentos elaborados con alteraciones mínimas de los productos vegetales; otros le acompañan con la hoja de lima o de naranjo que al soplarla, pegada a los labios, produce sonidos y notas especiales. En las fiestas tradicionales del valle tocan sobre todo La Caderona, y otras bombas; aunque últimamente han aparecido grupos más jóvenes que han incorporado nuevos instrumentos y han modernizado los ritmos, pero conservando las raíces musicales. Este día domingo hay jolgorio en la calle y en el atrio de la iglesia de Ambuquí: al salir de misa, la conocida líder Zoila Espinoza baila junto con otras mujeres que siguen celebrando el Día de la Mujer, que fue el 8 de marzo, pero que ellas lo han prolongado hasta el fin de semana.

Otros: el santo de importancia que viene a continuación en el calendario religioso es San José (19 de marzo), y lo celebran especialmente en Ancón (Guayas) así como en San José de Minas (Pichincha). En esta parroquia hay los clásicos toros, la procesión con la imagen del patriarca, las chamizas y los juegos pirotécnicos.

PAG. ANT. ARRIBA IZQ.:
Pintura del baile de La Bomba.

PAG. ANT. ARRIBA DER.:
Doña Zolla baila La Caderona en el valle del Chota.

PAG. ANT. ABAJO:
Músicos de la Banda Mocha, que soplan el puro, la flauta y la hoja.

PAG. IZQ.:
Apostando a la ruleta en la Feria del Ovo, de Ambuquí.

ABAJO:
Los fragantes ovos, motivo de la fiesta.



PCUVI

Su majestad, el fútbol

Y entonces aconteció lo extraordinario, que quedará para la crónica deportiva como "El día en que le ganamos a Brasil", esa tarde cuando de las generales partió el grito de "¡Sí se puede!", que se expandió por todo el país como un reguero de pólvora festiva. El miércoles 28 de marzo amaneció soleado, por más señas, tras varios días de lluvia y frío. Entramos con Esteban Michelena hasta el borde mismo de la cancha, lugar perfecto no solo para admirar de cerca las jugadas sino para contemplar la fiesta en los graderíos, colmados de un público que fue ocupando el estadio desde el medio día con las caras pintadas, y las camisetas amarillas de la Selección, lleno de expectativa y nerviosismo, gritando, haciendo la ola, soñando cuando más con un empate, no con darles un bailecito a los tetracampeones tristemente vestidos de azul. El resto, el pase de Aguinaga, la entrada de Kaviedes burlando a tres rivales, el pase gol al Tin Delgado y un estallido como no se había escuchado nunca en estos lares y que solo iba a ser comparable al cabezazo providencial de Kaviedes que marcaría el gol de la clasificación el 7 de noviembre contra Uruguay, toda esa saga pertenece ya a la historia de un pueblo que se identificó absolutamente con su selección de fútbol.

Porque, más allá de los avatares de cada campeonato en sí mismo, el fútbol ocupa ya el lugar de un rito global donde se pone en juego mucho más que un simple balón: símbolos, identidades, anhelo de pertenencia, catarsis colectiva, negocios, eso y más alimenta a las grandes concentraciones que antes lograba la política. Y de la arena política se traslada la energía y la emoción a una batalla campal pero con reglas, donde se aprende a ganar y a perder con dignidad, pero cuyo significado llega tan lejos que permite unificar bajo su luz a un país entero. Y cuando eso se convierte en victoria, como en esta tarde, la fiesta acontece en todos los rincones del Ecuador, donde la gente ha seguido el partido por la radio o la televisión. El Bolillo, entrenador y amuleto, da su vuelta olímpica, escoltado por periodistas y fanáticos felices; ahora, todo es esperanza...



ARRIBA:

El Bolillo Gómez aparecía unos minutos antes de cada juego para alegrar a los graderíos.

PAG. DER. Y SIGUIENTES:

Los partidos de la selección nacional de fútbol, jugados en Quito, se convirtieron en una colorida fiesta donde los hinchas dejaron volar su fantasía a la hora de maquillarse, y su emoción en el momento de gritar su respaldo. Mujeres y hombres por igual participaron de ese gran ritual colectivo, donde la ola integraba a todos en una suerte de danza multitudinaria.







En rigor, si la natividad es la fiesta y el jolgorio, la pasión y muerte de Jesús debían estar cargadas de la gravedad y tristeza que corresponden a un rito fúnebre. Y así era vivido por el pueblo católico hasta mediados del siglo pasado, especialmente en la Sierra, antes de que se generalizara la costumbre de salir de vacaciones, sobre todo a las playas.

No hace falta aclarar que la Semana Santa es una tradición difundida por la iglesia católica a lo ancho del orbe y a lo largo de muchos siglos. Tampoco cabe hacer una descripción detallada de la liturgia religiosa oficial. Acá, desde el punto de vista de una masiva participación popular, las ceremonias más significativas son la bendición de los ramos y la procesión de Viernes Santo. Por ello, la mañana del Domingo de Ramos acudimos al corazón histórico de Quito, la plaza de San Francisco. Cerca de la esquina de Santa Clara, un franciscano, el padre Clarito, monta un burro –tal como lo hiciera Jesús en su ingreso a Jerusalén– y, megáfono en mano, parte del convento de monjas, encabezando una procesión de vecinos y cofrades que empuñando ramos dan una vuelta por la Cruz Verde y bajan por la capilla de Cantuña, en cuya pared se han ubicado las vendedoras de palmas y flores, hacia la plaza donde el sacerdote bendecirá los ramos. Antes han salido de la misa madres con hijos en brazos y ramos tejidos y mezclados con romero y manzanilla. Hay la creencia de que estas ramas bendecidas protegerán el hogar de las tormentas y otras desgracias.

El martes, en Riobamba, tiene lugar la magna procesión del Señor del Buen Suceso, patrono de la capital de Chimborazo. La imagen de un Cristo flagelado, atado y sangrante –figura tallada a mediados del siglo XVII– recorre las calles engalanadas con banderas; ha salido en andas de la iglesia de La Concepción y es escoltada por una multitud que reza el rosario, aplaude y lanza pétalos multicolores. Vienen también imágenes de la Virgen de los Dolores, cucuruchos de capuchas blancas, estandartes de las hermandades y representaciones de la Pasión. Todo remata en una misa campal en la plaza de La Concepción.

El miércoles, en la catedral metropolitana de Quito, se ejecuta el antiguo rito del arrastre de las caudas, supuestamente originario de Sevilla, España. Dicen que la indumentaria negra de los canónigos representa a la humanidad pecadora, que será redimida por Cristo. Como para ratificarlo, el arzobispo cierra el recorrido por el interior de la catedral llevando en sus manos un fragmento de la cruz original. Viene a continuación el acto

A AVILA

DERECHA:

Cucuruchos y un Cristo en la procesión de Jesús del Gran Poder.



Los ritos de la Semana Santa





de batir la bandera que, sobre fondo negro, muestra una cruz roja que simboliza la sangre redentora.

Y en el Viernes Santo se recuerda el Vía Crucis, que es sin duda la tragedia más representada en los últimos dos mil años. Las procesiones más imponentes, con mayor número de fieles, penitentes y espectadores, son la de Jesús del Gran Poder, en Quito, y la del Cristo del Consuelo, en Guayaquil, pero en muchas otras ciudades se reproduce el camino del calvario. Así, en Cuenca ascienden los devotos desde los Tres Puentes hasta el cerro de Turi, entonando cánticos y oraciones. Una vez arriba, junto a la iglesia, se representan las escenas bíblicas con la Virgen, los legionarios romanos, María Magdalena y otros personajes que lucen capas de tela espejo cuyos colores brillantes avivan la tragedia. Algo semejante acontece en Santo Domingo de los Colorados, donde ascienden al monte Bombolí, en Caranquí (Ibarra), en Cotacachi, Zaruma, Montecristi, en los ríos esmeraldeños, donde también se escenifican los relatos bíblicos.

El Cristo del Consuelo, tallado por un modesto artesano cuencano, parte de su capilla a las 7 de la mañana, en una carroza colmada de flores y escoltado por los Caballeros del Cristo del Consuelo. Si el sol golpea ya con demasiada fuerza, los bomberos suelen mojar a la multitud de decenas de miles de devotos venidos de muchos cantones costeros, que avanza por más de cuatro horas hasta la iglesia de La Concepción, en el Parque Forestal. Aquí, como en el fútbol, se diluyen las barreras sociales, étnicas y regionales: pobres y ricos, blancos y negros imploran por igual la ayuda o el perdón divinos.

En Quito, las imágenes de Jesús y María son cargadas en andas y rodeadas por miembros de las cofradías, policías de élite, cucuruchos y verónicas. Para bien y para mal, lo que convierte a esta marcha religiosa en un gran espectáculo público son las diversas penitencias que se autoinfligen los cucuruchos —así llamados por el alto gorro puntiagudo que oculta los rostros— desde caminar descalzos en un asfalto que llega a reverberar (aunque muchos lleven plantillas adheridas a las plantas de los pies), hasta cargar pesadas cruces, envolverse el torso con alambre de púas, flagelarse, etc... Como en todas las expresiones humanas, algo (o mucho) hay de teatro en estas muestras públicas de dolor y arrepentimiento, mas lo que importa es que la procesión de Jesús del Gran Poder conmueve, motiva y permite la identificación de un pueblo que soporta un Vía Crucis cotidiano.

Sí, pero... ¿qué tiene de festivo tanto dolor? Toda celebración religiosa o profana es una mezcla de actos y sentimientos, que incluyen, por ejemplo, la tortura y el sacrificio sangriento de toros y de gallos, así como el enfrentamiento violento de miembros de diversas comunidades e incluso de vecinos y parientes. Si a ello añadimos la melancolía cuasi “natural”



ARRIBA IZQUIERDA:
Tejido y venta de ramos en Ambato.

ARRIBA DERECHA:
Recordando a Jesús, el padre Clarito, franciscano, encabeza la procesión de Ramos, en Quito.

ABAJO IZQUIERDA:
Hermanas de la Unidad en el atrio de San Francisco, el Domingo de Ramos.

ABAJO DERECHA:
Procesión con ramos y arcos de gasa en Ibarra, Tungurahua.

de la música andina, podremos coincidir en que la tristeza y el sufrimiento son la otra cara de la misma fiesta.

En cualquier caso, una vez cumplidas las ceremonias religiosas del jueves y/o viernes, manda la tradición que la familia —cuanto más ampliada, mejor— se reúna a comer la fanesca, sopa succulenta que contradice los rigores del ayuno litúrgico, adelantando el alborozo del Domingo de Resurrección, cuando se renueva el ciclo vital.

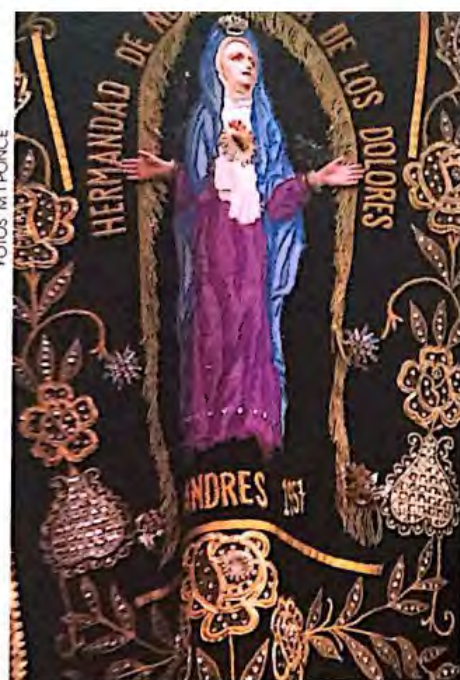
La fanesca: cuestión de familia

No está muy claro el origen histórico de esta sopa de granos y pescado, que, con ciertas variantes, también integra el menú de Semana Santa en otros países. Algunos autores relacionan directamente a la fanesca con el inicio de la cosecha de los granos tiernos. Darío Guevara arguye, por su lado, que los ritos agrarios de los pueblos de la antigüedad conjugaban precisamente los ciclos de la naturaleza con el calendario religioso; en este caso, el Jueves Santo. De modo que el pescado de la fanesca sería el símbolo de la hostia romana y representaría a la vez el cuerpo divino del Dios de los cristianos.

Preparar la fanesca es un rito familiar que empieza con la compra de los numerosos y variados ingredientes. Desde el día anterior se pone a desaguar el bacalao seco para que se vaya la sal. Y se pelan los granos; en ciertas casas todos los granos, en otras por lo menos los choclos y los chochos. Luego se los cocina por separado: habas tiernas, arvejas, choclos, lenteja, melloco picado, fréjol tierno, chochos. También por separado se cuecen la col, el sambo, el zapallo y el arroz. En una olla grande se hace un refrito con mantequilla y manteca de chanco, añadiendo cebolla blanca picada, achiote, ajo, sal, pimienta y comino. Se agregan la leche, el arroz, el sambo, el zapallo y la col. Luego, los granos más duros: fréjol, choclo, lentejas y arvejas, sin dejar de remover para que no se peguen. Cuando ha hervido se agregan las habas, el melloco y el maní tostado previamente y licuado en un poco de leche. Se añade nata o crema de leche y orégano molido o restregado. Unas cocineras suelen echar en este momento los trozos pequeños de pescado y dejan hervir hasta que el caldo coja el sabor del mar. Otras fríen el bacalao y lo sirven junto con las empanaditas o rosquitas y crotones de harina, las rodajas de huevo duro, el maduro frito y las ramitas de perejil y tiritas de pimiento rojo que sirven de adorno.

Se acostumbra servir la fanesca acompañada de molo, arroz con leche, dulce de tropezones, es decir, de durazno con papas, y tampoco debería faltar el pan de Jueves Santo, adornado con ajonjolí.

FOTOS MTPONCE





PAG. IZQUIERDA:
Estandartes de las hermandades que participan en la procesión del Señor del Buen Suceso, en Riobamba.

ARRIBA IZQUIERDA:
El Señor del Buen Suceso, cuya fiesta se celebra el martes de Semana Santa.

ARRIBA DERECHA:
La Virgen de los Dolores recorre las calles de Riobamba.

ABAJO:
Un cucurucho niño en la procesión riobambeña.





La Pasión en Bolívar

San Miguel de Chimbo. A la entrada del pueblo hay una estatua del arcángel San Miguel, al que afanosas vecinas visten de luto para que quede a tono con la muerte del Hijo de Dios. Mientras una única estación de bus imita a una parada del trole quiteño, los altavoces de la iglesia exhalan cantos a todo volumen previos al Sermón de las Siete Palabras. Adentro reina un ambiente de otra época: adustos campesinos de terno negro, con el sombrero en el regazo, y las mujeres con pañolones y trenzas enroscadas en la cabeza, aguardan uno de los ritos cumbres de la cristiandad. Sí, es como una toma en blanco y negro de alguna película del neorrealismo italiano de la postguerra, donde ciertos rostros y cabezas huesudas parecen copiados por la vida de las figuras de santos.

A la vuelta, en una tienda, tres mayores juegan cuarenta usando tillos a modo de 'perros' y granos como tantos; lentas manos que depositan la baraja española sobre el destefinado tapete, pupilas gastadas reflejando bajo el ala de sombreros de paño la luz grisácea que se filtra de la calle.

Descendemos luego al santuario de la Natividad del Guayco, obra magna del obispo salesiano de origen chileno, Cándido Rada. Cuenta la leyenda que el 8 de septiembre de 1708 la Virgen se le apareció a la pastorcita María de la Luz Chela, hija del cacique del lugar, y le curó sus heridas. Luego, el corregidor Francisco de Echeandía, en agradecimiento a una plegaria concedida, mandó alzar la primera capilla sobre el río, cuyas aguas portaban bendiciones marianas. Hoy se ve mucho cemento en el santuario y en los museos están en exhibición algunas piezas hermosas de plata repujada y una buena colección de cerámica de los panzaleos y puruhaes. La romería principal es obviamente en septiembre, pero todo el año acuden los fieles a pedir o pagar promesas.

En este recorrido piadoso, la noche nos encuentra llegando a una de las mejores iglesias de la provincia, esta de La Asunción, que luce en el tumbado de madera magníficas pinturas. El pueblo se ha volcado a participar en la ceremonia de bajar al Cristo de la cruz. Todo está reglamentado, y los santos varones ingresan con sus claros atuendos, no queda espacio libre en el interior del templo, las devotas pugnan por tocar la imagen, pasarle "más que sea" un pañuelo y acompañar al Cristo en procesión por las oscuras callejuelas del pueblo. Visto desde la loma, es como un río fantasmal de velas y de cánticos respaldados en dos bandadas campesinas. Y la señora que nos brinda cafecito con tortillas de trigo dice que "bastante gente mismo viene de la Costa en las fiestas, pero este año (1999, el peor año del siglo) no tanto porque todo está carísimo".



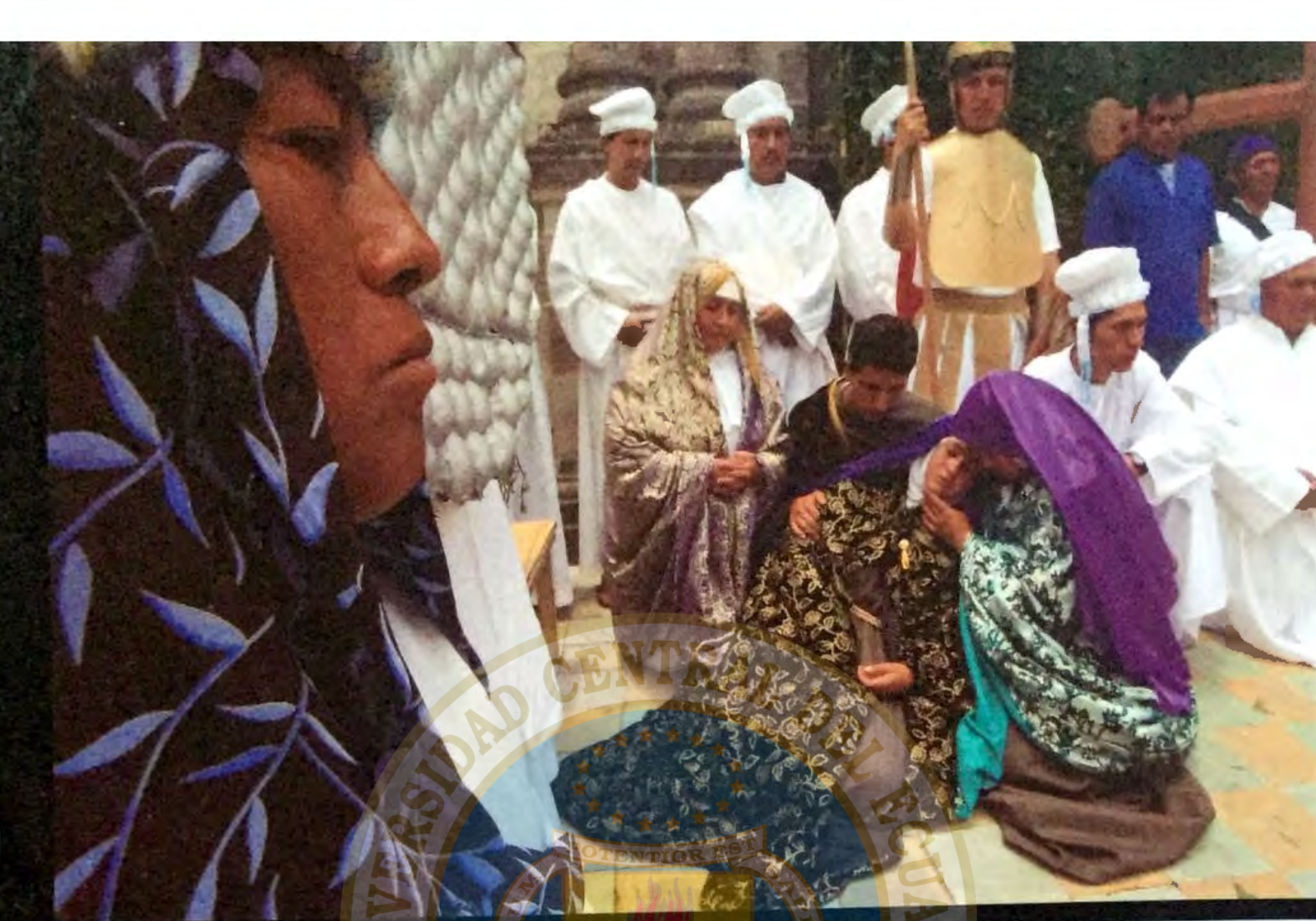
ARRIBA:
Rito de las caudas en la catedral metropolitana, Quito.

ABAJO:
Los fieles pugnan por tocar al Cristo del Consuelo, que sale el Viernes Santo en Guayaquil.

PÁGS. SIGUIENTES:
IZQUIERDA ARRIBA:
Representación de la Pasión en Coranquil, junto a Ibarra.

IZQUIERDA ABAJO IZQUIERDA:
Un Cristo pintado en la parte posterior de un camión.

ABAJO DERECHA Y DERECHA:
Los fieles muestran su fe en la procesión quiteña de Viernes Santo.



PCUM



En Saraguro, ubicado en el norte de la provincia de Loja, algunos rituales de la Semana Mayor asumen características particulares. Así, el personaje más importante de las celebraciones es el alumbrador mayor, cuya función consiste en velar la Eucaristía durante la noche del Jueves Santo en un altar de la iglesia del pueblo, larga vigilia que concluye la tarde del Viernes Santo, luego de la ceremonia litúrgica.

Pero, el día anterior, el alumbrador ya ha recibido en su casa a los devotos y allí han compartido alimentos y bebida justamente para sobrellevar el ayuno de la velada. De allí parten hacia la iglesia mayor de Saraguro en una procesión donde priostes y familiares van a caballo, así como los músicos del bombo y el acordeón. Hay un segundo alumbrador de otra comunidad, encargado de velar a María. Una vez que Jesús ha sido bajado de la cruz, el sábado se pela ganado y se come y se baila donde priostes y alumbradores. Y el Domingo de Pascua hay la misa y la ceremonia del ángel que quita el velo de María. Para ello, se sacan de la iglesia las estatuas de Cristo y María, se las coloca en dos altares levantados en esquinas opuestas de la plaza, y danzan los trompeteros al son de los tambores. Por último, cuando el ángel quita ese velo, grita: "¡Viva María!" y todos entran a misa. Luego se repite la salida de las imágenes y el agitar de banderas.

DERECHA:

Los trompeteros portan banderas rojas y dirigen los rezos y los bailes frente a los altares de Cristo y María, en Saraguro.

ABAJO:

Una indígena saragura participa en la ceremonia de Jueves Santo.



FOJOS MATRONE



Semana Mayor donde los saraguros





Hombres de a caballo

En Riobamba, cuya fiesta central de independencia es el 21 de abril, han decidido adelantar una semana varios de los festejos para aprovechar la concurrencia por el feriado de Semana Santa. Ello confunde a la gente y pone en duda el sentido del evento que se festeja. (Eso de correr las fechas se ha generalizado en el país: el desfile de la Mama Negra latacungueña será adelantado al 3 de noviembre con el mismo fin.) Entre los actos programados se destaca el Encuentro del Nuevo Mundo del Folclor, donde intervienen grupos de flamenco, mariachis, gaiteros escoceses y bailarines de Colombia y Perú, además de los conjuntos nacionales. Hay también el Desfile de la Alegría, con la participación de reinas barriales, bandas de música, grupos folclóricos, colegios y autoridades. Muy taurinamente, las corridas empiezan a las 5 de la tarde; son parte de la Feria del Señor del Buen Suceso (y este año 2001 cuentan con el matador guayaquileño Guillermo Albán). No faltan las peleas de gallos, ni los bailes populares y los festivales de comida típica, entre estos la elaboración del ceviche de chochos con cuero más grande del mundo, una especialidad riobambeña que viene acompañada por el "rompenucas", apodo del jugo de naranja con trozos de hielo que en otra época era bajado del Chimborazo por los hieleros y que "enfriaba más", según sostienen los mayores. Pero el evento más importante es la tradicional feria agropecuaria, industrial, comercial, artesanal y del caballo, que cada año tiene lugar en el Recinto Ferial Macají.

Días de mayo

En los años setentas, tiempos de auge del movimiento sindical, el primero de mayo, Día Mundial del Trabajo, se convirtió en una celebración muy importante. Dentro de la liturgia combativa de la clase obrera, era fundamental la realización de una marcha que, en una tradición que se remontaba al Chicago del siglo XIX, mostrara en las calles el poder de los trabajadores. Y la marcha llegó a ser francamente festiva, cuasi religiosa, salvo que los santos patronos eran reemplazados por las imágenes del Ché Guevara (tan semejante a un Cristo recostado), la de Marx (una suerte de Dios padre, con barbas ídem) y los demás íconos de la revolución proletaria internacional, de la misma manera como el discurso político cumplía las funciones del sermón del cura. Pero la caída del Muro, el ocaso de la iz-

ARRIBA IZQUIERDA:

Bajada de la cruz la noche del Viernes Santo. Los Santos Varones llevan túnicas blancas.

ABAJO IZQUIERDA:

Músicos saraguros tocando en la plaza de Saraguro en los rituales del Domingo de Resurrección.

ABAJO DERECHA:

El alumbrador saca al Cristo a la plaza.

PAG. SIGUIENTE:

ARRIBA:

Chagras cantando en la fiesta de San Sebastián, en Pifo, Pichincha.

ABAJO:

Juego de las cintas en la fiesta del Señor de la Buena Esperanza, en Checa, Pichincha.



FOTOS PCUW

quierda tradicional y el rápido crecimiento del movimiento indígena, opacaron la celebración proletaria.

El 2 de mayo, desde al barrio cuencano de la Cruz del Vado hasta la parroquia quiteña de Chaupicruz, y más al norte, tiene lugar la fiesta de la Santísima Cruz. El día siguiente, 3 de mayo, corresponde al Señor de la Buena Esperanza, y son muy mentadas las celebraciones en Bolívar (Carchi). En Checa, pueblo vecino al santuario de El Quinche, antes del mediodía, el desfile sube por la calle principal; llevan los chagras sus clásicos vestidos de poncho de rayas, bufanda blanca de lana, sombrero, huasca, apetros. Cierran la marcha dos potros andaluces de paso, uno de los cuales demostrará todas sus gracias en el evento que habrá después en el estadio, un despliegue de habilidades de los jinertes de las haciendas y sus cabalgaduras, lo que incluye el concurso de cintas y la polvareda que levantan los cascos veloces de los caballos.

Como mayo es el mes de María, se suceden ceremonias a las distintas vírgenes: Auxiliadora, Fátima, de Pompeya, del Monte, del Rosario, o simplemente María. Y en el calendario civil sobresale la efemérides de la batalla del Pichincha, que un 24 de mayo de 1822 rematará las luchas por la independencia de la Real Audiencia de Quito.

Moros y cristianos

Cuando en las bodas de Ramón Berenguer IV, conde de Cataluña, con Petronila, reina de Aragón, en el año 1150, se hizo una representación fingiendo una pelea entre moros y cristianos, se estaba originando aquí –al menos ésta es la primera referencia documental que existe– una de las fiestas que tendría mayor relieve a lo largo de varios siglos de la historia de España: la Danza de Moros y Cristianos, que todavía hoy se celebra en varios lugares de la península, sobre todo en el Levante (...).

A medida que iba avanzando la Reconquista se iban extendiendo estas representaciones victoriosas que constituían un capítulo más de las festividades cívico-religiosas, entre autos sacramentales, torneos, bailes, juegos de saltimbanquis y titiriteros, etc.

Durante los siglos XIV y XV son abundantes las referencias documentales que hay sobre estas celebraciones, que reflejan perfectamente el espíritu de la época, pero es en el XVI, en medio del ambiente triunfalista español debido a la gran expansión de sus dominios, en el que cualquier acontecimiento se convierte en motivo de celebraciones, cuando todo tipo de festejos adquieren su mayor esplendor y boato y entre ellos las representaciones de moros y cristianos, a pesar de que ya los moros no están en la península. Las razones para ello pueden ser múltiples, pero sería suficiente la gran tradición que habían adquirido en los siglos anteriores.

Además, ante la España del siglo XVI la Santa Cruzada no había terminado, simplemente había cambiado de escenario; existían millones de infieles



Mezquita de Córdoba, España.

por convertir en los territorios recién descubiertos. De ahí que no sólo continuó la danza de moros y cristianos en la península, sino que los conquistadores la llevaron consigo, como parte integrante de su cultura, junto con los torneos y las justas caballerescas, a los que era tan aficionada la nobleza española, los juegos de cañas, las mascaradas y los toros.

¿Qué ocasión mejor para representar un combate entre moros y cristianos que cuando se vencía en un nuevo territorio?

Por un lado, el sentimiento religioso de cruzada tenía aquí su prolongación, y por otro, los españoles, a pesar de que provenían de los más diversos orígenes, tenían la necesidad de reafirmar su identificación como grupo frente a un medio diferente y en gran manera hostil.

Berta Ares Queija

Los Corazas. Ritual andino en Otavalo

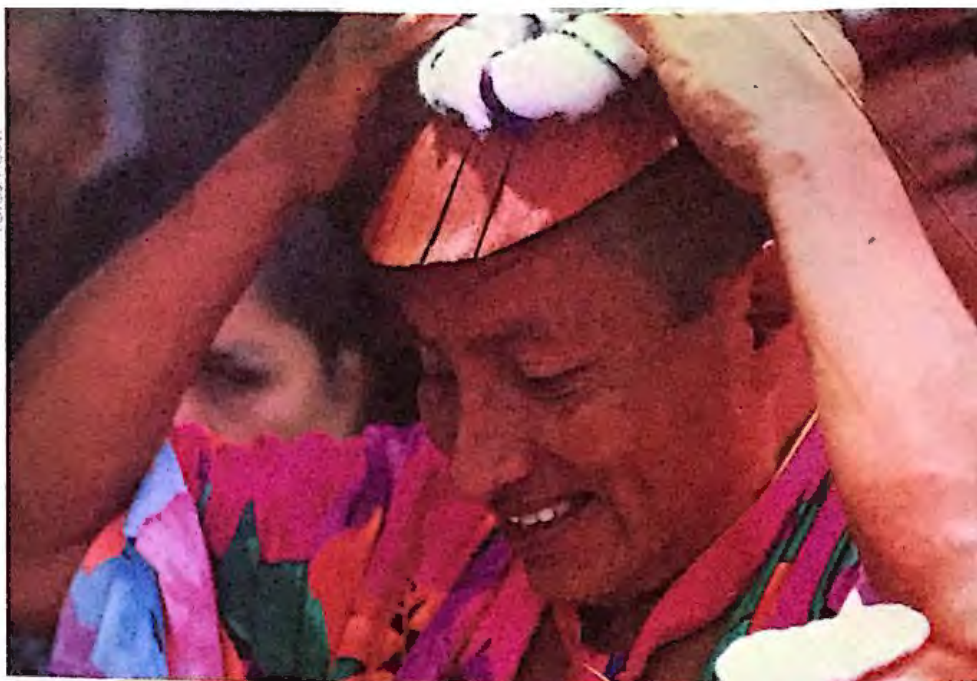
Kasama de los tsáchilas

Desde fines de los años noventas, los tsáchilas de Santo Domingo de los Colorados han retomado sus celebraciones rituales del año nuevo, que coinciden con el Sábado Santo y la inminente resurrección de Jesucristo, pero que antes duraban toda la semana, cuando solo se tocaba y bailaba al son de la marimba, según recuerdan los mayores. A esta ceremonia se la nombra *Kasama*, que en lengua tsáfiqui significa *nueva vida*. Como un rito de purificación, los tsáchilas se bañan en el río antes del amanecer del sábado. El anfitrión va de casa en casa invitando a la ceremonia; todo está listo: se ha preparado el malá o la chicha de yuca, maíz y caña, y corresponde a las mujeres cocinar piezas de caza como el saíno y la guanta, o, a falta de cacería, fritada, arroz y plátano.

Este año 2002, en la comuna de Otonga Mapalí, ubicada entre Chihuilpe y El Poste, las muchachas engalanadas con cintas en el cabello largo y suelto, luciendo collares y sus tradicionales faldas de franjas de colores que contrastan violentamente con las medias de nylon y los tacos altos, recibían a las autoridades: al gobernador Nicanor Calazacón y los presidentes de las comunas, así como al obispo de Santo Domingo, Emilio Stehle, quien ofició la misa de inauguración de la capilla, bautizándola con el nombre del legendario líder tsáchila Abraham Calazacón. Los hombres, en general, llevaban la *cumbillina* (especie de falda), los ancianos lucían pulseras de plata y las mujeres adornos de bambú y collares con pepas naturales.

Luego de la misa (que antes no se celebraba en estas fechas), bajo un techo de paja toquilla tejida se desarrollaron los actos: música de marimba y canciones, una representación teatral del *Kasama* ancestral por parte del grupo *Tsáchi Waya*, de Cóngoma Grande, para luego dar paso a la comida, los bailes y canciones, que se prolongaron hasta la medianoche.





IZQ. ARRIBA:
Luis Aguavil toca la marimba en Chihuilpe.

IZQ. ABAJO:
William Aguavil, de la camuna Cóngoma Grande, luce callares de pepas y el *panu*, especie de chalina sobre los hombros.

ARRIBA:
El gobernador Nicanor Calazacón se acomoda la corona de algodón, símbolo de la sabiduría.

CENTRO:
Las mujeres reciben a los invitados en Otongo Mapalí. Llevan la falda o *chumillina*, cintas en el pelo, medias de nylon y zapatos de taco alto.

ABAJO:
Participantes del *Kasama* que se realiza el sábado de Semana Santa.

DER. ABAJO:
Representación del *Kasama* en Otongo Mapalí por el grupo *Táschi waya* de El Cóngoma.



Antes de emprender el viaje leemos el texto de Vicente Zaruma sobre el Corpus en Cañar, donde habla del *huagra hushina*, o pele del ganado, ceremonia ancestral que sigue viva en algunas comunidades. Días antes del Corpus se procede al sacrificio ritual de la res; los participantes beben la sangre y bailan sosteniendo pedazos del toro despostado. También se acostumbra jugar al gallo compadre, rito que viéramos en los carnavales de la provincia de Bolívar; acá, una vez cortada la cabeza del gallo enterrado, de inmediato y rudamente lo despresan y salpican con sangre a los presentes.

Hay en el campo la creencia de que ciertos diablos o duendes viven detrás de las rocas, de donde su nombre: *rucu yaya*. Las representaciones de estos personajes —el rostro alegre del mal— encienden las fiestas, del mismo modo como los cohetes que las anuncian y el llamado de los caracoles o quipas.

Llegamos al pueblo de Cañar justo el jueves de Corpus. Dibujándose contra un cielo azul impecable, una tela templada sobre la Panamericana da la bienvenida a Hatun Cañar. En el atrio de la iglesia principal, bajo los arcos de cemento, se han apostado las vendedoras de los clásicos dulces, costumbre introducida siglos atrás por los españoles, y que en el Austro ecuatoriano ha mantenido su riqueza vital. Hay movimiento en las calles que rodean al mercado. Subimos a la estratégica colina de San Antonio, cuya capilla de construcción mixta domina toda la zona. En el atrio se ha instalado la banda y un viejo de la comunidad baila tapado por el carapacho de la vaca loca, dando traspiés a causa del aguardiente ingerido desde las vísperas. Se lanzan voladores al aire y unos muchachos ataviados con el traje tradicional de los cañaris soplan las caracolas. Van entrando a misa los comuneros, las madres adornan el cabello de sus niñas, los chicos llevan espigas de trigo y guadañas pequeñas.

Mientras en la nave central sigue el servicio religioso, afuera empiezan a repartir naranjas, ofrenda típica de Corpus. Sale finalmente el grupo, escoltando al párroco que trae en manos la custodia con la hostia consagrada, bajo un palio que la protege del sol. Precedido por los muchachos de las caracolas y un mayor que va meciendo al incensario como un péndulo humeante, entre cánticos y salmodias, avanza hasta el primer altar, donde se coloca brevemente la custodia y se avienta incienso. La procesión avanza por la colina...

DERECHA:
Pintura de Tigua que representa la celebración de Corpus.



Corpus Christi: la gran fiesta de la cristiandad



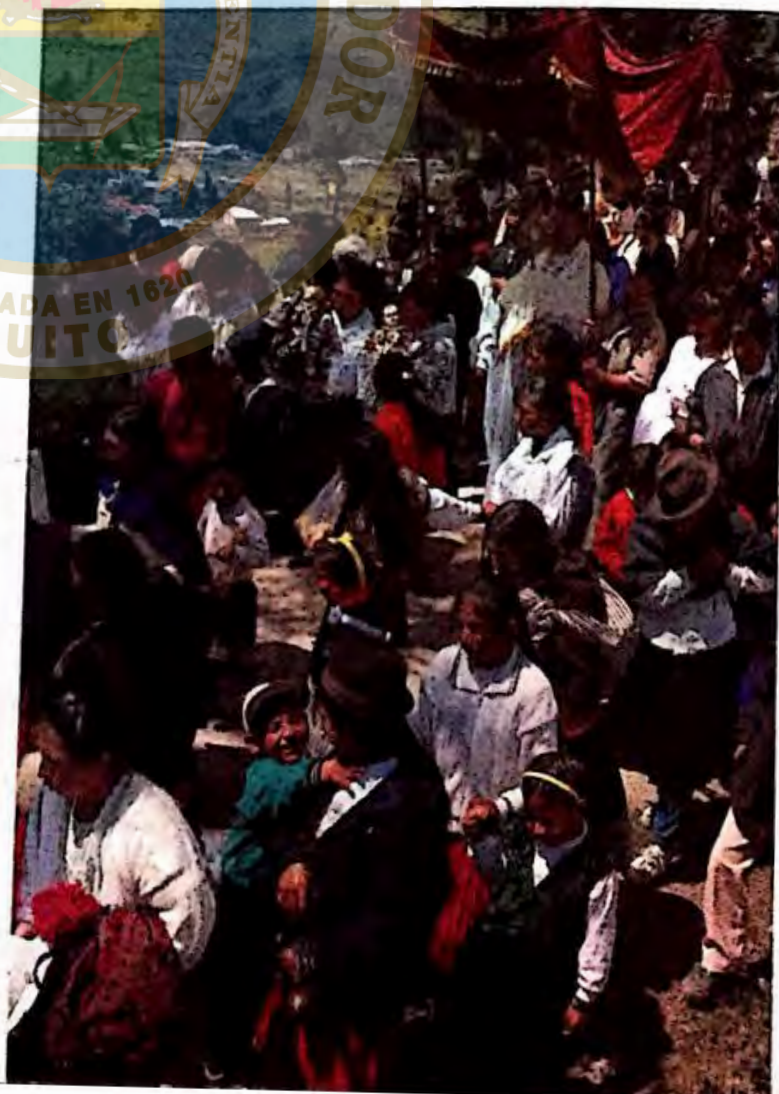


ARRIBA:

Los niños cañaris se visten de mayores o quiperos, con el sombrero clásico de lana y la *cushma* o poncho pequeño atado a la cintura. Tocaban a la entrada de la Iglesia la quipa o caracola, instrumento precolombino. Las niñas van de mayoralas.

DERECHA:

Bajo el palio y en las manos del cura, la Eucaristía o Cuerpo de Cristo sale en procesión desde la Iglesia de San Antonio, sobre la ciudad de Cañar.





El shamán saluda al sol poniente en Chibuleo.

Solsticio de verano

Para los propósitos de evangelización de la Iglesia Católica, debió ser útil encontrar que en América en el momento cósmico del solsticio de verano, que señala la época de siembra y cosechas, los indios tenían cultos ancestrales al sol y a la luna. Siguiendo la costumbre de la Edad Media, cuando alrededor de los autos sacramentales y las obras de misterio popular, a los iletrados se les enseñaba la doctrina católica, se introdujo la fiesta de Corpus Christi, coincidente con el movimiento anual del sol sobre el horizonte y su regreso al Sur.

La festividad, que desde el siglo XIII había sido acogida en España y en el siglo XV era consagrada como la fiesta principal del catolicismo, poco a poco recreó en el Nuevo Mundo el aire de espectáculo que había alcanzado en la España renacentista. En 1513 y en 1575 allí habían aparecido

personajes como el gigante, el águila y los dragones, disfraces de moros, cabezudos y animales que personificaban el mal.

Así mismo, para ese tiempo en España ya existían las cofradías de negros africanos o descendientes de africanos, que participaban en las fiestas del Corpus Christi con representaciones fantasmales de sus antepasados muertos. Algunos de esos personajes tenían aspecto de negros, o por lo menos llevaban carátulas de negros. Ello dio motivo a que se les llamara "diablitos negros". Uno de ellos obtuvo tanto éxito con su actuación burlesca en la procesión eucarística, que de ahí saltó al escenario del teatro español como *la majiganga*, figura memorable en el Siglo de Oro.

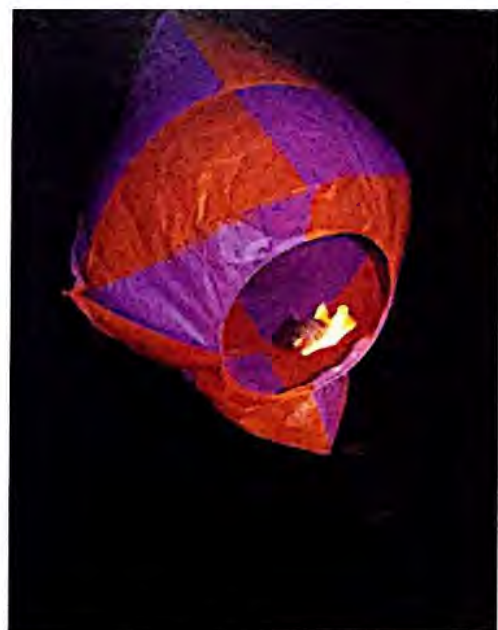
Nina Friedemann

Fiestas. Celebraciones y rituales de Colombia

Volvemos al centro del pueblo, donde se han congregado indígenas de diversas comunidades, vestidos con sus trajes de fiesta. Ahora se acercan en grupos al atrio, con música y vacas locas y canastas de naranjas y armazones de carrizo y papel que esconden a medias a los danzantes, jóvenes y adultos. Luego saldrá la procesión entonando el clásico himno: Dios de amores, Santa Eucaristía/ mira al pueblo de tu corazón/ todo es tuyo lo has jurado un día/ todo es tuyo, salva al Ecuador. (Sin darme mucha cuenta, dejo de tomar fotos en medio de la procesión y vuelvo a cantar canciones que aprendí en el colegio de curas. No es solo la pertenencia sino el delegar la responsabilidad personal a un ser superior: salvación efímera, el porqué se conjugan tan bien fiesta y religión...)

A las 7 de la noche llegamos al parque cuencano Abdón Calderón, donde ha empezado el septenario de Corpus. Hay decenas de puestos de dulces, ubicados en los portales y al costado de la catedral nueva, hacia la Plaza de las Flores. La variedad de las golosinas, elaboradas por lo general en panaderías, es impresionante: arepas de maíz, arepas de coco, ollitas, anisado, quesadillas, herrajes, panqués, roscones de clara lojanos, suspiros de monja, manjar de leche, cocada de horno, cortados de guayaba ambateños, relámpagos, milhojas, fresitas, las roscas de yema a 50 centavos de dólar, pan de viento, turrón, cocadas de frutas, aplanchados, bizcochuelos, alfeñiques, delicados, bolas de coco con chocolate, bolas de piña, huevitos de faltriquera, bolas de naranjilla, limón, de mora y naranja.

La celebración del Corpus llegó de España con su ritual de dulces, juegos y fuegos. Eran las monjas de los conventos quienes preparaban los dulces como ofrendas al Señor; todavía hoy las conceptas elaboran y expenden, a lo largo del año, unas deliciosas quesadillas con harina de achira. Cada noche del septenario hay un sacerdote diferente: hoy es la curia; por ello, los castillos están dedicados a monseñor Miguelito Cordeiro, el recordado promotor del Niño Viajero, cuyo pase del 24 de diciembre constituye la otra multitudinaria festividad cuencana. Hechos de carrizo, papeles de colores y pólvora, tienen los castillos varios pisos, y diversos artefactos que se van encendiendo sucesivamente y culminan con la paloma y los ratones. Los espectadores rodean y celebran la quema, y, cuando no, algunos muchachos corren como fantasmas bajo la lluvia de chispas creadas por esos artificios de fuego. Rasgan también la noche voladores que estallan en luces de colores, silbadores, luces de bengala y globos que ascienden empujados por el aire caliente y globos con faroles al ruedo que giran como un incendio alado. No en vano, en térmi-



FOTOS: PCIMV



Durante el septenario de Corpus Christi, en el parque Calderón de Cuenca se lanzan globos y se queman castillos pirotécnicos. Los muchachos corren bajo la lluvia de chispas.



nos de producción artesanal, el Corpus es considerada como la fiesta de los panaderos y los pirotécnicos.

Culto al sol

Lejos de allí, en la Sierra central, hubo una importante procesión de Corpus en San Andrés de Pillaro. Partieron los danzantes de Huapante Chico hacia el centro parroquial luciendo sus vistosos atuendos, pero los mayores añoraban al clásico diablo-huma que solía aparecer en estos días. En cambio se mantiene la costumbre de preparar el champús, con mote, harina y panela.

Para el sábado 16 han convocado los pueblos indígenas de Tungurahua a un encuentro de danza y música en Chibuleo, parroquia ubicada a unos 15 minutos de Ambato, en la vía hacia Guaranda. El sol de la tarde alumbra con fuerza y se refleja en las nieves del Carihuairazo cuando subimos hacia el centro educativo de Chibuleo San Francisco. Dos muchachas indígenas nos reciben y conducen hacia la explanada donde tendrá lugar el festejo del Inti Raymi y la elección de la Inti Ñusta, pero las cosas se van retrasando. Por último, el chamán Pilatuña y dos asistentes inician un rito más bien teatral de adoración al sol, que sigue alumbrando con entusiasmo hasta las seis y media de la tarde. Diversas comunidades de chibuleos y otros invitados se han reunido y la fiesta continuará durante la noche con la participación de Enrique Males, Ñanda Mañachi, un grupo de baile de Ambato y otras comunidades invitadas.

Polémica: a diferencia de las procesiones del Cañar, esta celebración se ha vuelto un poco confusa, puesto que a la tradición del Corpus se intenta sobreponer un rito del culto solar que, al decir del antropólogo Segundo Moreno, fue impuesto por los incas como un medio de dominación y unificación, tal como lo hicieran otros imperios de la antigüedad, para que los subordinados tuvieran diariamente presente al dios conductor de la Historia, cuyo hijo era el inca o el faraón. “El afán excesivo de recrear la autoctonía frente a los símbolos de una tutela extranjera y quizás el desconocimiento de su propia historia, han determinado que el surgimiento de las organizaciones indígenas haya estado acompañado de la interpretación más o menos folclórica del sol como la divinidad tutelar de las nacionalidades aborígenes ecuatorianas”, escribe Moreno, y añade que, por el contrario, los viejos taitas otavaleños consideraban que “la conmemoración del natalicio de San Juan Bautista es la fiesta de acción de gracias a Dios por el final de las cosechas”. Los dirigentes indígenas opinan de otra manera, y con igual inclinación solar han impulsado un festejo del Inti Raymi en el castillo inca-cañari de Ingapirca, justamente para el solsticio de verano, que coincide con San Juan.

En la celebración de Corpus, en Huachi Chico, Christoph Hirtz captó detalles de la ropa de los danzantes. Nótese la belleza de la cruz en la mano y el borrego y el asno que llevan en el pecho.





FOTOS: P. CUMI

F. CEVALLOS





Pujilí

En Pujilí, en cambio, el día domingo 17 tenemos la fortuna de asistir a la marcha de los danzantes tradicionales que rematan la octava de Corpus por las estrechas calles del pueblo. Si ayer estuvo como prioste el presidente de la República, acompañado del cardenal, dicen, y hubo un sonado desfile de comparsas provenientes de varias provincias, hoy es el pueblo festejándose a sí mismo, mandándose mensajes a sí mismo y no a los *mass media*, comuneros que son venidos de Ramos Pamba, San Rafael, la lejana Angamarca, Zumbahua, en fin, que avanzan bamboleando rítmicamente sus pesados atuendos y los cabezales con penachos de plumas. La ropa ha sido alquilada a personajes como Ignacio Criollo, quien confecciona hace décadas esos adornos y penachos que pesan una arroba en la cabeza, peso que parece aumentar a medida que continúa sobre los adoquines la incesante danza, al ritmo de flautas, tambores y pinguillos. Las mujeres traen flores en la espalda y bailan y reparten naranjas a los espectadores. “¡Vuelta, compañeros!”, grita un dirigente con el bastón

ARRIBA:

Familia de chibuleos contemplando los rituales de Corpus.

PAG. ANTERIOR:

Danzantes de Pujilí. Las más tradicionales cabezas tienen forma de estrella y están decoradas con relicarios, camateos, objetos de marfil y plata; las más recientes incluyen figuras y collares de plástico e imágenes impresas en papel. Todas van coronadas con penachos de plumas de colores y, debido a su peso, deben ser sostenidas con la mano.

Las pecheras lucen espejos para reflejar al sol y los espaldas semejan las casillas bordadas de los sacerdotes.

Los trajes son alquilados para la fiesta.

de mando, y gira la comparsa. “¡Viva Corpus!”, exclaman más allá, “¡Viva Pujili!”

Entre la gente que se agolpa en las aceras, se aproximan lentamente los danzantes a la explanada donde se yerguen los grandes castillos en la punta de los palos ensebados, junto a otros, más pequeños, que lucen desde botellas de licor hasta costales de papas y borregos vivos, pasando por sartas de gallos y cuyes que, colgados boca abajo, se agitan y estremecen. Hay también los llamados “huertos de Corpus”: ramas de árboles precariamente hundidas en la tierra con frutos y ofrendas para el pueblo: babacos, tomates de árbol, ajíes y otros vegetales donados por las vivanderas del mercado.

Antes de que llegue la marcha a su destino, una ansiosa bandada de muchachos empieza a trepar a los palos ensebados, con gran dificultad y resbalones, pero empujados por el ansia de apoderarse de las ofrendas; todo en medio de la polvareda que levanta el gentío de bailadores, vendedores, turistas, pujilenses y miembros de las haciendas y las comunidades que han donado los castillos pirotécnicos.

Salasacas

Para esta comunidad indígena de Tungurahua, es la fiesta más importante del año, según C. Sarzosa y L. León (*Compadres y priostes*). Se inicia el domingo anterior al jueves de Corpus, cuando en casa del alcalde mayor se entregan alimentos a los danzantes, que han sido contratados, y al músico del bombo y el pingullo, el “maistro”. Ya en las vísperas, se lava y prepara la peluca y los danzaotes van con el alcalde en busca de los trajes alquilados, cuyas prendas principales son los pañuelos de colores, dos especies de faldas, los cascabeles, la máscara, un alfonki o cruz con cintas que tienen en la mano, y, sobre todo, el uma tiuncu o cabezal, adornado con espejos que reflejan al sol, coronado con penachos de plumas de colores. Cuando se quitan este tocado, vuelven a usar el tradicional sombrero blanco, adornado con cintas.

El jueves por la mañana se reúnen en la casa del alcalde mayor, bailan, comen, beben y se encaminan por el chaquiñán hacia Pelileo. Luego de la misa, a la que no ingresan, al mediodía se congregan ante la iglesia todos los alcaldes con sus varas de mando, los danzantes que bailan al son del bombo y el pingullo, y muchos salasacas vestidos de fiesta. Pasan a continuación por la casa parroquial, antes de dirigirse a las chicherías a seguir celebrando.

Muchos estudiosos han señalado que el origen de los danzantes, en general, se remonta a la época precolombina y tuvo su auge en el período incásico (no en vano los salasacas son de origen mitimae). En un clásico sincretismo, se fusionaron los bailes agrícolas del Inti Raymi con los rituales católicos de la Eucaristía.

ARRIBA:

Los castillos de ofrendas se hallan en la punta de los palos ensebados. Entre risas y gritos de estímulo, los muchachos intentan subir y apropiarse de los objetos.

PAG. SIGUIENTE IZQUIERDA:

Los danzantes salasacas se visten para los rituales de Corpus.

PAG. SIGUIENTE DERECHA:

ARRIBA: El jueves de Corpus manda la tradición dirigirse por el chaquiñán hasta Pelileo.

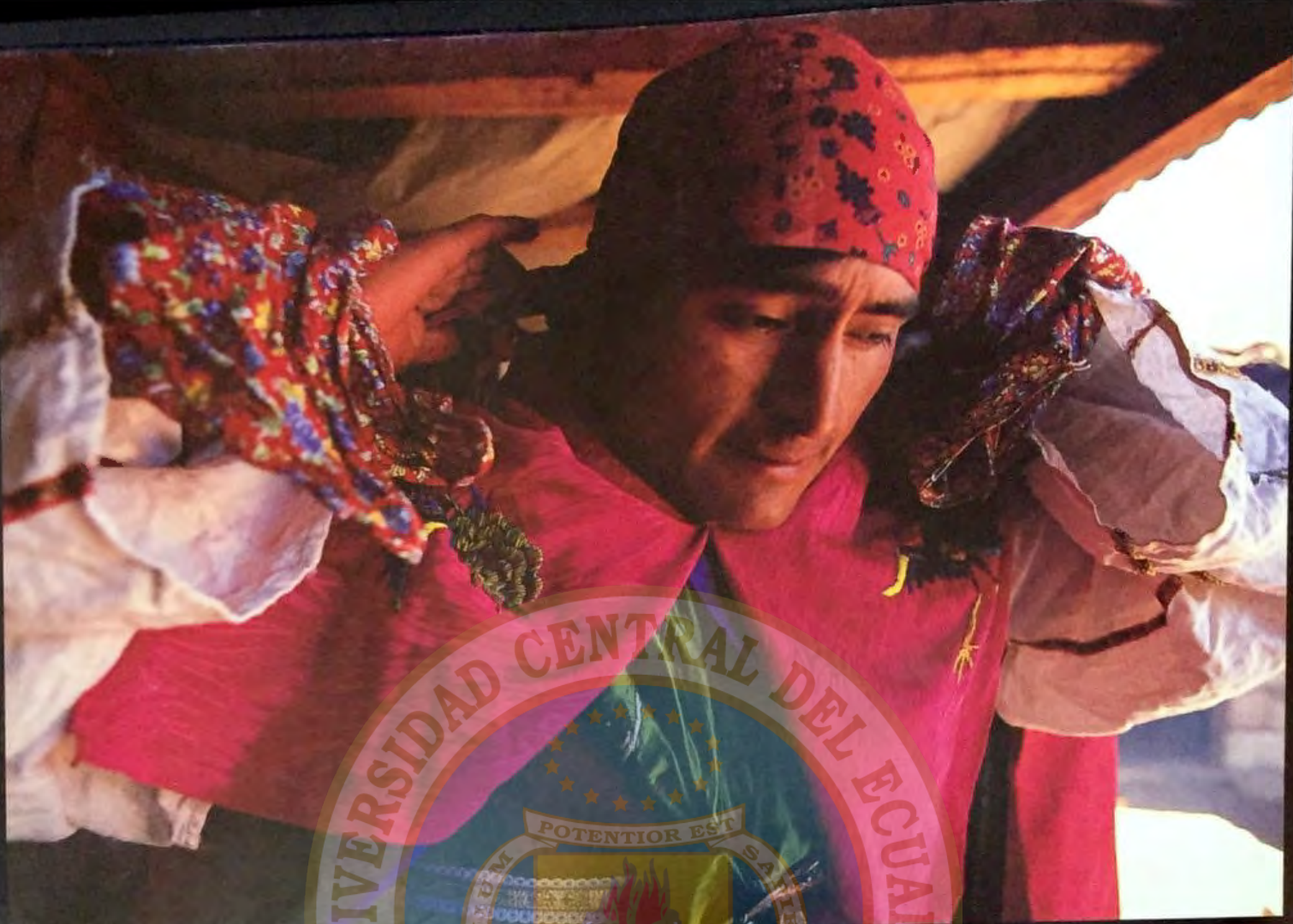
ABAJO IZQUIERDA: Los espejos del tocado reemplazan a las láminas de oro, y las plumas son un antiguo adorno aborigen.

ABAJO DERECHA:

Bombo salasaca, de pellejo de borrego templado y pintado.



C. CORRAL



C. CORRAL





Los sanjuanes

En la zona de Otavalo, el rito de los sanjuanes principia con el baño ceremonial en las vertientes, cascadas y ojos de agua, especialmente en la cascada de Peguche, cuyas aguas provienen del lago San Pablo. El baño nocturno purifica y da fuerzas para la fiesta, que hasta mediados del siglo pasado asumía la forma de una guerra ritual: una comunidad intentaba tomar por la fuerza la plaza vecina y corría la sangre e incluso había muertos. Algo de esos enfrentamientos persiste en el área de Cotacachi, donde se disputan las esquinas de la plaza. A ello se debe que quienes fungen de diablohumas o de *ayahumas* (cabezas de diablo o de muerto), sean los más fuertes y lleven foetes para atacar y defender a los suyos.

El domingo 24, junto con el mayordomo de la hacienda de Angla, subimos desde el lago San Pablo hacia la comunidad de Topo; vamos en busca del sacerdote, pero éste ya ha partido con el grupo de sanjuanes que trota por el campo al ritmo de guitarras, rondines y canciones, cruzando quebradas, en-

Grupo de músicos festejando los sanjuanes en San Pablo del Lago, Imbabura.





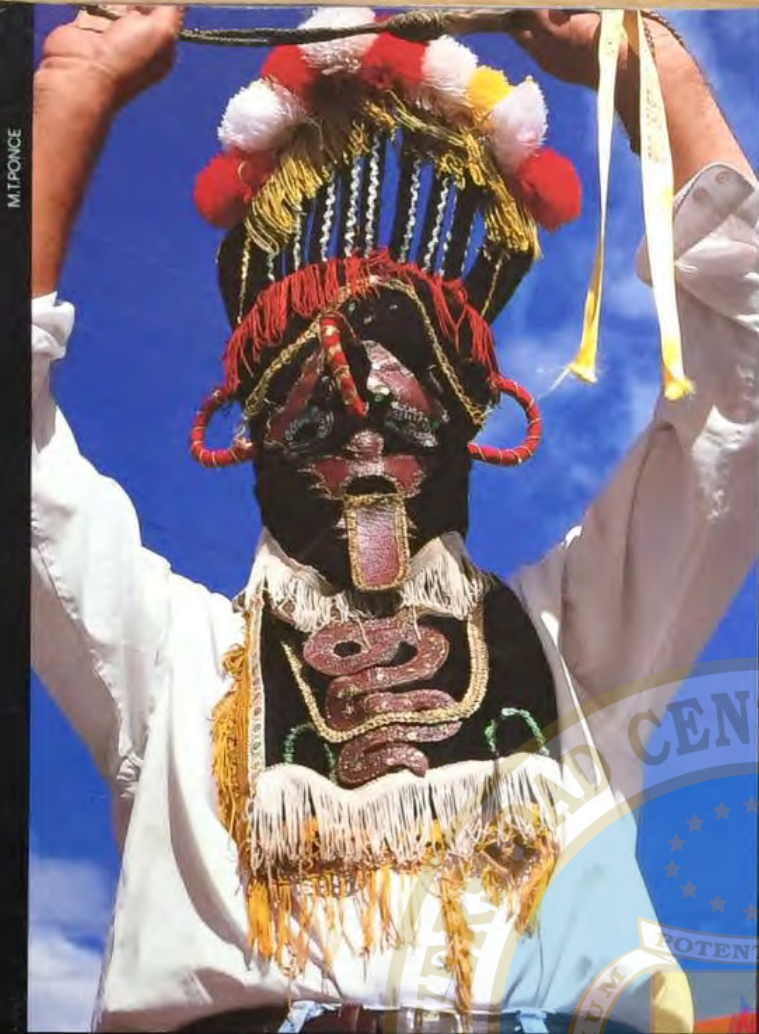
ARRIBA:

Castillo con ofrendas para la fiesta de San Juan, en Imbabura. Se destacan los panes propios de la fecha.

IZQUIERDA Y PAG. SIGUIENTE IZQUIERDA:

Diferentes representaciones del diablo-huma, también llamado *cucu-huma* a *aya-huma*. Es el personaje principal de las fiestas de San Juan, quien encabeza el baile y los enfrentamientos rituales. Lleva un foete y zamarras.





M.T.PONCE



M.T.PONCE



PCUMI



PCUMI





MT Ponce



PCUVI

tre los eucaliptos, por los chaquiñanes, con el lago allá abajo, a las espaldas, hasta arribar a la hacienda Angla, de la familia Plaza, a entregar los gallos. La ceremonia es emotiva, pero más importante y nutrida suele ser la entrada a Zuleta, con la rama y el niño que recita las loas desde su cabalgadura, al pie de la galería donde se hallan los descendientes de Galo Plaza.

Por la tarde, grupos de bailarines de diversas comunidades de los alrededores, que abarcan hasta Mojanda, se reúnen en el estadio del pueblo de San Pablo del Lago para concursar: desde indígenas que no permiten ser fotografiados hasta muchachas desenvueltas que sonríen a las cámaras. Mañana será la ocupación ritual de la capilla de San Juan, en Otavalo; San Juan Capilla, exactamente...

El personaje más importante de aquí hasta Pomasqui es el muy mentado diablohuma, cuya indumentaria varía un poco según la zona. Por su carácter emblemático, un boletín bibliográfico del Iadap tomó como portada al *diablohuma* de Guaraquí, "personaje central de las fiestas indígenas de la región de Pedro Moncayo y Cayambe, provincia de Pichincha". Cuentan que en el llamado día grande de San Pedro, los de la comunidad de Guaraquí, encabezados por sus hermosos y temibles *diablumas*, disputaban con la comuni-

PAG. ANTERIOR

ARRIBA:

Aruchicos en el pregón del Yamor, en Otavalo.

ABAJO:

Los *aruchicos* se toman simbólicamente la plaza de Cayambe el 29 de junio, día de San Pedro, patrono de la ciudad.

ESTA PÁGINA

ARRIBA:

Comparsa desfilando por Cayambe.

ABAJO:

Rama de gallos que se entrega al dueño de la hacienda.

DERECHA ARRIBA:

Sanjuanes bailando en los patios de la hacienda de Zuleta (Imbabura), durante la entrega de los gallos.

ABAJO:

Personajes de la "toma" de la plaza de Cotacachi, que antes era escenario de violentos combates rituales.



dad de los Tupigachis, la “ganada de la plaza” de Tabacundo. Lo característico de su máscara es la ambivalencia, pues tiene dos caras distintas: la oscura sirve para bailar durante el día, y la más clara para la noche. Anota Pablo Sandoval que, según la tradición, “si una persona baila de diablohuma un año, deberá hacerlo por doce años consecutivos sin cambiar de indumentaria, so pena de sufrir infortunios”. Algunos buscan compactarse con el verdadero diablo, para lo que realizan un oscuro rito en quebradas o cascadas, en las vísperas de San Juan, “además de bañarse por tres veces a las doce de la noche, con la creencia de que adquirirán poderes sobrenaturales para ser incansables en el baile, invencibles en la pelea y trasladarse a largas distancias flotando en el aire o transportados por un huracán”, explica Sandoval.

Lo fuerte de las fiestas en Cayambe sucede cuando los *aruchicos*, al son de los cencerros, ocupan el parque central celebrando al santo patrono, cuyo día es el 29. Desde el atrio de su iglesia, San Pedro, es decir su imagen tallada, recibe los honores de las comparsas que recorren las calles. En la plaza de toros hay corridas de luces, mientras en la plaza del mercado –rodeada de antiguos arcos del portal y de precarias tarimas levantadas para la ocasión con maderas y pingos, dejando lugar debajo para las pailas de cobre donde borbotea el aceite de las fritadas, empanadas y tortillas– se festeja con toros populares.



MTPOVCE







pescadores, comerciantes y mujeres que enfrentan la diaria adversidad se vistan con las ropas y los discursos del poder e ingresen en ese tiempo de la abundancia y el jolgorio, lo que habitualmente les es negado, reino de la abundancia que ofrecen los políticos y líderes que ellos ahora encarnan con admiración y respeto, no con mofa como en ciertos bailes de la Sierra.

Una cornitiva semejante sale del palacio de los blancos y baja la loma tras de la banda que entona aires más bien andinos. Llevan los blancos a la serpiente verde en sus emblemas, lucen gorras y gafas, mucho lujo y boato, parecen miembros de la corte de algún antiguo dictador caribeño, pero según sus discursos y proclamas son muy democráticos y respetuosos de las formalidades, pues, una vez frente a frente, intercambian oficios protocolares. Los de Guinea anuncian que vienen en son de paz y piden permiso para entrar al territorio de la República de San Pedro y San Pablo, que es de los blancos. Estos, que -al decir del animador trepado en la tarima- avizoraban una invasión, se tranquilizan y los aceptan en esta tierra de hombres trabajadores. Hay una competencia galana entre los abanderados, que hacen figuras en una danza de las banderas. Se pide a la concurrencia que dictamine con aplausos al ganador, pero se concede empate pues se trata de armonizar. Y se les premia con 10 dólares a cada uno. "¡Está buena la pesca!", bromea el animador y grita equivocadamente un gol del Ecuador. (Por pura coincidencia, en este mismo momento se están enfrentando en Mar del Plata las selecciones sub 20 de Ecua-



dor y Ghana, africanos del mundo real que terminarán ganando 1 a 0). La ministra plenipotenciaria del presidente blanco les da la bienvenida formal a la tierra de Castilla—obvia referencia al hispánico conflicto entre moros y cristianos— y da vivas al gallardo ejército de Corinto y Tesalia. Viene a continuación el intercambio de regalos y el baile de los perfumes, donde las altas autoridades se echan perfumes, salpicando también a los espectadores. En cierto momento, el Capitán del Puerto, el auténtico, que viene de Manta con su uniforme blanco de marino y los galones de su rango, se junta al presidente blanco, Eusebio Reyes, y ya nadie sabe dónde termina lo real y empieza la ficción. Igual, qué importa, si de aquí irán a misa y mañana habrá quema de un castillo pirotécnico en el palacio del presidente blanco.

Machalilla, Picoazá y Los Arenales

En Machalilla, hora y media hacia el sur por la aún flamante vía costanera, los grandes festejos empezaron el 27 por la mañana, cuando



IZQUIERDA ARRIBA:

Los presidentes cumplen el ritual de echarse perfumes, entre ellos y también al público.

IZQUIERDA ABAJO:

Alegrada por J. Orozco, la comitiva de los negros sale al encuentro de los blancos en San Mateo.

DERECHA:

El presidente negro de Picoazá baila en uno de los palacios.



PCUVI

una procesión marina zarpó con las imágenes de los santos rumbo al vecino Puerto López. Allí desembarcaron con toda la pompa y regresaron en procesión por tierra. Eso nos cuenta la dueña del legendario Restaurante Carmita, en Puerto López, el mejor de toda la región. Pedimos spondylus al ajillo, cebiche de camarón y un pescado frito de por aquí, con un nombre como guatayque, todo una delicia. Ha empezado la época de las ballenas jorobadas con un festival de bailes afro.

A la mañana siguiente llegamos a la misa de Machalilla. Afuera toca la banda de los Hermanos Gutiérrez, de Manglaralto; bajo la sombra de las acacias, los hombres esperan, otros sorben hielo raspado con esencia de colores. El presidente de Guinea, Guido Mera Pincay, y su vicepresidenta encabezan la procesión que lleva en andas a San Pablo, mientras los blancos de la república de San Pedro (otra variante del ritual) desfilan por abajo del pueblo, por el malecón y su palacio, antes de ir al encuentro. El único montado, mensajero de los negros, inicia un intercambio de comunicaciones y formalidades semejante al de San Mateo.

Luego nos invitan al almuerzo en el palacio de los blancos, de Segundo Lucas: un succulento caldo de gallina y un plato con pollo, estofado de res y tallarín al jugo, ensalada rusa de dos tipos y dos clases de arroces, todo junto, pues —como quedó dicho— es el reino de la abundancia. Al lado continúa el baile y los negros comen y beben; mañana serán ellos los anfitriones.

El sábado 30, en Picoazá, desfilan blancos y negros por el camino, en plan de fanfarria, con las banderas agitadas por los portaestandartes. Es temprano aún pero no cesan los festejos, de palacio en palacio, bailando y viviendo a los santos y a sus presidentes, que tienen misa en la iglesia nueva de La Inmaculada. El general Santos Alarcón Gilces, de los negros, me da un recuerdo impreso como los de Primera Comunión, con oraciones a los dos santos, a quienes se pide interceder ante Jesús, “por la gracia que estamos rogando”.

Después leeré en *La Hora*, edición de Manabí, que a las 5 de la madrugada, en plena fiesta de Machalilla, un vendaval hizo caer botellas, ban-

ARRIBA:
El apóstol San Pedro en el malecón de Machalilla, durante el encuentro festivo.

cos y cajas y se cortó la luz, pero esta volvió casi de inmediato y “apareció un sujeto vestido de negro, alto, de pelo largo y que en una de sus manos llevaba un machete” con el que agredió a los celebrantes y luego desapareció en cuestión de segundos, dejando malheridos a varios, entre ellos a un señor Salcedo, quien en el lecho del hospital manifestó que “todo lo hace aparentar como algo sobrenatural, ya que el misterioso individuo apareció de la nada y desapareció increíblemente”...

La fiesta se celebra también en la península de Santa Elena, más específicamente en el pueblo de San Pedro, de donde parte una procesión con el santo pescador adornado con papeles de colores y vestido de marinero, primero por tierra hasta Ayangue y luego por mar hacia un islote lleno de gaviotas que se alborotan con el estallido de los petardos. Según Santiago Neumann, la romería náutica, que finaliza en San Pedro, simboliza la actividad cotidiana de los pescadores: el apóstol parte mar adentro en busca de pesca y retorna a compartirla con su familia. A la imagen, coronada y trasladada a la capilla del pueblo, se le pide sobre todo que haya buena pesca.

Al norte de Crucita, en el pueblito de Los Arenales, el baile se ha trasladado al mar, dos semanas después del 29. En un pesquero grande se embarca a las estatuas de los santos, se prepara una pista de baile con tabloncillos y los fieles se contonean al ritmo que emiten los parlantes del discomóvil, escoltados por otras embarcaciones.

Procesión marina en Los Arenales, Manabí. Esta es la fiesta emblemática de los cholos pescadores del Litoral.



Festividades de julio

Si en junio alcanzaron su clímax las festividades campesinas de la Sierra, en julio tienen lugar varias fiestas costeñas, entre ellas las de Santo Domingo de los Colorados, Chone y, por supuesto, Guayaquil, que conmemora su fundación. Además, la Virgen del Carmen, que cuenta con devotos en todos los rincones del país, es celebrada como manda la tradición.

En la época colonial, el área actual de Santo Domingo de los Colorados era tenida como parte de la llamada Provincia de los Yumbos, donde habitaron los tsáchilas o colorados, los niguas y los citados yumbos. La ciudad de Santo Domingo vivió un espectacular (y caótico) crecimiento urbano tras la apertura de la vía Alóag - Quito, en 1963, reforzado con la construcción del oleoducto en 1970; es casi imposible imaginar que años atrás fuera parroquia rural de Quito; ahora celebra la fecha de su cantonización, 3 de julio, con una serie de eventos donde destaca la feria comercial, artesanal, agrícola e industrial, Expo Feria Santo Domingo, que cuenta más de tres décadas. Desde un enfoque tradicional hay que referirse a la comunidad tsáchila, que tiene su propio calendario, y al rodeo montubio, cuya descripción consta en la sección pertinente. Los rodeos, la feria ganadera y los festejos se prolongan cuarenta kilómetros en dirección oeste, hasta el cantón manabita de El Carmen, cuyas fiestas culminan el 16, día de su patrona, la Virgen del Carmen. Y este año del Señor del 2001, en Cuenca se recuerdan los... ¡300 años!... de la Cofradía del Escapulario del Carmen, cuyas primeras firmas constan en los libros de la hermandad que reposan en el monasterio del Carmen de la Asunción desde ese 16 de julio de 1701. Desde entonces se han registrado más de diez mil firmas, entre ellas la del general Antonio José de Sucre en los días de la batalla de Tarqui.

No muy lejos de allí, en la zona montañosa y minera de la provincia de El Oro, Zaruma y Portovelo también festejan a la Virgen y a la minería en estos días julianos. Y en el norte esmeraldeño, particularmente en La Tolita —cuna de la cultura que trabajó el platino—, las celebraciones en honor de la Carmela o Carmelita se hacen a bordo de una balsa cubierta de hojas de palma. Allí, sobre una mesa ubicada a modo de altar, va la imagen de la Virgen, y a su alrededor no cesa la música del bombo y el cununo que acompaña los cantos de arrullos y coplas improvisadas por las mujeres.

DERECHA:

Los niños guayaquileños (y algún adulto) practican los juegos y bailes tradicionales, propios de las celebraciones, tales como el palo encebado.

ABAJO:

Las casas de Zaruma, de principios del siglo pasado, constituyen el marco perfecto para las celebraciones de Semana Santa y de la Virgen del Carmen.

PCUM



Otro evento que ha cobrado auge es el Paseo Procesional del Chagra que se efectúa en Machachi, provincia de Pichincha, el 25 de julio o el sábado anterior más próximo. Es el chagra el vaquero de los Andes ecuatorianos y su origen se remonta al desarrollo de la ganadería introducida por los españoles desde los albores de la Colonia. Lo caracterizan el poncho, el zamarro, la bufanda y el sombrero, pero tiene también un lenguaje peculiar y todo un estilo chacarero que se celebra en estos días de rodeos, marcada del ganado, toros de pueblo, riña de gallos, guitarras, cachullapis y aguardiente.

Fundación de Guayaquil

En la ciudad más grande del país se dice que julio es "el mes del guayaquileñismo", pues el día 25 se recuerda la fundación española de la ciudad, aunque los propios cronistas e historiadores guayaquileños se enfrascaron hace años en una polémica pues algunos consideran que la ciudad fue fundada por Diego de Almagro el 15 de agosto de 1534 con el nombre de Santiago, que tuvo varios asentamientos que iban siendo destruidos por la resistencia huancaivilca, y que en realidad el 25 de julio es la fiesta del santo patrono Santiago.

Lo cierto es que a lo largo del mes se llevan a cabo actos de todo tipo en homenaje a la ciudad. Así, el calendario festivo trae numerosos y diversos eventos musicales: la Tropifarria guayaquileña, a día seguido en distintos sitios, con la participación de grupos musicales; conciertos de *bel canto*, música clásica y arias en la Plaza del Centenario; festivales artísticos, del pasillo y *Crónicas del manso Guayas*, con los compositores guayaquileños Idrovo, Napolitano y La Tromba (2001). Hay retretas, en el ágora del Malecón 2000 y en otros barrios, ejecutadas por las bandas de la Armada, del Ejército, de la CTG, de la Policía y de la Fuerza Aérea. Se organizan distintas ferias y exposiciones, en especial de muebles y artesanías, y no pueden faltar los circos, que en muchos lugares son casi el emblema de las fiestas y su llegada a los pueblos es como un pregón de las celebraciones que se aproximan. El acto masivo es el desfile donde la figura de Juan Pueblo y la canción *Guayaquileño, madera de guerrero* fortalecen la identidad colectiva, aunque jóvenes antropólogos consideran que la ciudad es otra ya, con nuevas identidades.

Las artes plásticas y visuales cuentan con la muestra de escultura y pintura al aire libre que cada año, desde hace más de treinta, organiza la Asociación Cultural Las Peñas en la pintoresca y adoquinada calle Numa Pompilio Llona que atraviesa el barrio. Su principal organizadora es la escultora Yela Loffredo, y los ganadores son premiados con un cincel y un pincel de oro. Al mismo tiempo se organiza el Salón de Julio, patrocinado por el Municipio, donde se han ido dando a conocer algunos de los más importantes artistas plásticos.



PAG. SIGUIENTE IZQUIERDA
ARRIBA IZQUIERDA Y ABAJO:

Distintas colchas con motivos taurinos, que donan los priostes para las fiestas del santo patrono y que son puestas sobre el taro o exhibidas durante las celebraciones.

ARRIBA DERECHA:

Hombre disfrazado de vaca loca en el Paseo del Chagra en Machachi.

PAG. SIGUIENTE DERECHA

ARRIBA IZQUIERDA:

Toreando con el poncho en un tentadero de hacienda.

ARRIBA DERECHA:

El "mataor" arroja la capa y huye de la embestida.

CENTRO IZQUIERDA:

Un niño vaquero es derribado y arrastrado por el novillo, en Sangolquí.

CENTRO DERECHA:

Toros populares en Pifo, Pichincha.

ABAJO:

Chagras camino del rodeo en Santa Ana del Pedregal.





PCUM



PCUM



PCUM



C CORRAL



PCUM



Esmeraldas: la capital del ritmo





¿Cómo vino Esmeraldas a ser llamada “la capital del ritmo”? La respuesta a tamaña inquietud la obtuvo años atrás Esteban Michelena cuando fue a cubrir las fiestas del 5 de agosto, día de la independencia de la provincia. Quien habla es Gonzalo Bruja Mala Medina: Estaba allí “la Sonora Matancera, en la cancha de básquet, tocando al frente nuestro. Luego de tres horas de baile, en medio de un aguacero apocalíptico, Yayo, *El Indio*, paró la rumba con un quiebre de maracas y dijo: Oye, Rogelio, esto no es Esmeraldas, ¡esto es la capital del ritmo! Desde entonces, hasta que vengan los jinetes del fin del mundo, ¡Esmeraldas es y será la capital del ritmo!”

No en vano la provincia verde se caracteriza por el gran peso cultural de la población afroecuatoriana, cuyo ancestro musical se expresa en la marimba, el cununo, el bombo, las maracas y el guasá, instrumentos con los que interpreta los ritmos tradicionales de esta región, cálida y selvática, que fuera poblada por cimarrones desde los albores de la Colonia, cuando un barco de esclavos africanos naufragó frente a sus costas. De allí su antigua hermandad con las culturas negras del Caribe y su culto a la mítica Sonora Matancera.

Por eso, a partir del auge petrolero de los años 70, acá aterrizaron grandes de la salsa, como las orquestas de Tito Puente y Ray Barreto, la Reina Rumba Celia Cruz, Ismael Rivera, Willie Colón, el merengero Johnny Ventura y así por el estilo. En los 80 tocaron Fruko y sus Tesos, y el año del reportaje de Michelena, el 95, era Oscar de León quien se presentaba en el recinto ferial La Propicia, “repleto de negros piqueteros, irresistibles mulatas de cintura de avispa y blancos guapachosos”.

En este año 2001 los festejos arrancaron dos semanas atrás, con elección de reinas, encuentros de fútbol y festivales de comida esmeraldeña, una de las mejores del país, entre cuyos platos se destacan los encocados de cangrejo, camarón de río o pescado, el tapado con mucho verde, el seco de guanta o tatabra, los cebiches de concha preparados en la playa y las cocadas negras que se venden en el camino. Y en el mentado recinto de La Propicia se desarrolla la feria de integración en las áreas de la ganadería, comercio, industria y artesanías. Entre los espectáculos sobresalen las riñas de gallos y el festival de marimba, arrullos y chiguailos, enriquecido con grupos de folclor afroamericano llegados desde Perú, Colombia, Costa Rica, Cuba, Panamá, e inclusive de Chile. Es la marimba un instrumento milenario de origen africano que se ha convertido en el emblema de la cultura negra; tanto así que se llama con el mismo nombre al conjunto que integra marimba, bombo, cununo y guasá, a cuyo ritmo se cantan historias y leyendas del pueblo negro, a más de las



FOTOS MTPONCE

danzas coreográficas que las representan, junto con coplas que se burlan de la vida cotidiana.

En medio del alborozo de los esmeraldeños, propios y foráneos desfilan por las calles céntricas y disputan un trofeo en el Coliseo Cayapas. La rumba se extiende a los distintos barrios, donde se celebran bailes populares con orquestas o disjockeys, siendo casi un clásico de los fiesteros el bailar en la cancha de básquet de alguno de los colegios, como el Sagrado Corazón.

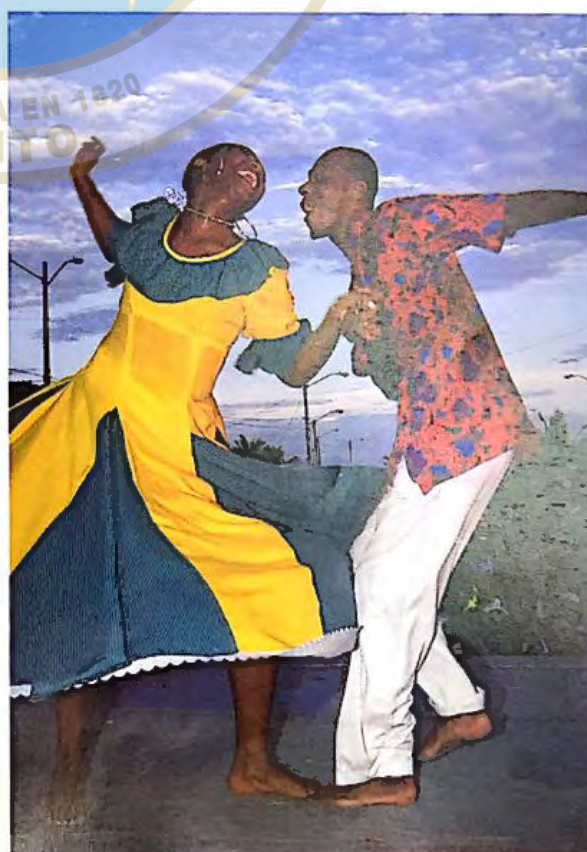
PAG ANTERIOR Y DERECHA:
Grupos folklóricos participantes en el Festival de la Marimba de Esmeraldas. Como parte de la cultura afroamericana, Esmeraldas suele convocar, en sus diversas fiestas, a representantes de otros países, enriqueciendo de este modo sus manifestaciones artísticas.

ARRIBA IZQUIERDA:
En el baile, los y las esmeraldeños expresan sensualidad y alegría.

ARRIBA DERECHA:
Un vaso de cerveza fría alivia los rigores del desfile del 5 de agosto, día de la Independencia de la provincia verde.



FOTOS: MIPONCE



Romerías de agosto

Que el gran imaginero Diego de Robles tuvo la mano bendita no cabe duda: dos de las vírgenes que talló al filo del siglo XVII —la del Quinche y la del Cisne— son hasta hoy las figuras más veneradas del norte y sur del país, de modo que sus fiestas congregan a decenas de miles de romeros, algunos de los cuales retornan desde países lejanos. En cambio, y por decreto del Libertador, la imagen original de la segunda no puede abandonar la provincia lojana; son réplicas las que visitan otras ciudades.

El santuario gótico de El Cisne se halla a 72 kilómetros de la ciudad de Loja, y esa es la distancia que recorre en andas La Ojona (de la imagen tallada se ha destacado siempre la mirada que logró darle Robles), seguida por sus ineludibles fieles. Las celebraciones empiezan el 15 de agosto en el santuario ubicado en las brumosas estribaciones de Ferrohurco, a casi 2.500 metros de altura. Hasta allá acuden devotos desde la misma Loja, de provincias vecinas, como El Oro, Azuay, Zamora y del norte del Perú, hasta donde la Virgen extiende su influencia. Un buen grupo de peregrinos llega a pie o en bicicleta desde Cuenca y Azogues; el trayecto tiene tintes medievales pues cruzan chaquianes o senderos desconocidos, llegan a humildes posadas donde duermen sobre esteras o en carpas, todos alimentados más que nada por el fervor religioso y la esperanza de obtener el favor de La Churona. Una de las peticiones más frecuentes entre los jóvenes que se animan a emprender la travesía es que les ayude a entrar sin problemas a los Estados Unidos o España. Ya en El Cisne, muchos pagadores de promesas hacen el último tramo de rodillas y humildemente ingresan al santuario, cuyo piso de mármol se va cubriendo de velas encendidas. Afuera se venden escapularios, estampas y figuritas. Se oficia también una misa campal y por la noche estallan camaretas y se prenden castillos pirotécnicos que inundan de luces el cielo de la cordillera.

La procesión parte el 17 de agosto hacia San Pedro de la Bendita, y es todo un espectáculo contemplar ese río humano que lentamente se aproxima al valle, donde abundan los puestos de comidas para los hambrientos caminantes, con chanfaina, fritada, tamales, enjundiosos caldos y, en especial, el bizcochuelo típico del lugar, hecho con almidón de chuño, o sea, de achira. Al día siguiente, la marcha sigue hasta Catamayo y ha-

DERECHA:

El 17 de agosto parte la procesión de la Virgen del Cisne desde su santuario hasta San Pedro de la Bendita. Tardará tres días en llegar a Loja, acompañada por decenas de miles de fieles de diversa procedencia.

ABAJO:

Tallada por el legendario Diego de Robles hace cuatro siglos, esta Virgen es la imagen más venerada del país.



INSTITUTO VENEZOLANO



ce su entrada triunfal a la ciudad de Loja el día 20 de agosto. Allí presidirá la feria internacional hasta el 8 de septiembre y permanecerá varias semanas más.

SAN JACINTO DE YAGUACHI

Jorge Martillo Monserrate

Cuando a lo lejos aparecen las torres de la Basílica Menor de San Jacinto de Yaguachi, recuerdo antiguas aventuras que se daban en las fiestas de este santo. Eran días propicios para fugar de clases, cruzar el río Guayas en lancha, llegar a la estación ferroviaria de Durán, subirnos al techo del tren y viajar gratis a Yaguachi. “Anda a robar a la Boca del Yaguachi”, era la expresión popular de esos días. Y es que los jóvenes *paviolos* aprovechaban el alboroto de la fiesta para, en picaresca actitud, hurtar golosinas, artesanías y demás chucherías.

A la fiesta de Yaguachi, a escasos 30 kilómetros de Guayaquil, llegan miles y miles de peregrinos y turistas. Unos van a honrar al milagroso San Jacinto y otros a disfrutar del ambiente festivo que se da en las improvisadas salas de bailes, comidas y bebidas.





En el folleto *El Santo Andariego*, el padre Roberto Pazmiño Guzmán cuenta que San Jacinto vivió en el siglo XIII. Nació en 1183 en Cracovia, Polonia. Iconográficamente se lo representa con la custodia en una mano y con la imagen de la Virgen en la otra, pero la devoción del pueblo de Yaguachi le añadió escenas sobre el salvamento de un incendio, la conducción de una canoa a la deriva y el cultivo de la tierra.

¿Cómo nació en nuestro país el culto a un santo polaco tan antiguo? Era Yaguachi, en la Colonia, un floreciente pueblo de indios y de unos pocos españoles, conocido como Partido de Yaguache. San Jacinto en Yaguachi tiene leyenda, tradición e historia a su haber. El italiano Antonio Metalli, cura de Yaguachi, recogió esa tradición oral y la publicó a fines del siglo XIX; ésta cuenta que unos arrieros, en un sitio montañoso, encontraron el cuadro de San Jacinto colgado en la rama de un árbol de pechiche. Los arrieros avisaron al cura, quien organizó una procesión para trasladar el cuadro a la capilla del poblado. Pero la imagen siempre desaparecía de la capilla y volvía a aparecer en el árbol de pechiche. Acabaron por comprender que en ese lugar quería el santo ser venerado y allí se le construyó una ermita.

La información histórica señala que en 1567, el papa Pío V facultó a los religiosos a atender a los pueblos de indios. Cuando los dominicos llegaron a nuestro territorio se acogieron a dicha autorización y promocio-

Escenas de la procesión de San Jacinto, patrono de Yaguachi, en la provincia del Guayas. El 16 de agosto, miles de devotos acuden a honrar al milagroso santo en una tradición que se remonta a la Colonia.





naron a San Jacinto, un santo de su orden. Acá se dio la costumbre española de establecerse los religiosos en torno de una imagen venerada, organizar sus fiestas y administrar las ofrendas de los devotos. Yaguachi era un pueblo próspero, sus montañas producían maderas que iban a los puertos peruanos, su arroz, tabaco y algodón se vendían en la Sierra. En las márgenes del río Yaguachi se ubicaban las bodegas reales para remate y para el cobro de la aduana de sal. Los montubios encomendaban sus cosechas al santo. Estas coplas, de tiempos añejos, reflejan dicha fe: *Padre San Jacinto/ pide siempre a Dios/ en Chirijo piñas/ y en Yaguachi arroz.*

Desde entonces, la religiosidad popular se demuestra, cada año, en la fiesta del 16 de agosto. No sólo los devotos de la Costa, sino también los de Cañar, Azuay y otras provincias serranas expresan su adoración al santo con diversas manifestaciones folclóricas.

Los oxidados rieles que atraviesan Yaguachi son un recuerdo del ferrocarril que ahora es un fantasma que ulula olvidos. Los más antiguos habitantes recuerdan cómo los visitantes se apeaban de los trenes. Los caballeros con ternos de casimir y sombreros de mocora o fieltro; las damas con vestidos de seda y sombreros decorados con cintas y flores. Primero se dirigían a la iglesia a cumplir con mandas ofrecidas, a contratar misas, a depositar cirios y limosnas. Luego iban a la feria a comprar pan de Ambato, frutas confitadas, manjares en cajitas, suspiros, quesadillas, empanaditas y alfeñiques.

Antes y ahora, los primeros en llegar son los comerciantes y artesanos de la Sierra. Aún traen sus dulces y golosinas, pequeñas guitarras y maracas. Algunos dirán que ahora las fiestas son más profanas que sagradas; lo cierto es que el popular y milagroso santo andariego no ha perdido su poder de convocatoria. Su fiesta es una de las expresiones más populares de nuestra cultura.

En estos días Yaguachi huele a incienso, a cirios y a ebrio aguardiente. Está poblado por imágenes benditas del santo patrono, pero también por escenas mundanas con fondo de música de rocola. Es lo sagrado y lo profano. Es San Jacinto en Yaguachi. (J.M.M.)

Fiestas en El Oro

En Portovelo, nos cuenta Roy Sigüenza, se celebra a la Virgen del Consuelo o de la Consolación —considerada la patrona de los mineros del mundo—, junto con la Feria Nacional de Minería. Fue costumbre que las celebraciones para honrar a la Virgen se realizaran a partir del 4 de julio, día de la independencia de los Estados Unidos, de donde fueron originarios los “gringos” de la empresa minera South American Development Company S.A., que se estableció aquí a fines del siglo XIX. El programa de fiestas, que dura cuatro días, incluye la elección de la reina entre candidatas de todos los cantones mineros del Ecu-



dor; hay, por supuesto, bailes populares, desfiles y comparsas, así como varios actos religiosos donde no faltan los juegos pirotécnicos y los luminosos y estruendosos castillos que se elaboran en la zona. Días después, en la vecina Zaruma, tienen lugar la Feria Agropecuaria y las fiestas religiosas en honor a la Virgen del Carmen. Por las estrechas y empinadas calles del pueblo, cuya sola arquitectura en madera es ya una fiesta para los ojos, se traslada en procesión la Virgen. Las celebraciones recogen también la tradición del aromático café que se cosecha en las frescas colinas de la zona, y de las riñas de gallos en el centro mismo de la ciudad, no lejos de los socavones que la circundan.

Santa Rosa, pionera en el cultivo del camarón, celebra el 30 de agosto las fiestas patronales en honor a Santa Rosa de Lima. En medio de la Feria Internacional del Langostino, uno de los principales actos es la elección de la reina, con la participación de candidatas de todas las provincias costeñas.

Machala, la capital orense, organiza desde los días previos al 24 de septiembre la Feria Mundial del Banano, que cuenta con una reina elegida entre las representantes de países productores bananeros, como Colombia, Costa Rica, Venezuela, Puerto Rico, Bolivia, Perú, Argentina, Brasil, Panamá, Guatemala. Además, se escoge el mejor racimo del fruto que representa a la provincia y se le asigna el honroso título de Rey Bartano.

ARRIBA:
Mesa de crustáceos y mariscos en la Feria Mundial del Banano, en Machala.

IZQUIERDA ARRIBA:
Muestras de alegría en la procesión de San Jacinto de Yaguachi.

IZQUIERDA ABAJO:
La reina de Machala se refleja en el espejo de las fiestas de septiembre.

Septiembre en Imbabura

Estudiosos de la cultura popular de Imbabura anotaban, ya en 1987, que las tradicionales fiestas de los pendoneros y de los corazas de San Rafael estaban declinando porque “el sistema de priestazgo ha ido perdiendo sentido”, afectado entre otros motivos por las migraciones y el creciente costo de la vida. A ello se debe que ahora sea más fácil admirar a esos personajes en la fiesta del Yamor, que se celebra a principios de septiembre en Otavalo, culminando el 8, día de la Virgen de Monserrat, muy venerada en estas tierras.

El cómo se inició el rito de los corazas en San Rafael muestra una vez más la manipulación de la fe popular. Sucede que durante el siglo XIX los indígenas de la parroquia de San Rafael de la Laguna acudían a los festejos de San Luis en Otavalo, puesto que de allí es patrono el santo. Sin embargo, para que sus feligreses permanecieran en casa “con santo propio”, el párroco mandó tallar en secreto una imagen de San Luis Obispo y dejó que fuera descubierta “milagrosamente”.

Desde entonces, los priostes que organizaban la fiesta eran llamados capitanes de corazas o sencillamente corazas; en las buenas épocas eran numerosos y las fiestas brillaban en consecuencia, tanto el día de San Luis, el 19 de agosto, como en Semana Santa.

En su amplio estudio *Los corazas. Ritual andino en Otavalo*, Berta Ares describe el ropaje de los protagonistas, que reflejaría el contacto del mundo aborigen con la cultura hispánica: de Occidente tiene el coraza el paraguas, que los indígenas jamás utilizan, los guantes, la corbata y el calzado, símbolos de prestigio, y el caballo. “Como elementos comunes a ambas culturas tenemos el oro, las joyas, como ornamentación o símbolo de estatus, y el bastón como símbolo del poder”, semejante a los dibujos del clásico cronista Guamán Poma de Ayala. Y de la cultura indígena destacan las plumas de colores del penacho, pero siendo un personaje que algunos identifican con la autoridad colonial, pesa más lo español. De paso, Ares nos recuerda que existía en el ejército español un regimiento de caballería de los corazas, con su respectivo capitán, como lo muestran documentos reales de 1744.

Otros personajes importantes son los yumbos, que acá no visten como “selváticos” sino más bien como payasos, pues llevan unos bombachas de tela espejo azul, la cara pintada de blanco albayalden y un sombrero con

DERECHA ARRIBA:

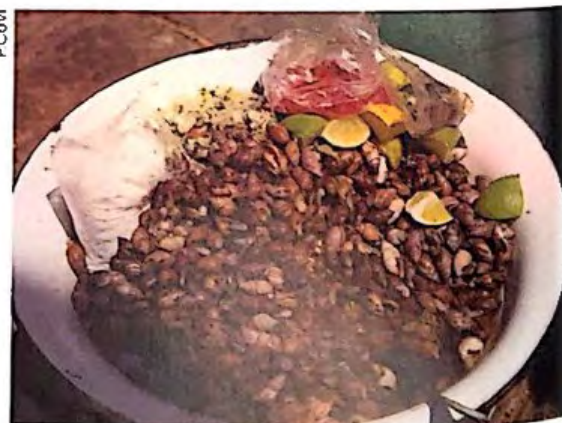
El Taita Imbabura, monte sagrado que preside las ceremonias de los otavaleños.

DERECHA CENTRO Y ABAJO:

Fabián Cevallos, el famoso fotógrafo otavaleño, registró este rito matrimonial de sus paisanos. Los novios llevan ponchos especiales. Se lavan como parte de la ceremonia y escuchan música de flautas con la laguna de Cuicocho al fondo.

ABAJO:

Estos pequeños caracoles, llamados churos, son apetecidos durante las celebraciones.





FOTOS FCEVALLOS





FOTOS: PCUVI

cintas. Su función es escoltar al coraza, y en determinada ceremonia le arrojan colaciones o caramelos a la cara cubierta de adornos.

Tercero en importancia es el loa, un niño mestizo o puendo, es decir, afuereño, que puede llevar una ropa parecida a la del coraza, y, como su nombre lo indica, debe recitar las loas a la puerta de la iglesia el día de la "pasada". Berta Ares destaca la presencia de niños y niñas loas a lo largo de la Sierra, cuya huella puede ser rastreada hasta la Colonia, cuando un alcalde de Riobamba, allá por 1795, solicita la prohibición de esta y otras expresiones festivas de los indígenas, criticando la embriaguez en las corridas de toros y "las comedias que representan, pensando bárbaramente que con estos espectáculos dan culto al Altísimo y a sus siervos. Abuso intolerable de mezclar lo sagrado con lo profano. En estas diversiones hasen unas loas a Nuestro Señor Jesucristo, a María Santísima y a otros Santos, conforme a los que selebran con una sacrílega superstición. Dichas loas cómicas las sacan de los Autos Sacramentales que el augusto y sabio padre de V.Magd., el señor Dn. Carlos Tercero, de gloriosa memoria, prohibió que representasen, porque hasían una mis-

Los corazas se maquillan la cara de blanco, usan guantes y trajes de adornos multicolores. La máscara de objetos de metal cubre sus rostros para el desfile. Su día clásico es el de San Luis, en San Rafael, Imbabura, pero también aparecen en el pregón nocturno del Yamar.

celánea de la Fábula con la Historia Sagrada". El texto de puño y letra de don José Miguel Vallejo, alcalde ordinario de Riobamba, expone de un modo claro y conciso los elementos opuestos que confluyen y buscan su realización en la fiesta andina, enriqueciéndola con múltiples significados y logrando esa amalgama ambigua y contradictoria que dura lo que dura el festejo.

El loa recita alabanzas y ruegos a San Luis Obispo, y vivas al coraza y a taita cura y a los músicos, cajeros, pifaneros, rondadores, y a otros participantes, sin perder de vista lo más importante: *De la tempestad y el pavar/ y tanto vicio malvada/ librale al Ecuador/ con poder privilegiado.*

Sobre este tema, en mi libro sobre las comidas tradicionales anoté que "las cuchicoles o coles con chanco constituyen el plato ceremonial para el traspaso de cargos en la fiesta de los corazas de San Luis. Los prios-tes suelen criar un chanco y sacrificarlo para la ocasión. Luego se cocina el mondongo, añadiendo coles e hirviendo las morcillas".

Tan importante es la comida ceremonial que la fiesta de Otavalo lleva el nombre de una chicha: el yamor. A probarla marchamos el año de 1992, cuando se conmemoraban los 500 años del llamado Encuentro de Dos Culturas, que los indígenas no aceptaron como algo que debieran celebrar.

El pregón de las fiestas tuvo su clímax en el parque central de Ota-

Los personajes de las fiestas de Colacachi muestran la influencia del mundo español en la cultura indígena.





valo. Las comparsas se anunciaban con alboroto de petardos y danzaban bajo el estrépito de los parlantes. Con el eco de los petardos todavía en los oídos fuimos a descabezar un sueño en Puerto Lago, pues queríamos asistir al tradicional cruce a nado del lago. Nos levantamos al amanecer y fuimos en el jeep por el camino que rodea al lago para alcanzar la partida en Araque, donde una bandada de gorros amarillo-patito empezaba a surcar las aguas heladas, custodiada por lanchas y caballitos de totora. Cuarentipico de minutos más tarde, el guayaquileño Gregory Fuentes alcanzaba a brazada limpia el viejo muelle marcando un nuevo récord.

El cuy o conejillo de Indias, adobado y asado, es el plato ritual por excelencia en la Sierra. Se lo acompaña con ají y papas.

Abandonamos a los ateridos nadadores y enfilamos en busca de las comunidades indígenas que se preparaban para el *tandanajushpa*, el gran desfile indígena que se volvía a realizar al cabo de diez años. En las afueras del pueblo se vestían los sanjuanes, que normalmente salen en las fiestas de junio, y rondaban los aruchicos con sus sonoros cencerros a la espalda. Tal como lo viene haciendo desde hace tres generaciones, la familia Toapanta vestía al personaje principal, el mitológico coraza, propio de las fiestas de San Luis. Al igual que San Juan y el Inti Raymi, o el Yamor y las Tres Marías, el coraza resulta del sincretismo entre lo indígena y lo español. No falta quien sostiene que es la imagen de Atahualpa, pero el momento en que le maquillaban de blanco la cara, el prioste indí-

gena asumió un extraordinario parecido con los clásicos personajes del teatro japonés.

Pasado el desfile, fuimos al local donde una venerable anciana, doña Zoila de Velasco, prepara con sus hijas y nietas el legendario yamor. (De las múltiples versiones sobre su origen, prefiero aquella de la princesa que, sufriendo mal de amores, fue aconsejada por la Mama Cotacachi a recoger maíces distintos en los cuatro puntos cardinales, preparar el filtro de amor como una chicha y brindársela al esquivo). Sea lo que fuere, por ahora nos bastaba con el placer del paladar, incrementado en el traspato por la febril actividad de una legión de manos femeninas, núbiles y ancianas, que cocían los granos, pelaban las papas para los llapingachos, amasaban en ambiente de jolgorio empanadas sin cuento, cernían el yamor reposado en vasijas de madera y freían la carne colorada. Como toque final de tan magna comilona, ni siquiera nos cobraron.

Menos misteriosa que en la leyenda, la chicha del yamor se prepara con siete variedades del maíz, desde el grano germinado, que es la jora, blanco, negro, morocho amarillo, morocho blanco, chulpi y canguil, que convertidos en harina, serán hervidos y dejados fermentar hasta que echen la flor.

Nueve años después continúan la tradición del cruce del lago y los festivales de música, danza y comida, además de las peleas de gallos, la competencia 4 x 4, la elección de la Reina del Yamor. En el desfile de comparsas —que culminará en el pregón oficial de las fiestas, en el parque Bolívar, que luce un busto de Rumiñahui y queda al pie de la iglesia de San Luis— pasa el Coraza, por supuesto, con sus loas y yumbos (nombrados por el maestro de ceremonias que es parte del séquito) y han venido invitados los danzantes de Pujilí, la Mama Negra y el Rey Moro.

La pelota nacional

Este antiguo juego forma parte de muchos de los festejos serranos. “¡Uh, señor mío, en Imbabura esta es como una tradición! Si su papacito sabe jugar, usted de ley aprende, no ve que así era en la antigüedad. Yo aprendí a jugar a los siete años, en Urcuquí. Recuerdo a mi papá cuando me gritaba: ¡Segundo, párate tieso que te viene alta! Y...¡ay de usted onde que falle! Lastimosamente, este juego se va perdiendo. La gente dice que es para cholos y negros, mas no para el blanco. Pero no hay tal, aquí se hacen los mejores amigos del mundo”, dice risueño Segundo Mina, operador de radio jubilado.

Se conoce que los aztecas practicaban un juego ceremonial con tablas y pelotas de jebe, y hay quienes sostienen que los incas también se entretenían de parecida manera. Hoy se practican tres modalidades: la más antigua y difícil es la pelota de guante; la más ligera es la pelota de mano, y la que juegan regularmente los pelotaris en el país es la mentada pelota de tabla. Según

Encuentro de pelota nacional en Ibarra, donde el tradicional juego convoca a jugadores de varias provincias serranas.



FOTOS: P. RIVERA

un entendido en la materia: "Cada equipo está compuesto por cinco jugadores: un sacador, un volvedor, un toma al volvedor y dos cuerdas que van haciendo las chazas o *games*. La longitud de la cancha es variable; depende de un acuerdo previo, basado en la potencia de saque de los adversarios de turno. Las pelotas pueden ser de cerda o pabilo; de caucho por fuera y viento por dentro para la tabla; o de caucho negro y macizo para el guante. Estas últimas vuelven a ser moldeadas luego de cada juego; los pelotaris las sumergen en leche y las cuidan con talcos, como a niñas bonitas. Más antes que no había fútbol, éste era el juego favorito, desde hace siglos".

Años atrás asistimos, en San Antonio de Ibarra, a un breve cuadrangular de pelota. En la plaza de tierra que cumple funciones de estadio, los robustos pelotaris balanceaban sus descomunales guantes, devolviéndose la bola de un extremo al otro, mientras la banda hilvanaba aires festivos y los parroquianos espectaban desde el graderío esquinero o, parados al borde de la alargada cancha, bromeaban con los jugadores, casaban apuestas y comentaban los avatares del encuentro. Mientras el juego continuaba en un ambiente de camaradería, un buey guiado por un campesino impasible, arrastraba grandes atados de ramas secas para la fogata nocturna en homenaje a la Virgen de las Lajas, cuya fiesta del 15 de septiembre es allí la de mayor resonancia, aunque sea San Antonio el patrón del pueblo y la última esperanza de los enamorados.

Cacería del zorro en Ibarra

La villa de San Miguel de Ibarra fue fundada el 28 de septiembre de 1606 por el capitán Cristóbal de Troya, en el valle bañado por los ríos Tahuando y Ajaví. Ese es el evento que se celebra cada año con la llamada Fiesta de los Lagos, que suele empezar varios días antes y que entre sus principales distracciones —desfiles militares, Feria Expolagos, campeonato hípico y riñas de gallos— presenta la cacería del zorro. En realidad, se persigue el Zorro con mayúscula pues se trata de un jinete ataviado como el personaje de la pantalla, con sombrero alón, el antifaz que oculta su identidad y la amplia capa negra, pero que al momento de la persecución se cuelga de la cintura una cola de zorro, ésta sí con minúscula, que estará en la mira de todos los jinetes que lo persiguen para arrebatársela, ganar un premio pecuniario y convertirse en el Zorro del año siguiente.

En la revista *Diners* de diciembre de 1992 reseñé la cacería de ese año, cuyo protagonista era Javier Vaca. Que se sentía nervioso, me dijo riendo, porque él mismo había capturado al Zorro dos años atrás y sabía de la angustia que significa ser perseguido por cien desbocados colegas que ven en el fugitivo un billete de un millón de sucres añadido al gusto de la victoria.

En aquella ocasión los jinetes desfilaron por el centro de Ibarra y pa-



ARRIBA:
Los jinetes bajan por los peñales rumbo a la laguna de Yahuarcocha.

IZQUIERDA:
El Zorro de 1992 es perseguido por los competidores en la cacería que se efectúa en Ibarra durante las fiestas septembrinas.





saron bajo la ceiba centenaria (que ahora ya no existe), antes de partir a campo traviesa hacia la laguna de Yahuarcocha, cruzando por Alto de los Reyes y bajando por empinados y peligrosos barrancos o peñaroles, donde no es raro que la cabalgadura se rehuse a descender, o que al saltar alguna acequia alguien se quiebre la pierna al salir despedido de la silla. Por último, se inició la cacería: el Zorro partió con unos 50 metros de ventaja, loma arriba (*ver la foto*) y luego se fue a los chaquiñanes. En esta ocasión retornó invicto: que estuvieran a punto de atraparlo, contó después, que saltando una valla se cayó del caballo y hasta perdió el galápago, pero conservó la cola.

Ahora que he vuelto (en el 2001) me topo con un par de novedades en esta trigésima versión de la prueba hípica: primera, que el Zorro no es hombre sino mujer, razón por la cual la llaman Amazona ("sonaría feo eso de Zorra, ¿no?", me aclara un espectador); y no es mujer ecuatoriana sino francesa: se llama Stephanie Chemnim, monta un animal de gran alzada, de nombre Diamante, y luce bajo el antifaz una sonrisa seductora que, por desgracia para ella, alentará aún más a sus perseguidores a la hora de los 'quiubos'. El año anterior fue ella quien logró apoderarse de la disputada cola. Además hay un Zorrito de 13 años, Fabián Herrera.

El público aplaude el paso de los jinetes por el centro de la ciudad, donde un gran globo de color amarillo, que no termina de despegar, ha entretenido a los curiosos. Luego viene el descenso por los peñaroles, el avance por el costado de la laguna, cuyo ruedo gris es la pista de carreras, y la reunión en el Club Hípico. Si antes era el Zorro quien escogía la ruta de escape, hoy esta se halla fijada de antemano: es la subida a El Tablón.

El chico Herrera no es atrapado y seguirá siendo Zorro. En cambio, Stephanie cede distancia y finalmente es despojada de la cola por Marcelo Chiriboga, quien monta su caballo criollo. Amansador de caballos en Guachalá, Chiriboga es el centro de atención en la parrillada que remata la alegre faena.

Mientras ellos festejan, nosotros vamos a probar las empanadas de morrocho a la vuelta del parque, los helados de paila de Rosalía Suárez y, para llevar, las cajitas de nogadas y una botella de arrope de mora. Con tales pertrechos llegamos a la cancha de pelota nacional de Yacucalle, donde tiene lugar una competencia internacional desde la semana pasada, cuando vinieron (y perdieron) los colombianos. Ahora está el equipo de la provincia de Bolívar. El público es muy distinto de la gente del Club Hípico: son hombres mayores, tradicionales como el juego que les gusta y las frases y bromas que se gastan entre ellos y con los jugadores. "Buenas tardes con toditos", llega saludando un señor simpático de sombrero y terno volteado. "Oirán que digo con toditos". El juego se desarrolla entre saques, cambio de raquetas y pelotazos que a veces se desvían hacia los curiosos del borde de la alargada cancha de tierra.

Grandes y chicos, serranos y costeños, sobre todo en el campo, los ecuatorianos son muy aficionados a las peleas de gallos, que introdujeron los españoles desde los albores de la Colonia.

Riñas de gallos

Nina Friedemann escribe, en *Fiestas, celebraciones y rituales de Colombia*, que ya hubo peleas de gallos en la India, Persia, China y Grecia, a donde habrían sido introducidos por el ateniense Temístocles, alrededor del año 520 a.C.. “Y mientras en la época de los Estuardos en Gran Bretaña jugar gallos era diversión de la nobleza, en Portugal se jugaban popularmente y en España eran parte del carnaval. Allí también se criaba la famosa raza de los jerezanos, que luego se exportaría como negocio al Nuevo Mundo desde comienzos del siglo XVI. La afición a los gallos también ha cundido entre los taurófilos y toreros. El circo de toros y la gallera son escenarios de emulación exclusiva entre hombres con la mediación de animales, aunque no faltan en las galleras las mujeres que apuestan”.





POR LAS GALLERAS MONTUBIAS

Jorge Marillo Monserrate

Es domingo y en menos de lo que canta un gallo, enfilamos hacia las galleras montubias. El sol marca a fuego, casi a espuelazo limpio, nuestra piel y el camino a seguir. Desde Guayaquil, a bordo de un bus que parece desbaratarse, vamos a Salitre. El locutor radial informa que son las diez en punto. Una guaracha alegra la mañana. Llegamos a la Gallera de la T, llamada así porque está en un cruce de caminos a pocos kilómetros de Salitre, famosa por su rodeo montubio, y visitada por turistas que vienen a bañarse en el río Vines y a probar hornado de tortuga, seco de gallina criolla y bollos de pescado de agua dulce.

Criadores, apostadores y curiosos colman la gallera. Se saludan, intercambian bromas sobre anteriores jornadas. Suena música chichera, se bebe aguardiente y cerveza. Pero sobre el griterío y la música, se escucha a los gallos cantar. Es como si cada uno proclamara que él es el guerrero del pueblo. Un buen domingo se pactan hasta veinte peleas, pero los 12 de octubre la gallera se colma hasta las banderillas, se apuesta fuerte y hay hasta cincuenta peleas. El reglamento es pelear 6 minutos. "Cuando el juez pita, uno afloja su gallo a matar", cuenta un gallero inmenso y gordo al que llaman Casagrande. El gallo que rinde la tierra con el pico o cae mal herido pierde la pelea. También los que corren y huyen. Cuando los gallos terminan parados es empate y el juez devuelve la plata.

La expresión *palabra de gallero* es sinónimo de palabra de honor. "Por ejemplo – comenta un apostador –, usted dice yo voy 10 dólares al giro, yo digo: voy al rojo; pagado. Si mi gallo gana, yo me le acerco a usted para que me pague porque la palabra está pactada".

Los más viejos recuerdan que antes los animales peleaban con sus propias espuelas. Ahora las espuelas son de espina de pescado. "No cortan, entran punzantes por donde caigan: por el pescuezo, por el pecho, de un tiro bien pegado muere el gallo", dice Elías García, que desde Daule ha llegado con seis gallos finos. La parte más vulnerable del gallo es el pulmón, si recibe un espuelazo ahí le viene el vómito, se ahoga y muere.

Cada dueño lanza su gallo. En la pelea, el único que manda es el juez. Si hay una enredada, el juez pita y para el reloj. Cada quien coge su animal. Lo reanima y lo suelta hasta cuando caiga muerto o reciba una herida grave. Siendo testigo de la fiereza con la que se atacan los gallos, he preguntado ¿por qué son así? Responden que los gallos de pelea se lanzan a matar 'porque son finos, no se pueden ver entre ellos'.

Los nombres casi siempre responden al color de su plumaje: colora-

IZQUIERDA:
Pelea de gallos en una precaria gallera del campo costero.

ABAJO:
Un combatiente canta sobre el baúl de un Lada en Paján, Manabí, donde funciona la gallera Che Guevara.



do, rojo, cenizo, gallineta pinta. El carmelo es de plumas blancas; el giro es de plumas verdosas; el culingo es el que no tiene rabo; el guarico es el sin plumas, etc.. Cuando el gallo tiene un año, se lo empieza a entrenar para jugarlo. Se le topa, desbarba, descresta, desoreja. Durante el entrenamiento le dan de comer trigo con morocho, frutas, vitaminas. Además de huevo, carne y maíz todos los días. En la piel le frotan aguardiente, limón o agua para que se endurezca. Al gallo que está en cuido (entrenamiento de pelea) no se le deja coger gallina. Solo cuando está *mal de plumas* (mal herido después de pelear) se le pone una gallina para que "castice". Según algunos criadores, un buen gallo puede durar hasta veinte y más peleas. Los que mueren en una pelea, van a parar a la olla.

Ha comenzado otro combate. Los gallos se atacan con pico y espuelas. Saltan, se encrespan, las plumas vuelan manchadas de sangre. El juez observa la riña. Los apostadores gritan. Se escucha el canto de los gallos que están en sus jaulas...

En Paján, en el sur manabita, abre sus puertas los domingos tarde la combativa gallera "Ernesto Che Guevara". Aparecen los galleros y los apostadores después de las tres. Cada criador viene solamente con un animal bajo el brazo. Entre saludos y bromas, se demoran en pactar la primera pelea. Uno comenta que no hay demasiada actividad porque el precio del café está muy bajo.

Desde el monte llegan los galleros a Paján, afirma Saúl Oviedo. Vienen de Campuzano, Tierra Amarilla, Las Cruces... Cuando es fiesta llegan de más afuera, de todos los cantones de Manabí. Se refiere a las fiestas del 24 de septiembre y 7 de noviembre. Para esas fechas, la gallera está de bote a bote y hasta cobran la entrada.

Oviedo dice que cuando se apuesta hay que tener plata para responder, porque si no, se arma la gresca. Recuerda que se han dado bala y ha habido hasta muertos. Es que cuando existe rivalidad entre galleros la cosa se pone seria. Se pican, mandan a ver más y más gallos. Y cualquier cosa puede ocurrir. (*Revista Mundo Dinero*)



Ajustando la letal espuela de espina de pescado.



El arlequín participa en muchas celebraciones.

La mascarada y Arlequín

Peter de Blois, en su epístola XIV "a los funcionarios de la corte del rey inglés" (1175), habla de los perniciosos manejos de los Arlequines. Decía que eran los hijos de Satanás, representación de la humanidad entregada a las vanas alegrías mundanas; que su caudillo, el archidiablo, no tenía ningún otro propósito más que acometer contra las obras de la Iglesia e incluso conducir a la tentación y al pecado de los varones más virtuosos y sabios.

La antigua Mesnie Herlequin francesa es una de las innúmeras personificaciones (que tiene sus raíces en el culto pagano a los demonios) de la Caza Salvaje, del ejército de las almas o de los muertos. Las señales por las que se les reconoce son mascaradas de fieras que inspiran pánico, jaurías de lobos y perros, y chirridos: incluye desde el ejército del germanico Odín y todas sus interminables derivaciones en las costumbres populares, hasta los hombres lobos de Asia Menor –y también hasta el halo de niebla que aparece en la obra de Goethe *El rey de los elfos*-. Y su archidiablo Herlequin se transforma finalmente en el modelo que da nombre al Arlecchino en la Commedia dell'arte (...).

La "familia Herlechini" se independizó en el siglo XIV de una manera muy profana. Transformados en diablos zurradores, los dos desmitologizados Arlequines se lanzan a las calles provocando intranquilidades y desórdenes con el Charivari (literalmente "cencerradas"), una bufonada carnavalesca, en que con atizadores y calderas de cobre, con carracas de madera, con campanillas de hojalata y estruendosos cencerros asustaban a los honrados ciudadanos.

Protegidos con pieles de animales echadas sobre los hombros y con grotescas carátulas, la mascarada, que todavía en Adam de la Halle poseía un aspecto de comedia y de teatro, se convirtió en un fin en sí misma, ajena a toda intención artística. La máscara aseguraba al que la llevaba –ya fuera demonio o bufón– la impunidad en todas las épocas. La libertad de los bufones es la única que el hombre ha conservado desde la prehistoria hasta hoy.

Margot Berthold

Historia social del Teatro

Guayaquil de octubre

Si uno mira el "programa oficial de actividades a realizarse durante todo el mes de octubre del 2001", comprueba que las fiestas de octubre constituyen el mayor conjunto de celebraciones que se organiza en el país, aunque varios de los eventos son comunes a las fiestas de julio: las tropifarras, la tropichiva que recorre la ciudad, las retretas que ofrecen las bandas de instituciones como la C.T.G., la Armada, el Ejército, la Policía...

Acto emblemático de los festejos octubrinos es la elección de la reina de Guayaquil en el Teatro Centro de Arte. Como en tantos otros lugares del país, la reina simboliza la belleza, la juventud, la alegría de la fiesta, y participa de muchos de los eventos junto a las autoridades civiles, militares y eclesiásticas. Por su parte, la Feria Internacional de Durán, organizada por la Cámara de Comercio de Guayaquil, es la gran vitrina donde se exhiben productos, se ofrecen servicios de todo tipo, se pactan negocios, pero es también el espacio al que la gente acude en busca de diversión, pues hay espectáculos, sorteos, entretenimientos y presentaciones de artistas nacionales e internacionales, como el merengero mayor, Wilfrido Vargas, el conjunto Los Ilegales y Sharon, la más deseada.

Es importante, además, la Expoferia Ganadera, que tiene lugar en el recinto ferial Jaime Nebot Velasco. Aquí se destacan las exhibiciones caninas, las de caballos andaluces y el rodeo montubio, cuyos orígenes y detalles veremos en la sección siguiente. En otros locales de la ciudad hay exposiciones de artesanías; la Asociación Cultural Las Peñas organiza una muestra de pintura y escultura en la plaza del Centenario; y en la Casa de la Cultura se monta el prestigioso Salón de Octubre, donde concursan numerosos artistas plásticos.

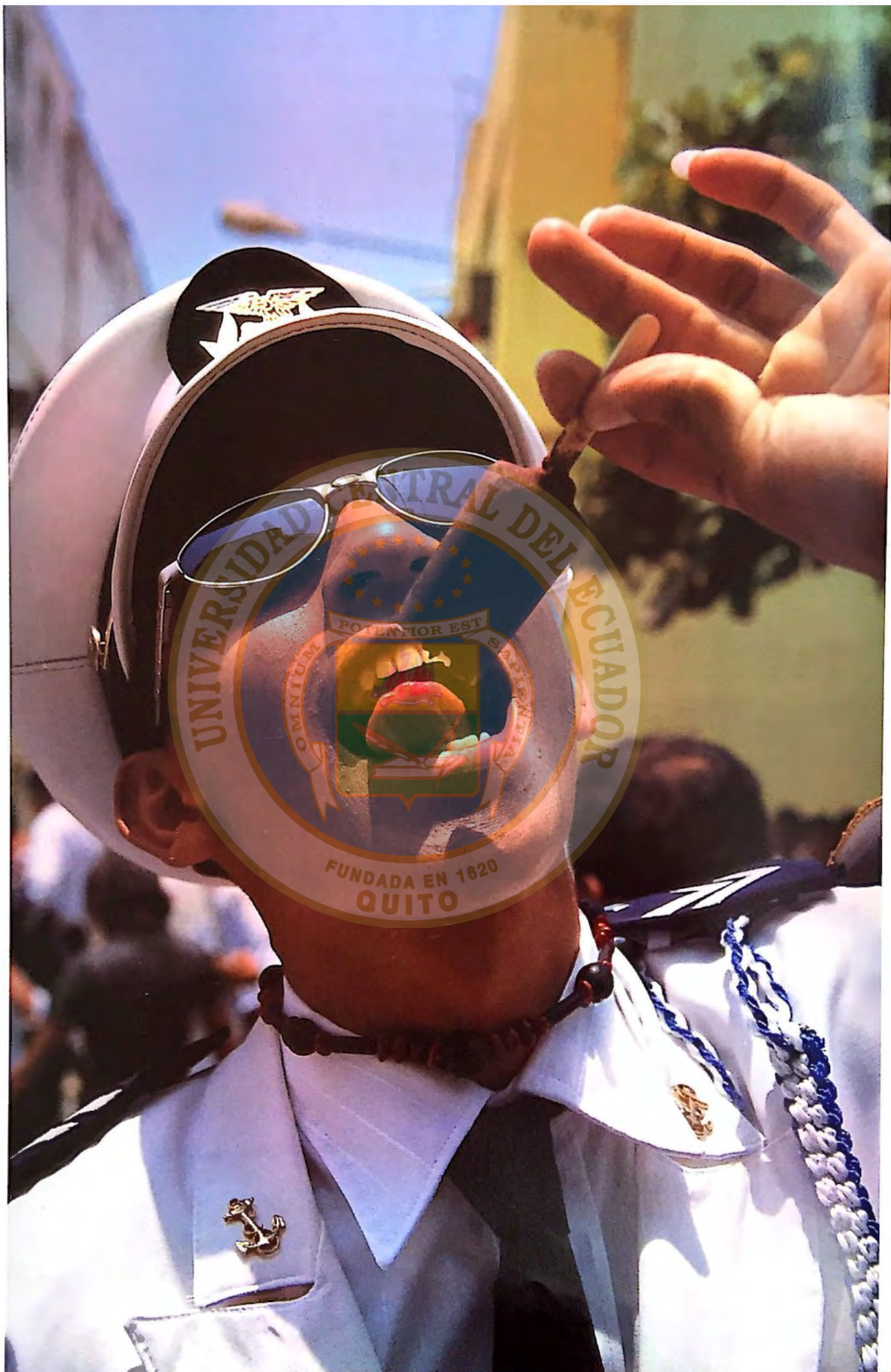
Una curiosidad de estas celebraciones son las chivas acuáticas, que navegan por el río Guayas a partir de las 8 de la noche. El personal rumbero baila y se divierte sobre el agua, contemplando al pasar la ciudad iluminada y el Malecón 2000, mientras las familias acuden a los circos que presentan sus clásicos números de trapevistas, payasos, domadores, equilibristas y cuanto hay... La mañana del 9 de octubre —en conmemoración de la gesta libertaria de 1820— se realiza en la Avenida de las Américas la parada militar, y por la tarde hay un gran desfile cívico y la sesión solemne del cabildo porteño, que

DERECHA:
Participantes en el desfile cívico del 9 de Octubre Guayaquil Independiente, donde destacan las banderas y los colores de Guayaquil y del Ecuador.

ABAJO:
Un joven jinete llama la atención de sus compañeros durante el desfile cívico.









M. Ponce



CH. NARANJO

PAG. IZQUIERDA:
Luego del desfile del 9 de octubre los chicos
se divierten o toman helados para refrescarse.

DERECHA ARRIBA:
Bailan los disfrazados en la feria para entrete-
nimiento de los niños.

DERECHA ABAJO:
Concierto de jazz en el Malecón 2000.

El rodeo montubio

Productos del mestizaje, los grupos montubios no han constituido tanto una etnia homogénea cuanto una forma de vida en el campo costeño, un conjunto de tradiciones, valores, técnicas de trabajo y expresiones artísticas que han permitido a los ensayistas hablar de una cultura montubia que integra en su sistema al peón y al hacendado, al comerciante y al poeta.

Aunque hubo antes cronistas que se ocuparon del tema, les correspondió a los grandes escritores de la generación del 30 —De la Cuadra, Gallegos Lara, Aguilera Malta, Pareja Diezcanseco y Gil Gilbert— reflejar ese mundo y ese lenguaje tan peculiares en cuentos y novelas que se convirtieron en clásicos de la literatura nacional. Allí, entretejidas en la trama de los relatos, se encuentran diversas escenas de los festejos montubios, donde el caballo, el aguariente, los gallos, la guitarra y el amorfino desempeñan papeles estelares.

En su libro de gran formato *El montubio, un forjador de identidad*, la historiadora Jenny Estrada rastrea los orígenes del actual rodeo montubio hasta las *jierras* que se desarrollaban en las haciendas de la zona durante el verano, cuando los vaqueros arreaban el ganado de las lomas y procedían a las faenas del herraje, la doma y otros juegos, al tiempo que las mujeres preparaban los tamales, la chanfaina, los bollos, el aguado. Los patrones presidían los festejos, a los que se sumaban invitados de la ciudad que arribaban en lanchas, junto a músicos, galleros y demás. Se atribuye a un dedicado defensor de las tradiciones, Rodrigo Chávez González, la creación de la fiesta regional del montubio, que empezó a celebrarse en Guayaquil, la capital montubia, desde 1926. Allí se iniciaron las cabalgatas y rodeos, la elección de criollas bonitas y los concursos de música y amorfinos, esas coplas de ida y vuelta entre dos talladores.

La crisis del cacao afectó a las haciendas; luego vino la Segunda Guerra Mundial y el auge del banano. Entonces, la tradición recobró vuelo en sitios como General Vernaza, parroquia de Salitre, también llamada “la capital montubia”. Allí, desde 1963, el 12 de octubre de cada año, con motivo del Día de la Raza, convertido de hecho en el Día del Montubio, se celebra el rodeo con todas las de ley, es decir, con desfile de las haciendas y

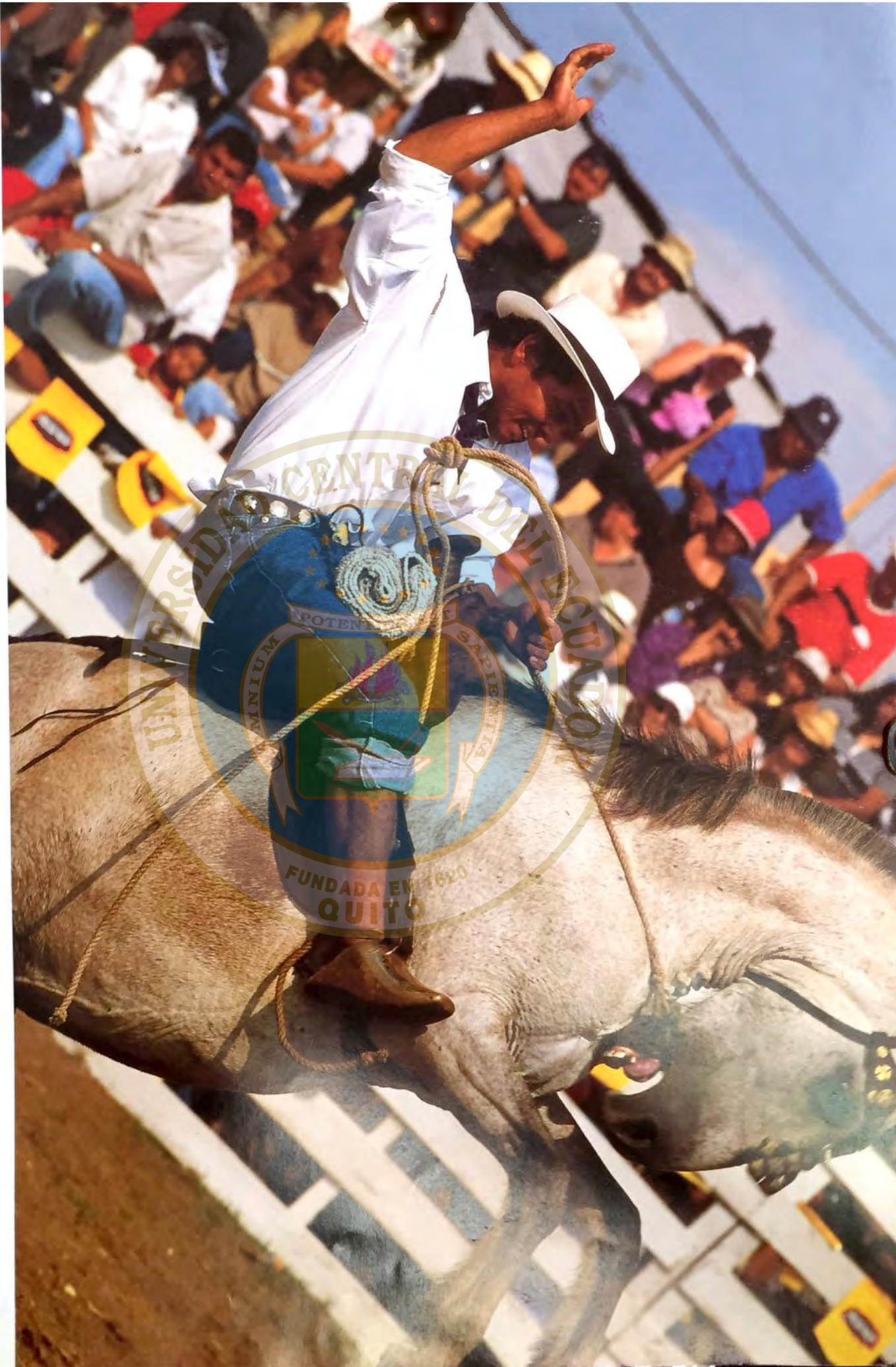
DERECHA:

Vaqueros de las haciendas, como éste de la fotografía, ejecutan la suerte del caracoleo en el rodeo de Vines.

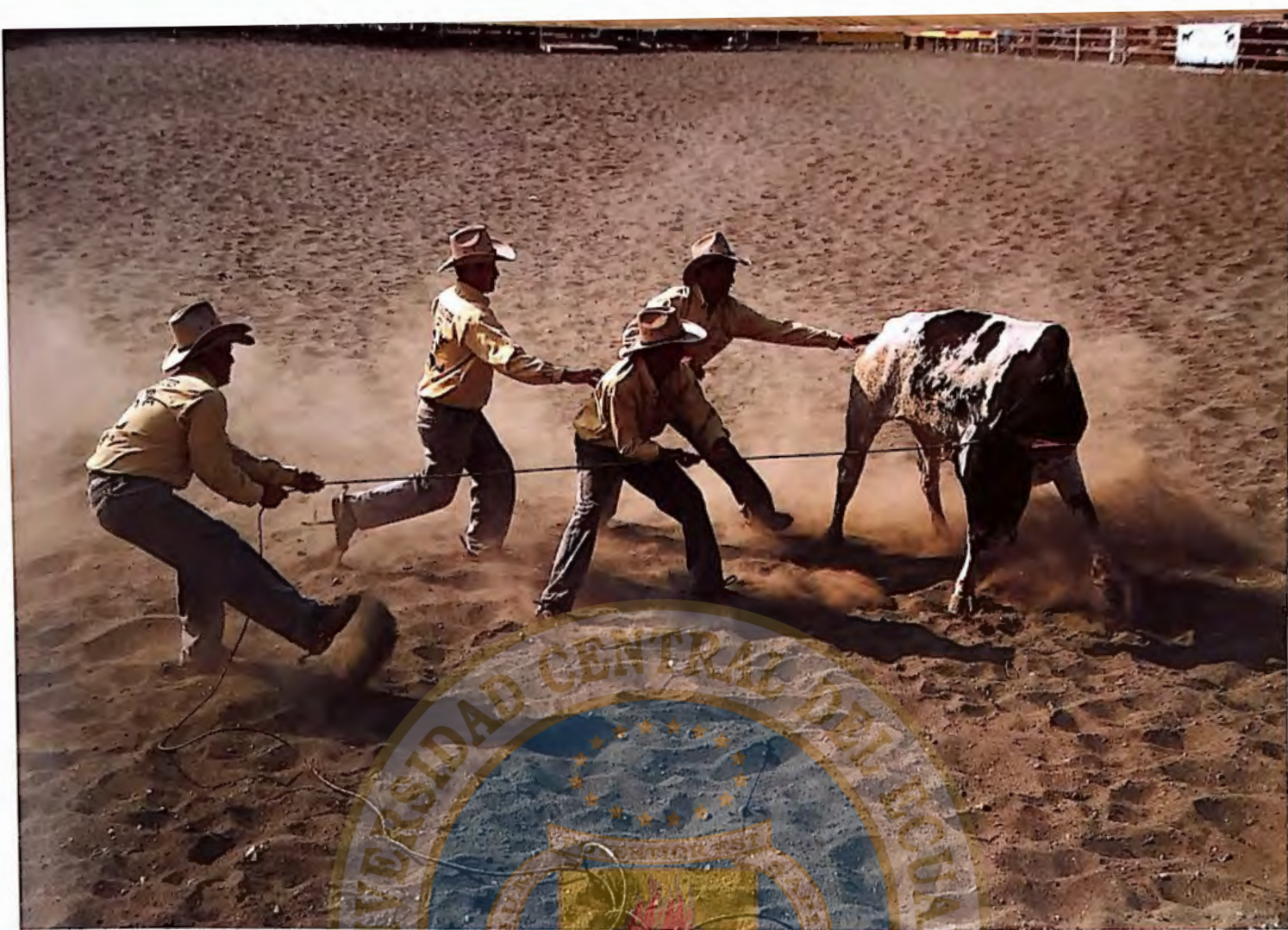
ABAJO:

En la exhibición de aperos y habilidades, el chalán hace que el caballo se asiente en la arena.









IZQUIERDA ARRIBA:
En la arena, aguardan los monubios con sus cabestros de cuero torcido, el momento de entrar en acción.

IZQUIERDA ABAJO:
El show de las cantantes dibuja una sonrisa en el rostro de uno de los participantes del rodeo de Vinces.

DERECHA ARRIBA:
La vacona ha sido enlazada con habilidad y ahora se disponen a derribarla.

DERECHA ABAJO:
Un espectador expresa a tiros su entusiasmo. Obsérvense los casquillos en el aire.

sus madrinas, elección de la criolla bonita, y acto seguido la competencia de caracoleo, monta de cepo, lazo y pial y otros juegos.

Santo Domingo, Vines, Salitre

Asistimos a un rodeo en las afueras de Santo Domingo de los Colorados, en lo que sería el límite norte del territorio montubio, o, si se quiere, de la fértil cuenca del río Guayas. En el ruedo portátil de La Macarena, a las 3 de la tarde de un lones 9 de julio y con un aforo completo, de público alegre y con ganas de divertirse, tiene lugar el desfile de jinetes de haciendas de Balzar, de Olmedo, las divisas y camisas de los de Segundo Wong, Olavarría y las haciendas Marjorie y Martita. Huáscar, el presentador, dice que los rodeos se originaron entre Balzar, Vines y Salitre; pide que no disparen al aire, y mientras hace la petición, algún entusiasta descarga contra el cielo el tambor de su revólver y uno siempre se pregunta dónde irán a caer esas balas, ¿o serán solo tiros de fogueo? Las madrinas exhiben su destreza, se cruzan entre las patas de sus cabalgaduras, se recuestan encima. De Quito ha bajado el Trío Primavera, uno de cuyos guitarristas no tiene piernas pero rasguea el instrumento con mucha habilidad. En un intermedio de las suertes de los vaqueros, salta a la arena la cuadrilla bufa de Peluquín, son payasos que sacan pasos a un manso ejemplar de ganado brahman criollo, que no luce ni la sombra de los pitones, de manera que "la negra" puede ofrecerle su trasero para que embista. Luego tocan los mariachis y siguen las competencias del caracoleo, el lazo y pial.

Los rodeos más tradicionales tienen lugar a partir del 12 de octubre, en sitios como Vines, "el París chiquito", Salitre y Olmedo, éste en la provincia de Manabí. Una semana antes, *El Universo* publicó una página entera sobre el tema. Allí nos enteramos de que el rodeo de General Vernaza, provincia del Guayas, es organizado desde 1963 por José Burgos Zapatier, dueño de la hacienda Pijío. Los jinetes practican las suertes desde dos semanas antes y también se preparan las madrinas de las haciendas, quienes compiten en la elección de Criolla Bonita y Señorita Rodeo.

Para el caracoleo, el caballo está ensillado y con riendas, y el jinete lleva espuelas: solo puede agarrarse de las riendas y no puede sacar los pies de los estribos. Para el lazo, el pial y la monta, los hombres forman dos hileras y hacen pasar al caballo para enlazarlo y tumbarlo. Luego lo montan. Aquí se puede lanzar el cabo con los pies. En la monta de cepo, el jinete sin montura sale aferrado a la crin y trata de mantenerse el mayor tiempo posible mientras la cabalgadura corcovea, caracolea, da brinco e intenta desembarazarse de él.

También se realiza la monta de vaca brava, la lidia de gallos, el chanco encebado, concurso de amorfinos y el día remata con un gran baile.





*El gallo en su gallinero
también se sacude y canta,
el que duerme en cama ajena
paso a paso se levanta.*

Dice bien un cronista de *El Comercio*: “Los nervios y la emoción del jinete se transmiten al público, que grita, aplaude, apuesta y dispara, mientras una banda popular ejecuta fanfarrias. Los chalanos con menos suerte saltan por los aires y caen a tierra. El escenario es el coso, una estructura de caña guadúa y madera en las afueras del pueblo. Los peones de las haciendas se presentan sin zapatos, con las espuelas atadas a la piel”.

Aunque no se lo ve en la foto, el montubio lanzó el cabestro desde el suelo, con el pie, y logró enlazar al potro, en un rodeo de Santo Domingo de los Colorados.

Es el sábado por la tarde. Los feligreses, los disfrazados del grupo de contradanza, todos los que han acudido a la misa empiezan a salir en procesión. Don Lucho, el viejo que ha participado desde niño en esta celebración, se echa el poste al hombro y encabeza la marcha por las callejuelas del pueblo de Llaqueo que festeja a San Lucas, cuyo día preciso es el 18 de octubre. En efecto, es la venerada imagen de San Lucas la que se incorpora a la procesión. Los taxis dejan el paso libre sin mucho entusiasmo, como que no les importara el asunto, quizás porque vienen de afuera. El coro, que pasa del susurro culpable a la voz casi tiple de las mujeres, repite una y otra vez: "Perdón, Señor, perdón y clemencia". Los coheteros van delante, lanzando voladores que estallan en el aire gris y triste de la tarde anunciando el avance de la procesión, que luego de rodear al pueblo, retorna a dejar al santo en su iglesia.

Luego empieza la contradanza en la cancha de cemento, donde el viejo don Lucho ha colocado el poste central. Un trío de mayores sentados al borde de la pista tocan dos pingullos y un tambor. El público no les presta mayor atención, aunque Juan Martínez considera que la contradanza parece haber sido el origen de la escaramuza, y recuerda que el tucumán o juego de cintas es muy practicado en el país vasco.

La mañana del domingo, el sol de una larga y ardiente sequía prevalece; los campesinos queman matorrales en las altas laderas, llevados por la creencia de que el humo atrae a la lluvia, cuando a la larga es exactamente al revés. El pueblo todo se apresta para las escaramuzas. Los jinetes disfrazados de reyes y de zorros se pasean por el pueblo, junto a los puestos de comida, la pequeña rueda moscovita y el carrusel de los juegos infantiles. Hay gente que ha venido de la Costa y hasta de los Estados Unidos, para participar en los galopes. Nerviosos por alquilados, los caballos se encabritan, bufan entre el aroma de la fritanga y las tortillas. Un apostador y su joven burropié intentan que algunos dólares de los curiosos cambien de propietario mediante el juego de las tres tapitas. Más allá, en la cancha de cemento, los niños disputan un partido de 'indor'. Y junto a la puerta del templo, encaramado sobre una mesa, un mestizo gritón y dicharachero, como corresponde a su oficio, va rematando las ofrendas que le han llegado a San Lucas justamente para eso, para convertirlas en dinero que será destinado a alimentar el culto: cuyes, gallinas, leche en botellas de Coca-Cola van donde el mejor postor. El aire de la plaza huele a frituras y cuyes

DERECHA Y PAG. SIGUIENTE:

Durante las fiestas de San Lucas, en Llaqueo, al norte de Cuenca, se celebra el juego ritual de las escaramuzas, donde jinetes vestidos de reyes y divididos en cuatro grupos, realizan diversas figuras a galope tendido.

PCUR



Llacao, Santa Lucía y San Martín









PCUVI

empalados y cascaritas, la aglomeración de caballos y caballeros con capas y coronas y de ventas ambulantes le dan un aire medioeval al pueblo, contrastando con el cemento. Gritos de “¡Viva San Lucas!” rasgan el aire, son pronunciados bajo las máscaras de malla de alambre que representan a los españoles, dicen, mientras las capas son romanas y los caballos alquilados para la ocasión. Nuevamente sale el santo en procesión, cubierto de billetes —que antes fueron sures y ahora son verdes dólares— como una manta profana diseñada en Wall Street. El estribillo de los cánticos insiste en la autoflagelación: *Si graves son mis culpas / mayor es tu bondad.*

En general, los danzantes son invitados a las fiestas para bailar en homenaje al santo. Luego de la contradanza, la gente se dirige a la explanada que queda arriba del pueblo. Allí están ya los cuatro grupos de jugadores, cada uno con su guía y su reina. Un cuarentón amable, de acento costeño, dice: “Yo, de peladito, me fui a Guayaquil. Las cosas se están poniendo difíciles, pero todos los años vengo. Ahora vienen los hijos también, se divierten”.

Los espectadores se han acomodado en las partes altas. Entran los jinetes con el cura a caballo: “¡Viva el reverendo padres!”, gritan. Y luego: “¡Círculo!”, ordena un guía y se congregan al medio, donde está una mesita como altar con un santo pequeño. La banda arranca con el himno nacional. Alzan la bandera y exclaman: “¡Vivan los cuatro guías!”

Empiezan entonces las llamadas labores o figuras que van haciendo sobre el terreno, que aún muestra en pie cañas secas del maíz que fuera sembrado. Se levantan nubes de polvo, que envuelven a la gente acomodada a la sombra de los árboles. “Yo jugaba hace 25 años, antes de irme a Estados Unidos —dice un hombre gordito, con chompa flamante, rodeado de amigos—, pero esto era bien organizado. Los que organizaban ya son muertos”. Cuando pregunto si vienen muchos migrantes, me responden a coro que no porque la mayoría son ilegales y no pueden salir.

En su estudio *Detrás de la imagen*, Juan Martínez constata que la

ARRIBA

En la entrada de la iglesia de Uacao, un rematador vende a grito pelado las ofrendas que recibiera el santo para su culto, entre ellas, cuyes, gallinas y hasta leche de chiva.

PAG. ANTERIOR DERECHA

ARRIBA:

Participantes en el juego de las escaramuzas.

ABAJO IZQUIERDA:

En Uacao, como en otros lugares del Azuay, se realiza el juego de cintas por parte de grupos de muchachos con trajes femeninos y máscaras de alambre.

ABAJO DERECHA:

San Lucas recorre las calles de Uacao con motivo de sus fiestas patronales.

escaramuza o juego de caballería, “en sus distintas versiones, aparece en muchas de las fiestas investigadas en la provincia del Azuay”. Según algunos documentos, se registra ya su práctica en la zona a principios del siglo XVIII, e incluso hay un edicto que prohíbe ésta y otras celebraciones asociadas con los indios. Martínez enumera una larga lista de labores o figuras, desde la entrada o salutación, pasando por la hoja de aguacate, el corazón herido, la culebra, el pescado, y muchas otras, en particular la venada, que se realiza al son de su propia música. Del uso de la chirimía y el redoblante y de los ejercicios se podría pensar en la influencia de las milicias españolas. Luego analiza el juego como una representación de la estructura de poder, apuntando, por ejemplo, que las únicas mujeres son las respectivas madrinan —quienes cumplen un limitado papel— y “las” demás son hombres disfrazados de mujeres. Además, es el prioste o mayor quien pone los guías, escogidos entre sus parientes y amigos. Y cabe anotar que este tipo de estructura tradicional se repite a lo largo de la Sierra.

La Palla

Entre las fiestas religiosas que se celebran a finales de octubre y principios de noviembre llaman mucho la atención la de Santa Lucía, en Tungurahua, y la de San Martín Canchimalero, en Esmeraldas. Mientras la pri-

Batalla ritual entre los conquistadores a caballo y los indios armados con sus lanzas, en Tisaleo, Tungurahua.





IZQUIERDA:

Las embarcaciones o balsas que participan en las celebraciones de San Martín, en Canchimalero, Esmeraldas, son adornadas con palmas y flores, y en su interior llevan la imagen del santo, mientras las y los fieles cantan y bailan al son de bombas y cununos.

mera -hoy unificada con el rito de La Palla o doncella- se remonta al año 1584, cuando se estableció la capellanía de Santa Lucía en Tisaleo, la de San Martín no pasa de una generación, pero asimiló mucho del folclor del norte esmeraldeño.

Queda Tisaleo entre Ambato y las faldas del Carihuairazo. Según la historia patria, en esta área se presentó encarnizada resistencia al avance del conquistador Sebastián de Benalcázar. En *El Comercio* leemos que el lunes y martes de la tercera semana de octubre se representa en el sector El Relleno la batalla entre los conquistadores a caballo y los indios armados con sus lanzas. Pero también se rinde culto a Santa Lucía (aunque su fecha propia sea el 13 de diciembre). Por las calles del pueblo desfilan en andas, tanto los niños vestidos de ingas y pallas, como la imagen de la santa, que va rodeada de chureros, pajes y escoltas, miembros de las tropas españolas. En el combate ritual, un mestizo con gafas "rayban" encarna al legendario cacique Ticallo.

En Canchimalero

La diferencia de La Palla con el ritual de Canchimalero es tan grande como la del día con la noche. San Martín de Porres es el santo negro y la celebración corre a cargo de la población afroesmeraldeña de las vecindades de Limones.

Al igual que la fiesta del Carmen en La Tolita, acá también se coloca al santo en una embarcación cubierta de palmas y guirnaldas y se va en náutica procesión hasta Limones, un cortejo de balsas y embarcaciones llenas de fieles que cantan y bailan al son de los instrumentos tradicionales.

Relativamente nueva pero cargada de viejos símbolos, la celebración de Canchimalero el 3 de noviembre es un ejemplo más de cómo lo tradicional se reproduce en la modernidad, ratificando la tesis clave de García Canclini en el sentido de que "el desarrollo moderno no suprime las culturas populares tradicionales". Lo que sucede es un proceso muy complejo de interrelaciones, algunos de cuyos aspectos seguimos descubriendo a lo largo de este libro.



Finados

Sin duda que la muerte es el mayor enigma que desafía al ser humano, el misterio de los misterios. De allí, de la conciencia del fin y del temor a la nada, arrancan las pequeñas y grandes religiones que se han desplegado a lo largo de la Historia. Y también los ritos más oscuros y dramáticos. Mas, a pesar de la importancia que tiene la religión en el fenómeno festivo, no es éste el espacio para discutir la metafísica del asunto, sino más bien para mirar cómo honramos y celebramos a los difuntos, aquí y en otros lares.

Por lo mucho que nos parecemos en el mestizaje y en el sincretismo cultural, México es siempre un buen lugar para darle un vistazo. El punto más importante es que las culturas aborígenes no consideraban a la muerte como el fin, sino más bien como la continuación del ciclo de la naturaleza; según Jorge Argüello y Georgina González, autores de *La muerte nos pela los dientes*, los mayas y aztecas tenían una concepción dual del mundo: día-noche, masculino-femenino, sol-luna, cielo-tierra, bondad-maldad, presencia-ausencia, vida-muerte. En cuatro de sus quince meses calendario, los aztecas tenían presentes algunos ritos fúnebres. Así, el noveno mes estaba dedicado a los niños muertos, "a quienes les colocaban a manera de ofrendas: cacao, cera, aves, infinidad de semillas y abundante comida". (Igual origen habría tenido la Feria de Finados de Ambato, que hasta la generación anterior era un sitio donde se concentraban los juguetes artesanales de madera, hojalata, cerámica y mimbre, provenientes de diversos rincones del país y destinados a los niños, quienes recibían sus regalos en esta fecha, razón por la que pasó a ser conocida como la "Navidad chiquita"). Los conquistadores y catequizadores introdujeron el miedo a este fenómeno natural, afianzando su mensaje con la culpa y el castigo eterno en un infierno chisporroteante, plagado de diablos con cuernos, rabo y trinche.

Refiriéndose a las celebraciones mexicanas llenas de burlas, coplas y calaveras de dulces, en su *México festivo*, José Ruiz de Esparza sostiene que el mestizaje creó un concepto de muerte que no posee ni la natural intrascendencia de un interludio entre dos etapas —como la veían los aborígenes—, ni la decisiva y solemne importancia que le dio el cristianismo. "Sin embargo, en México parece haber una obsesión por la muerte, que se manifiesta en muy diversos campos. En el fondo existe el temor a la muerte,

El 2 de noviembre, en el cementerio de Calderón, al norte de Quito, indios y mestizos acuden a compartir la colada morada, las guaguas de pan y otros alimentos rituales con los muertos queridos. Los familiares suelen arreglar las tumbas con anterioridad.



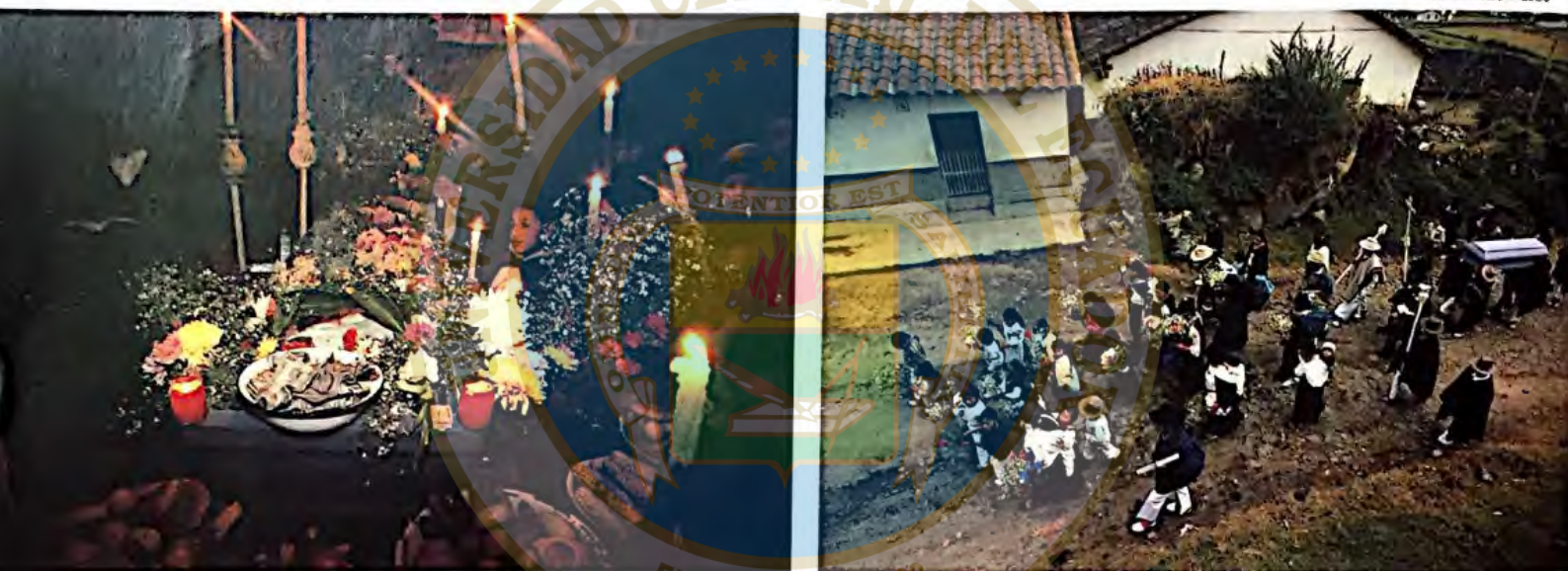


que se trata de disimular o encubrir”. Y atenuar con las ofrendas que se colocan para los muertos que vuelven el 2 de noviembre: mole con pollo o pavo, tortillas, cigarros, vasos, jarras con agua, pulque, tequila y mezcal, así como ropa, morrales, sombreros, herramientas...

En el Ecuador se destacan la colada morada y la visita a los cementerios. En ocasiones, desde el día anterior se empieza a limpiar, pintar y arreglar las tumbas. Mientras el pueblo blanco-mestizo de las ciudades se preocupa sobre todo de detalles como los ramos de flores, la tradición indígena y campesina dicta acudir con muchos y variados alimentos, en especial con las guaguas de pan y la colada morada, que son las comidas ceremoniales más difundidas.

Un 2 de noviembre de 1934, en Ambato, el profesor Darío Guevara observó lo siguiente: “Indias vestidas de luto ofrecían a las almas de sus

FOTOS: FCEVALLOS



muertos todo lo que éstos gustaban de comer y beber en vida. Allí el pan de finados, rociado de vino con rama de romero. Allí la colada morada, que simboliza el luto de los vivos y la sangre de los paganos sacrificios. Allí la chicha rubia, que los incas ofrecían al Sol y a los demás espíritus sedientos. Allí los cuyes asados, las papas cocidas y una dorada salsa encima”.

Se trata de las ofrendas rituales que los indígenas de la Sierra acostumbran todavía llevar a los cementerios durante el Día de Difuntos. Y que suelen depositar junto a las tumbas, mientras ellos comen a su vez, beben y riegan algo de la colada y de la chicha sobre la tierra. Esta celebración del *Ayamarca* data de antiguo. Cuenta el padre Velasco que en el mes de octubre los incas conmemoraban a los antepasados con música funesta y tristes cantos, relatando sobre los sepulcros las hazañas de los muertos de cada ayllu. De acuerdo con testimonios más actuales, también en la Costa los

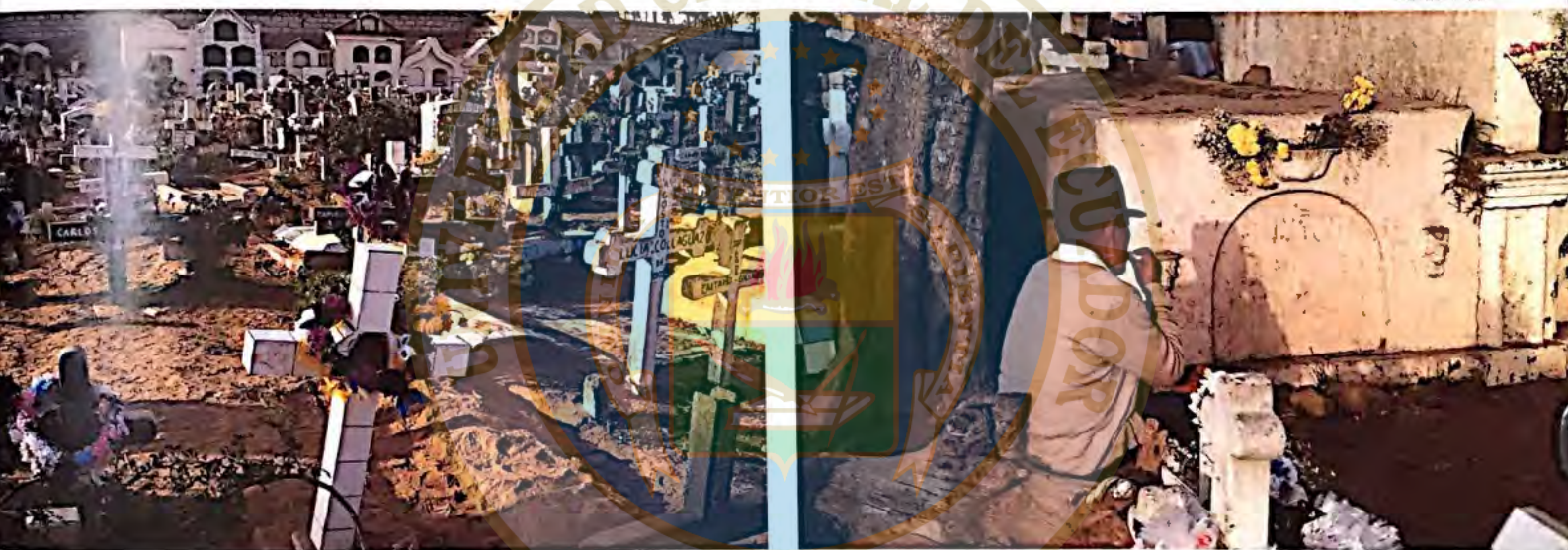
Tacshay en una comunidad de otavaleños. Durante la velación se dejan ofrendas y se comparten alimentos y bebidas tradicionales. Luego se traslada al difunto al cementerio. Antes tenía ciertas características festivas, especialmente si el finado era un niño o “angelito”.

montubios brindaban a sus difuntos queridos aguado de gallina, sancochos, arroz seco, aguardiente, frutas y pan, con la creencia de que los espíritus absorberían la esencia de los alimentos.

Se ha querido ver en el consumo ritual de la colada morada con las guaguas de pan cierta reminiscencia de la carne y la sangre de los sacrificios, una especie de comunión simbólica con el cuerpo de las víctimas ofrendadas a los dioses ancestrales. O pudo haberse dado una simbiosis con el rito de la misa: la colada con mortino reemplazando al vino...

A todo esto, ¿cómo se prepara la bendita colada? En la receta recogida por M.C. Carrillo, empieza hirviendo agua con cedrón, manzanilla, hierbaluisa, hoja de naranja. A esta agua se le agrega el maíz negro molido con un poco de maicena. Cuando principia a espesar, se añade jugo de mora, de mortino, de piña y de naranjilla, y se deja hervir y espesar bastante.

FOTOS PCUV



Luego se aumenta el agua donde se ha hervido antes ishpingo, canela, clavo de olor y pimienta de olor. Cuando ya tiene la consistencia deseada, se mezcla la colada con el almíbar de frutilla, babaco y piña, y al final se vierte el jugo de babaco para que le brinde su aroma.

Al norte de la capital

En el Día de Difuntos de 1997, a poco de haber abandonado Quito, nos detuvimos en el cementerio de Calderón. Era temprano y los manteles de los puestos de la entrada lucían immaculados. Encima se hallaban las figuras de mazapán, pequeñas y brillantes, propias de Calderón, cuyo origen fueron las guaguas y los animales de pan, de masa comestible, que también se exhiben en canastos para la venta. Los deudos seguían llegando con ollas de alimentos preparados, en especial papas con salsa de pepas de sambo y la clási-



ca colada morada; se sentaban alrededor de las tumbas, regaban un poco de colada sobre la Pachamama y ofrecían naranjas a los espíritus.

“El muerto no se ha ido abajo —explicaba una mujer—, hay que darle de comer para que no venga a las casas”. Salvo por algunas ancianas desconsoladas, el ambiente no era fúnebre, debido tal vez a que no existe actividad humana más vital que alimentarse. En el callejón principal de las tumbas, una mujer anunciaba a grito pelado su balanza portátil: “¡Contro-le su peso!” Sólo le faltaba añadir: “si no quiere que el próximo año le ven-gan a dar de comer aquí”. Afuera giraba una rueda moscovita y los parlan-tes exhalaban canciones de moda.

Una hora después íbamos hacia la población de Cangahua, ubicada en el viejo lindero de la hacienda Guachalá. Como su nombre lo indica, la tierra de Cangahua es seca y polvorienta y muchas casas son de barro, pero en la plaza del pueblo, a los pies de una hermosa iglesia, resaltaban las man-tas de las indígenas, de colores fugas, rosados violentos, verdes eléctricos. Una banda de música tocaba aires andinos en el atrio y los niños pasaban mordiendo guaguas de pan. Salvo por las guaguas, nadie podría haber adi-vinado que era Día de Difuntos, pero si uno se hubiese aproximado al ce-menterio habría descubierto una escena semejante a la de Calderón...

Más al norte, en Otavalo, la ceremonia del *ayamarca* se prolonga el lunes entre los indios, quienes colman al cementerio de ponchos azules y

Las guaguas de pan son el alimento ritual del Día de Difuntos. El pan de trigo introducido por los españoles empató con el culto aborigen a sus muertos.



chicha de maíz. Es usual aquí contratar a rezadores profesionales, que pronuncian largas letanías junto a la tumba y aspergean agua con un clavel. Como señala Marcelo Naranjo en el trabajo del Cidap, bien entrado el siglo XX, todavía los indígenas otavaleños solían enterrar a sus muertos con alimentos, herramientas, objetos queridos, hilos, botones y hasta monedas que necesitaría el difunto “a la vuelta del otro mundo”. De modo semejante a los aztecas, los otavaleños “conciben la muerte como un momento transicional; el hecho de morir es, de alguna manera, una proyección al futuro; el paso a otra vida con similares características a la terrenal (y no el paso a una eterna, inmaterial)”. Ocho días después del entierro, los participantes en el velorio regresan al cementerio a comer y beber: es el *huachacaray*, que se repite masivamente el 2 de Noviembre y el Jueves Santo. El ambiente es más bien festivo cuando el muerto es un infante: la música y el baile son parte del velorio, de un modo parecido a los arrullos que se realizan en Esmeraldas para acompañar al “angelito” al cielo.

Los cocos

Volvemos al parque del Ejido, en los años 80, según el texto de Esteban Michelena. Alrededor la bomba, cinco hombres están inmersos en el tradicional juego de cocos. Uno de ellos le informa: “Mi papá me contaba que esto debe ser de los incas, no sé si será cierto. Lo que sí le puedo asegurar es que cuando yo ya era medio vicio de los cocos, una gallina costaba diez sucres y esto se jugaba sobre todo en Finados”.

Las reglas de los cocos carecen de misterio: se traza un amplio círculo sobre la tierra, se ‘cásan’ los cocos o el valor que representa cada uno, se lanzan los rulimanes para ver cuál es el punto más cercano al ruedo, y se empieza a sacar los cocos del círculo con los rulimanes y a ‘pepear’ a los contrarios, cuidando a la vez de no morir en el interior de la bomba.

“Hay una jugada que solo la hacen los vicios”, continúa don Julio, “se llama la vuelta, o sea que usted cruza la bomba sacando un coco, pero cruza con tanta técnica que queda manito para matar un rival y seguir sacando o jugando a punta de pepo o guaracazo como le llamaban los antiguos. Pero para eso hay que ser bueno, tiene que tener buen ojo y lo que llaman tino”.

El astuto vencedor del juego que ha terminado hace declaraciones que bien pueden servir para los negocios y para la vida: “Vea, aquí hay que ser pacientes, lo más aconsejado es la cautela, bordear la cancha y aguantar que los demás empiecen a matarse; así se entusiasman o se pican y así uno les come tranquilito”.

Aunque está desapareciendo, fue costumbre jugar a los cocos durante Finados. Aquí, un jugador asesta el pepo al rulmán del adversario.



La Santísima Tragedia de la Mama Negra





PCUV

La primera vez que asistí a la Santísima Tragedia, como reportero del programa *La Televisión*, quedé deslumbrado por la riqueza, la alegría y la gran participación del pueblo de Latacunga y sus visitantes. Me refiero a las fiestas que conmemoran la independencia, el sábado más próximo al 11 de noviembre. Pero la fecha tradicional de esta celebración corresponde al día de la Virgen de las Mercedes, el 24 de septiembre. En su investigación del tema, publicada en *Compadres y Priostes*, Edgar Guerrero recopila los distintos orígenes que se atribuyen a este festejo, desde las raíces precolombinas y la presencia árabe realzada por el Rey Moro, hasta la tesis de Carvalho Neto de que tendría un referente más cercano: la manumisión de los esclavos, a mediados del siglo XIX. A propósito recuerda que fueron traídos esclavos negros para la explotación de las minas de Angamarca, en el primer camino a la Costa, y que eran justamente los padres mercedarios los encargados de “su educación y mantenimiento”.

La preparación de la fiesta se inicia un mes antes en casa del prioste mayor, quien será el Capitán. Entrena el Abanderado sus maromas, mientras el Ángel de la Estrella y los loeros ensayan poemas y discursos. La víspera hacen grandes fogatas y hay juegos y diversiones populares. Y en este sábado de noviembre, por la mañana, los personajes se van reuniendo en la cancha de la Espe, aguardando la hora del desfile. Allí están los *ashangas*, a quienes se ve como “maridos” de la Mama Negra; son hombres corpulentos, encargados de cargar en sus espaldas las *jochas* que serán consumidas en los festejos: botellas de licor, paquetes de cigarrillos, frutas, cuyes y un *chancho* hornado coronado por una bandera del Ecuador. Debido al peso, tienen uno o más ayudantes, que llevan además una mesa para ir depositando la carga y descansando en los largos tramos del desfile. Andan también los *urcuyayas* o seres salvajes del monte, cubiertos de paja, y las camisonas y demás personajes. ¿Quiénes los encarnan? Este noviembre del 2001, Rodrigo Cepeda, del Banco Nacional de Fomento, es la Mama Negra; Juan Pablo Sansur, el Ángel de la Estrella; Geovanny Factos Coba es el Capitán y Marco Olmo encarna al opulento Rey Moro.

En cambio, veamos cómo describe Edgar Guerrero un clásico ceremonial del 24 de septiembre, día de La Merced: “Todo el recorrido es de una belleza plástica impresionante, lleno de luz, color, música, poesía, bailes, danza y alegría (...) En cada esquina la Mama Negra cambia de pañolones, mientras va haciendo bailar a su muñeca y tirando leche de burra a la gente; los *huacos* (o brujos) van curando del espanto; en las esquinas, los

Juan Pablo Sansur, Ángel de la Estrella 2001, desfila por las calles de Latacunga.

engastadores disparan sus escopetas en honor del Capitán, quien con el orgullo de ser el responsable económico de la fiesta saluda a la gente; los champuceros van corriendo con su balde de champús, asustando a las personas (e invitándolas a beber); el Ángel de la Estrella va bendiciendo con su cetro; el Rey Moro airoso y con aire aristocrático; los monos loadores van mostrando que son las voces del pueblo, derrumbando con sus versos prejuicios morales, mojigaterías, tomando revancha contra los dominadores de la palabra, con su inagotable capacidad de crear y haciendo reír y chumar a la gente; los *ashangas* van cargando la generosidad de la *jocha*, que será compartida sin egoísmo; el abanderado haciendo piruetas con la bandera en las esquinas entre el aplauso de la gente; las camisonas yendo y viniendo, regalando caramelos y látigo, bailando incansablemente con el pueblo; la priosta y las mujeres compartiendo generosamente las ofrendas, tirando frutas, brindando trago a todos, y todo ello al ritmo de la música de la banda, cuyas notas envuelven de una mágica alegría todo el ambiente, baile, danza de yumbada, camaretas..."

Luego se realiza un ritual en la iglesia de La Merced, donde al Ángel recita su discurso pidiéndole a la imagen de la Virgen que bendiga al Capitán. Cumplidos otros ritos, el Capitán saca a bailar a la Mama Negra y continúa la fiesta con comida, bebida y baile por algunos días, a costilla del prioste mayor, quien además deberá retribuir las *jochas* de los acompañantes.

Guerrero defiende la autenticidad de esta Mama Negra septembriana, calificando a la de noviembre como "una comedia aculturada que se efectúa para hacer ganar prestigio a las autoridades", quienes asumen los papeles principales de la Santísima Tragedia y no tienen un objetivo religioso sino más bien cívico y turístico.

Algo hay de esto, no solo en la Mama Negra sino en muchas otras fiestas religiosas y populares. Pero esa es la tendencia histórica y de lo que se trata es de que los nuevos participantes alimenten las tradiciones. En esta ocasión fueron priostes, también, el alcalde de la vecina ciudad de Ambato, Fernando Callejas, y el de Riobamba, Fernando Guerrero. Y a pesar de que el 11 de noviembre rememora la independencia de Latacunga, todos saben que la fiesta es en honor de la Virgen de las Mercedes.

Es notable y contagiosa la gran alegría de las comparsas y del público, en especial de los jóvenes que vienen de varios sitios del país a farrrear y bailar. Los brindis de cerveza, champús y aguardiente y los gritos emocionados de: ¡Viva la Mama Negra! ¡Viva Latacunga!, son detonantes del gran jolgorio que se prolonga durante la tarde, una vez terminado el desfile.

ARRIBA (IZQUIERDA):

Camisona o *carishina*, personaje alegre, lleva un foete para espantar a niños y curiosos, y se alza la bata en juego pícaro.

ARRIBA DERECHA:

Los *huacos* o brujos llevan en la espalda adornos semejantes a las cabezas de los danzantes.

ABAJO (IZQUIERDA):

Urcuyayas o seres del monte, vestidos con pajo o musgo, provocan miedo y deben ser invitados pues representan las fuerzas salvajes de la naturaleza.

ABAJO DERECHA:

Los *huacos* traen comamentos de venado y varas de chonta que usan para efectuar limpias invocando al Colopaxi y otros montes tutelares.





ARRIBA:

La Mama Negra del 2000, Gonzalo Torres, desfilando en Otavalo.

IZQUIERDA:

El Rey Moro acompaña a la Mama Negra en el pregón del Yamor.

PAG. SIGUIENTE

ARRIBA IZQUIERDA:

El *ashanga* lleva en sus espaldas el pesado armazón de carrizo con las jochas que se compartirán: cuyes, licores, cigarrillos, chancho hornado. Un asistente trae siempre una mesa para apoyar la carga en las paradas.

ARRIBA DERECHA:

Los *cuniquingues* son aves andinas del tamaño de las gallinas, pero que comen serpientes. Pueden ser vistos también como los míticos hombres-pájaros que traen buena fortuna.

CENTRO DERECHA:

Los *huacos* hacen la limpieza a una mujer salida del público.

ABAJO:

La Mama Negra del 2001, Rodrigo Cepeda, lleva en la mano a su "hija" Manuela y lanza leche al público en el desfile latacungueño.



Los toros de Girón

Patricio Montaleza

Nadie ha podido establecer con exactitud cuándo se inició la celebración de la fiesta de los toros del Señor de Girón, aunque lo más probable es que esta población cercana a Cuenca haya heredado la costumbre de sus primeros pobladores, gente 'blanca' proveniente de otras tierras, pues el ritual de la matanza del toro se asemeja, en mucho, a las primitivas celebraciones religiosas de los cretenses, quienes arreaban a un toro, lo descuartizaban con las manos y se bebían la sangre del animal, acto que se realizaba antes de administrar justicia.

En Girón, el más viejo de los participantes la recuerda desde que era niño. Pero lo que todos los gironejos saben, es que la fiesta de los toros es de promesas y agradecimientos; y se la realiza en noviembre de cada año en honor al Señor de las Aguas. Las intenciones y los agradecimientos van desde pedir que la próxima cosecha sea buena, hasta que el Cristo les haga llegar a salvo a los Estados Unidos, petición bastante frecuente en los últimos años debido al auge migratorio.

En efecto, del triste pueblito que era hasta hace una década, Girón ha tomado un nuevo ritmo debido a la influencia que tienen las remesas en dinero de los migrantes, incluyendo a la fiesta, proceso dinámico que se transforma según cambia la vida de las personas del lugar. Es innegable que los cambios en la música, la ropa y los gustos aportan a la celebración mayor diversidad y colorido. Realmente, la fiesta ha cobrado mayor continuidad, frecuencia y devoción entre los lugareños.

Para investigadores del tema, como la antropóloga Susana González, esto se debe a que "la fiesta es una demostración del poder y la riqueza que ostentan los priostes". Pero para gente como Juan Naulahuari, ellos únicamente se han decidido a "hacer el gasto en homenaje al Señor de las Aguas".

El fiesta-alcalde

Juan Naulahuari Chuchuca, soltero de 32 años, vive en el norte de los Estados Unidos, donde labora como albañil. Cada año regresa por dos o tres meses a su pueblo natal, Santa Marianita de Girón, provincia del

Un hombre mayor sopla la chirimía, cuyo sonido anuncia la fiesta del toro.



FOTOS PMONALEZA



Azuay, donde se dedica a descansar y "para no aburrirse, a cuidar el ganado". Este año ha prolongado su estadía por más de seis meses para ser el último fiesta-alcalde de la celebración. Cuando son casados, los priostes son el marido y su señora; como Juan es soltero, será su madre quien cumpla el papel de pareja.

A diferencia de otros años, la fiesta de Juan Naulahuari no será para pedir favores, sino para agradecer por lo recibido, pues "al Señor de las Aguas de Girón le pedí para que no me moleste nunca más la Migración en los Estados Unidos; y me bendijo, primero haciéndome residente, y luego ciudadano americano".

Con cierto recelo hace cuentas de lo que lleva gastado en su tercer período de prioste: "Dos toros, unos doscientos cuyes, aguardiente de Yunguilla, un disjockey para toda la semana, una banda de pueblo, los músicos de la chirimía y el cajón (instrumentos tradicionales), papas, granos, unas doscientas personas invitadas". Aunque no lleva cuentas detalladas, los gastos para la fiesta sobrepasan los 8 mil dólares.

Los festejos se realizan durante todo el mes de noviembre. Cada se-

ARRIBA (IZQUIERDA Y DERECHA):

Las platilleras son muchachas jóvenes invitadas a custodiar la imagen del Señor de Girón.

ABAJO (IZQUIERDA):

Caballos y vacas locas que serán quemados durante la noche.

ABAJO DERECHA:

Los hombres persiguen al toro escogido para el sacrificio. Se considera que la sangre de toro negro es más pura y poderosa.



maña, en sus respectivas viviendas, un fiesta-alcalde y dos "inciernos" o sacerdotes menores, al abrigo del aguardiente, el baile y la comida, realizan los pasos tradicionales que tiene cada día de la celebración.

El viernes, víspera de la matanza, es considerado como día de resistencia y preparación pues los guías deben cortar la leña para la cocina, y el que no obedece es castigado haciéndole beber mucho aguardiente.

El sábado en la madrugada, los guías se encargan de colocar a los toros en el sitio elegido. Las mujeres asan los cuyes y preparan los alimentos en grandes pailas de caldo, arroz y granos, en una cocina improvisada a un costado de la casa del sacerdote. La priosta, doña Nicolasa, madre de Juan Naulahuari, brinda a todos los invitados café con pan, y un trago de aguardiente, mientras en la habitación donde se encuentra el altar, al ritmo de la música popular, los jóvenes conquistan a sus parejas y muestran sus habilidades para el baile; hasta que el fiesta-alcalde irrumpe en el cuarto, detiene la diversión y llama a que todos se organicen a su alrededor, pues "ha llegado la hora de soltar a los toros".

Van los sacerdotes a la cabeza de la procesión, seguidos por las platilleras, los músicos y los invitados. Una vez en el altar improvisado, Juan Naulahuari da la orden para que los toros sean liberados; tras ellos salen los guías, quienes deberán dominar a los animales únicamente con la fuerza de sus brazos.

Tras saltos, carreras y revolcones por sementeras y chaquiñanes, los guías regresan jalando al toro hasta el altar y lo tumban de costado. Entonces, el fiesta-alcalde hace una señal de cruz sobre la yugular del toro y el guía mayor clava su puñal en ese sitio. Resulta inútil el esfuerzo que hace el animal por levantarse. Las risas, los sustos y hasta los gemidos de alguna niña forman parte de la ceremonia.

Los invitados recogen en baldes y escudillas la sangre que mana del astado aún vivo, y beben sendos jarros de sangre burbujeante y una copa de alcohol puro, sea para captar la fuerza del animal o para curarse de enfermedades como el reumatismo, la artritis o las de riñones. Cuando hay dos toros, uno blanco y otro negro, los gironejos prefieren la sangre del toro negro "por ser más pura".

Tras el sacrificio, el guía mayor —que es un experto matarife—, destaja al animal con suma precisión, pues debe extraer intacta la médula espinal para que ésta conserve su poder. Luego le saca el pañuelillo, que es la membrana que cubre el aparato digestivo del animal. Con la médula y el pañuelillo entre sus manos, los guías se dirigen hasta una mesa dispuesta a manera de trono, donde el Juan y su mamá esperan. Al

ARRIBA IZQUIERDA:

El guía mayor, que heredó de sus mayores el conocimiento, ha clavado el cuchillo en la yugular del toro.

ARRIBA DERECHA:

Recogiendo la sangre del toro, que sigue vivo.

CENTRO, IZQUIERDA Y DERECHA:

Los campesinos creen absorber el poder del toro bebiendo su sangre caliente.

ABAJO IZQUIERDA:

Hay que remover el pañuelillo sin cortes ni rasguños pues es un símbolo de unidad y protección.

ABAJO DERECHA:

El sacerdote, quien lleva la médula del toro al cuello como símbolo de su poder, aparece junto a su madre frente al altar levantado en su casa.



FOTOS: P. MONTALEZA

prioste se le coloca la médula, símbolo del poder, y con el 'pañuelo' se cubre a la pareja, para simbolizar la unión y protección entre los miembros de la familia.

Acto seguido, los priostes brindan aguardiente y chicha a los presentes. Como exige la tradición, el guía mayor se acerca a felicitar a los priostes por la manera de llevar la fiesta y les pide iniciar el baile.

Vacas, castillos y comparsas

Las partes del toro sacrificado son llevadas hasta la casa del prioste. Cuando queda solamente el cuero del animal, los guías se cubren con él y juegan a perseguir a los invitados. Así comienza una disputa con los cuentayos, que son los encargados de armar la vaca loca (cuero del toro colocado sobre un esqueleto de carrizos y lleno de cohetes). La acción se interrumpirá cuando llegue el momento de la *misa pampa*, que es la mesa colectiva, donde los asistentes colocarán su *pinshito* o colaboración para la comida sobre los manteles blancos colocados sobre el piso.

Por la noche, la comitiva se dirige al pueblo para celebrar la misa de vísperas, tras la cual se enzarzarán en un temible juego amoroso entre los hombres disfrazados de mayordomos, policías, cuentayos, y los hombres disfrazados de mujeres. Termina pues la noche entre juegos, locas y vacas locas.

El domingo hay una nueva liturgia. Acto seguido, el fiesta-alcalde y los priostes menores portan el estandarte del Señor de las Aguas a través de las calles del pueblo. Entre cantos, rezos e incienso, los pobladores cargan, por primera vez, la pesada imagen. Por la tarde, la Loa y el Reto —una niña y un militar, respectivamente— declaman versos en homenaje al Señor de Girón.

El Reto, fustigando al caballo y sacando su sable, recita:

*Abran paso, mentecatos,
primos hermanos de la misturina,
flacos y hambrientos como los gatos
por los techos van donde la vecina.*

El lunes por la tarde el estadio estará repleto de hombres a caballo, haciendo el juego de las escaramuzas, que consiste en realizar figuras sobre el pasto: el ocho, la cruz, la media luna, la estrella. En la noche, Juan Naulahuari y los dos incierros entregarán el bastón de mando a los nuevos priostes, a quienes, tras copa y copa, habrán convencido de "hacer el gasto para que el Señor de las Aguas brinde más" el próximo año.

FOTOS P. MONTELEZA



ARRIBA:
Misapamba es el acto de compartir los alimentos sobre un mantel blanco.

ABAJO:
La vaca loca carretea en las celebraciones nocturnas de Girón.

La fiesta religiosa

Las fiestas incluyen danzas, recorridos de una casa a otra, dentro de la comunidad, de una a otra comunidad; comidas, libaciones, juegos rituales, entre los que sobresale el de la vaca loca. Puede haber, inclusive, corridas de toros, ferias o intercambios de productos, juegos pirotécnicos, peleas sangrientas entre comunidades que se consideran ritualmente enemigas, la toma de una plaza o de un parque, los sacrificios sangrientos de animales, como el del gallo pitina, o el sacrificio de una res, la bebida ritual de la sangre de este animal, la comida también ritual de su carne, el consumo de bebidas preparadas con hierbas curativas y la realización de rituales de curación o japina, los juegos eróticos de las jóvenes solteras, la libertad sexual entre los jóvenes de ambos sexos—que puede durar una noche o varios días—, las ofrendas del primer animal o del más desfavorecido; y claro, la misa y la procesión.(...)

Los ritos de la fertilidad eran los que con más desconfianza miraban los españoles. Como a aquellos estaban ligadas las mujeres, se prohibieron los bailes de grupos de mujeres solas y, en general, la participación de éstas, con bailes, en las fiestas religiosas. Esto quizás explica que, hasta la actualidad, los hombres se disfrocen de mujeres en los bailes rituales...

Los personajes que aparecen en las fiestas religiosas no son representados teatralmente, sino mítica y místicamente. Quienes los representan no sólo quieren un disfraz, sino que deben tener características que les permitan, por unos momentos, convertirse en el otro(...), los que se disfrazan de negros deben ser violentos, sensuales, agresivos(...), quien juega el rol de capitán debe ser fuerte para abrirse campo entre los danzantes contendores. La vaca loca, personaje que representa a los colonizadores españoles, debe tener características tan especiales que sólo puede ser representada por los miembros de una sola familia de la comunidad.(...)

Hay varios tipos de bailes (rituales) en las fiestas religiosas indígenas del Ecuador. Unos son bailes de reto, y parece que son una reminiscencia de las batallas campales entre las dos mitades sociales Hanan y Urin. Otros son representaciones dramáticas de mitos vinculados al culto (como el baile del Curiquingue, en el que se representa la lucha entre esta ave mítica y el ushcu o gollinazo). En este último género tenemos el baile del Tucumán o baile de las cintas.

Luz del Alba Moya,

La fiesta religiosa indígena en el Ecuador

Altar erigido en una antigua casa de San José de Chimbo.



Virgen del Quinche

Un guardia sale de una caseta ubicada donde se bifurca el camino. Se llama Héctor Parión, apellido peruano traído por los mitimaes del incario. Habla Parión, rompe su soledad de vigilante, apunta hacia las colinas. "Por aquí hay venados, osos, dantás, lobos, conejos; nosotros, de la Comuna de Oyacachi, cuidamos que no vengán a cazar. Hay también la achupalla que chupan los osos, moras silvestres, el sunfo, bien aromático, que sirve para el dolor de estómago, todo eso".

En el vallecito queda Oyacachi, tierra emblemática donde el maestro Diego de Robles talló a la Virgen de Oyacachi, la misma imagen que se convertiría en la Virgen del Quinche. Dicen que Robles habría canjeado la imagen por unos tablones. Cuando el imaginero vino al pueblo, la Virgen lo salvó de caer al abismo y él talló su retablo. Años después, el cacique de Oyacachi hizo un festejo pagano, vistiendo a dos osos con las ropas virginales. Tras acusar de idólatras a los oyacachenses, la jerarquía decidió trasladar a El Quinche la escultura. En el libro clásico del padre Rueda se señala el 10 de marzo como la fecha en que se celebra (o se celebraba hasta los años 70 del siglo pasado), en Puembo, El Quinche y Tumbaco, el "Aparecimiento y traslado de la Virgen de Oyacachi al Quinche. Coronación de la Virgen", aunque el homenaje se repite en mayo.

El día de la Virgen es el 21 de noviembre, y en los tiempos en los que aún corría el ferrocarril de Quito a Ibarra, que pasaba por el santuario de El Quinche, vagones llenos de fieles acudían a los festejos, cuando algún descarrilamiento no los arrojaba barranco abajo. Han sido tradicionales, además, las romerías de los devotos que parten a pie desde Calderón y otros barrios vecinos de la capital. La víspera se ven hileras de gente que avanza por el filo del asfalto para luego internarse por los chaquñanes y arribar al amanecer al santuario. Muchos han hecho una manda, van a pagar una promesa o a solicitar una merced divina. La mañana de la procesión el parque que queda delante de la iglesia suele estar colmado de gente, puestos de venta de comidas, juegos. Los fieles ponen velas en el interior del templo, dormitan a la sombra de las naves laterales o salen por un costado a recoger agua de las piedras de una gruta simulada.





ARRIBA:
La Virgen tallada por Diego de Robles sale en procesión por El Quinche el 21 de noviembre.

ABAJO IZQUIERDA:
Estandarte de la Sociedad Obrera, consagrado a la Virgen del Quinche.

ABAJO DERECHA:
Escenas de fe durante la procesión que convoca a miles de peregrinos de todo el país. Bajo la sombra de la cruz, la devota deja escapar una lágrima.



A lo largo de estas páginas hemos ido comprobando la enorme influencia que tuvo España en el origen de la mayoría de celebraciones, la España católica de Felipe II, abanderada de la Contrarreforma, jerárquica y conservadora, cuyos hidalgos preservaban ciertos ideales caballerescos del medioevo. Pero en ningún lado como en Quito se evidencia tanto esa historia, empezando por el motivo mismo de la celebración, a saber, la llamada "fundación española de Quito", el 6 de diciembre de 1534 (fecha que provoca polémica puesto que hubo una fundación previa en agosto del mismo año, en Sicalpa, cerca de Riobamba). Acorde con tal motivo, el espectáculo central de estos días son las corridas de toros, en las que participan más toreros españoles que nacionales, y en cuyo entorno festivo zapatean los grupos de flamenco, de las botas chorrea la manzanilla, vuela hacia el coso el sombrero cordobés y los platos más mentados de la cocina hispana despiertan goces atávicos en los paladares criollos. (En los años de auge del oro negro se llegó a importar, de la Madre Patria, encierros completos de Miuras; hoy se intenta desarrollar la ganadería nacional). Los padres franciscanos bautizaron la feria al donar al triunfador una



Las fiestas de Quito



estatuilla de Jesús del Gran Poder, cuya figura encabeza la solemne procesión de Viernes Santo. De allí el nombre oficial de Feria de Quito Jesús del Gran Poder.

Numerosos documentos señalan que la capital gustaba de las fiestas en la no muy santa "noche colonial". Ni tampoco oscura, pues en los siglos XVII y XVIII se desarrolló la Escuela Quiteña, cuyos esplendorosos óleos, tallas y esculturas embellecieron a los templos quiteños, en particular a La Compañía, vista como la cima del barroco americano. Entonces se acuñó la farra quiteña, que, por desgracia —y en esto coincidieron indios y españoles—, estuvo desde siempre ligada al desmesurado consumo de aguardiente. Pero también a los toros, al juego de la pelota nacional y los cocos, a las carreras de caballos y la ruleta.

Hacia los años 50 del siglo pasado había decaído la temporada de Inocentes y la capital no tenía una fiesta grande. Fiel a su estirpe farriista, buscó remedio a ese mal y con la iniciativa de un periodista, César Larrea, más la inauguración de la plaza de toros de Iñaquito, en 1960, empezó a cobrar vuelo la celebración del 6 de diciembre. A esos orígenes estuvo vinculado inclusive un licor, el Paico Rey de Copas, y los bailes populares que se celebraban en los distintos barrios; así se

PAG. ANTERIOR

IZQUIERDA:

El guayaquileño Guillermo Albán devuelve un sombrero ante los aplausos del público.

DERECHA:

El Juli remata una serie en el coso de Iñaquito.

ABAJO IZQUIERDA:

En las comparsas que desfilan por las calles se observan las más diversas representaciones y disfraces, incluyendo a mujeres como yumbos con odornos de conchas, semillas, mates y chicha de yuca.

ABAJO DERECHA:

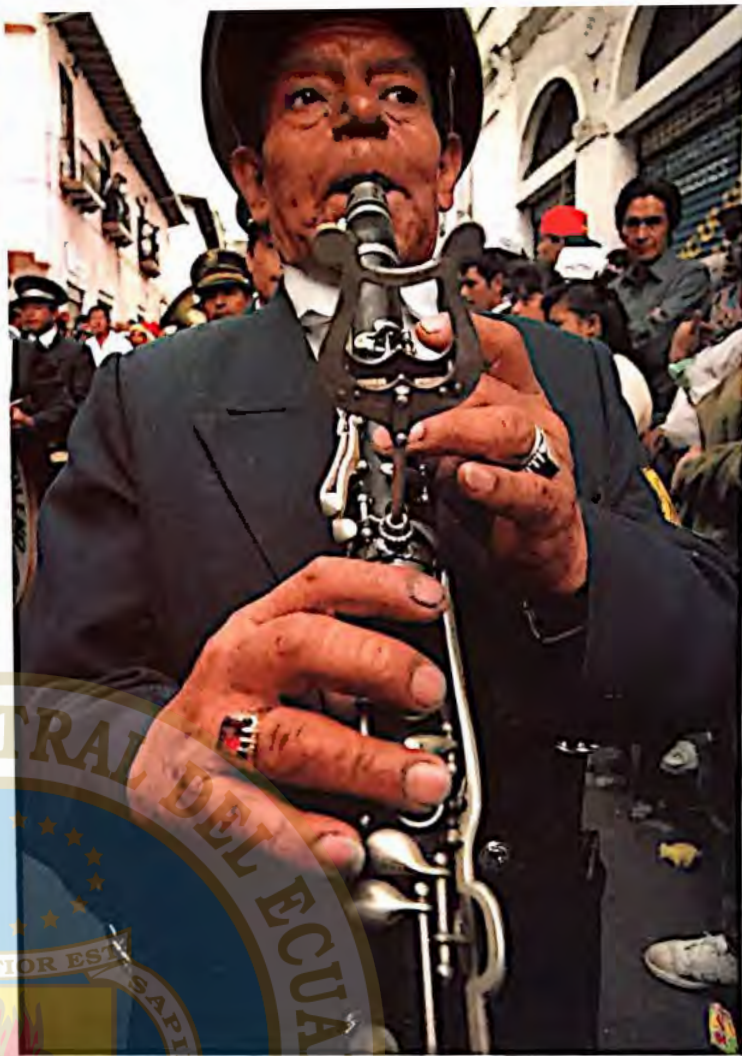
Parque de diversiones en la fiesta quiteña.





IZQUIERDA:
La Compañía, muestra del barroco americano, engalanada para las fiestas.

DERECHA:
Los músicos de las bandas son los animadores infaltables en las celebraciones populares.



formó en el sur de la capital el Chavezazo, que dura hasta la actualidad, y que en el norte tiene su equivalente en la fiesta de la avenida Los Shyris, donde tocan orquestas de mucho postín en el mundo de la rumba latina. La gente acude en grupos y hasta en familia a escuchar los sones, departir, bailar gratis y tomar el canelazo, agua hirviendo de canela con aguardiente.

Una de las tradiciones que se ha rescatado y ya va por la vigésima octava edición, es la carrera de coches de madera, que descienden a gran velocidad por las empinadas calles del centro capitalino. Otro evento es el gran desfile folclórico, en el que participan grupos de baile y comparsas afuereños y de otros países. Los movimientos frenéticos de las mulatas que sacuden el ritmo de la samba, el taconeo de los huasos chilenos enhebrando una cueca, conviven con representantes de la Mama Negra y de las etnias orientales. Pero la novedad que ha sentado jurisprudencia en la ciudad son las *chivas* o rancheras, buses abiertos de la Costa que recorren las calles con grupos de farristas encaramados en el techo, que cantan y viven a Quito incentivados por la banda de pueblo que los acompaña en su alegre cuanto peligroso trayecto. A todo ello hay que sumar los múltiples eventos culturales.

Dulce Jesús mío

Las colaciones y las galletas para los pequeños, y las mistelas –esos licores de colores encendidos hechos con frutas y hojas aromáticas– o un caliente canelazo, eran las delicias que se servían durante la novena navideña en el Quito antiguo. A las 7 de la noche se empezaba a rezar, porque más tarde ya no había nadie en las calles. El 24 era un día de fiesta: las iglesias cambiaban su tono solemne y se llenaban de cánticos, no sólo de villancicos, sino también de albazos populares.

Los nacimientos en los templos de San Francisco, de Santo Domingo, llenos de musgo, con cascadas, lagunas, montes, no podían dejar de admirarse. “Quito siempre se caracterizó por sus belenes. Esta ciudad adquirió fama porque los artesanos de la Escuela Quiteña, en el siglo XVIII, esculpieron en madera hermosas obras de arte, relacionadas con el nacimiento del Niño Jesús”, recuerda Iván Cruz, director del Museo de Artes, en charla con Ernesto Trujillo.

La tradición se remonta a la Italia del 1200. Fue San Francisco quien inició la realización de nacimientos vivos; luego, en Nápoles, se empezaron a hacer nacimientos con figuras enormes. Carlos III, hacia 1700, introdujo la costumbre en España, de donde pasaría rápidamente a América. En Quito, la Navidad se empezaba a vivir a partir del 11 de diciembre. Cruz precisa que antes del 24 existían las famosas ferias de juguetes de Ambato y también de la capital, donde se podían encontrar juguetes de hojalata y figuritas de barro para decorar el nacimiento.



ARCHIVO DINERS

La Escuela Quiteña y sus epígonos llevaron a la perfección la talla de los Niños, representaciones de Jesús que son veneradas en la Navidad.



J.P. MERCHAN

La noche del 24, la Misa del Gallo era llena de alegría porque los niños llevaban sus pitos de agua y se dejaba de lado la seriedad característica de los templos. “No se daban muchos regalos, generalmente era uno solo. Los padres aprovechaban la fecha para comprar ropa a sus hijos. Se celebraba con más modestia pero con mucho calor de hogar y verdaderos sentimientos cristianos”, concluye.

El 25, los quiteños se reunían en un almuerzo especial, cuyo postre eran los pristiños o los buñuelos, con miel de azúcar o de panela.

Los buñuelos de harina de maíz con miel de panela constituyen el postre tradicional de la cena navideña.

Los chigualos

En el *Diccionario del Folklore* de Paulo de Carvalho Neto, leemos que los chigualos (el autor tilda la palabra al final, pero los manabitas la pronuncian como palabra grave) son una de las formas bien ecuatorianas de la celebración navideña. En Portoviejo, estas grandes fiestas del Niño comprendían juegos de salón, bailes y coplas profanas. Quizás por ello, en tiempos de intolerancia, los chigualos llegaron a ser perseguidos por la Policía y la Iglesia, “por considerarlos atentados al orden y la mo-



ral". Según Justino Cornejo, entre los juegos que se practicaban antaño figuran: la Pájara Pinta, el Florón, la Cajita de Amor, la Aguja, el Piano, el Sombrerito.

La costumbre se ha mantenido. Según relata una muchacha de Jijapa, en distintas casas se arman los pesebres y, como en la novena, a partir del 15 de diciembre los vecinos piden permiso: "esta noche vamos a tu casa", le dicen al dueño, y, en efecto, a eso de las ocho llegan cantando y se instalan en el patio donde ha sido montado el pesebre. Solo al ritmo de las panderetas, allí cantan los tradicionales villancicos al Niño, pero también se sientan en rueda y empiezan los juegos con canciones como: *Esconde, esconde la sortija*, o también *El florón está en mis manos/ de mis manos ya pasó...* El dueño brinda caramelos y dulces, no licor, y también se baila con otros juegos y se recitan los amorfinos, "que son los versos que tienen respuesta", coplas profanas y a veces picantes que suelen tener alusiones eróticas, y que también se llaman contrapunto. Acá las dicen, en diversas fiestas, los 'puetas' o talladores (en otros países se llaman payadores), puesto que los amorfinos son tenidos como los cantos más tradicionales de la región montubia. Incluso se organizan concursos de buen nivel.

IZQUIERDA:

Los *ashangas*, al igual que en la Mama Negra, llevan las *jochas* para compartir a la hora del yantar.

DERECHA:

Sahumeriantes de la procesión del Niño que recorre el largo camino de Isinche a Pujilí. Detrás sobresalen los guiones.

En Esmeraldas, más al norte, el chigualo es la celebración entre alegre y triste que se hace en el velorio de un niño o angelito. Allí, al son del cununo y el bombo se cantan los arrullos, destinados a "abrir las puertas del cielo al angelito". En el estudio de Marcelo Naranjo sobre la cultura popular esmeraldeña se constataba, hacia 1986, que los juegos tradicionales habían desaparecido, introduciéndose, en cambio, el rumi, un juego de cartas. Lo interesante es que la misma celebración tiene lugar durante el nacimiento del Niño Dios, porque, más allá de sus aspectos profanos, los arrullos siempre están relacionados con las ceremonias religiosas y tienen su lado mágico, como corresponde a los trámites con los santos y con el más allá. De manera que a lo largo de la noche se arrulla también al Niño Dios, esperando sus bendiciones.

Niño de Isinche

Hoy, 24 de diciembre, se cumple un año del inicio de este libro, y aquí vamos desde Latacunga rumbo a Pujilí. He hablado días atrás con don Bolívar León, cuñado del general Rodríguez Lara y "dueño" del Niño de Isinche; me ha confirmado que el pase principal saldrá de su hacienda a las 9 de la mañana. Vamos bien. De Pujilí tomamos el camino hacia Isin-

Grupo de "negros del Reymozo", palafreneros del infante vestido de Rey en la fiesta del Niño de Isinche. Traen llamas con ofrendas.





ARRIBA:
Un niño porta la *ashanga* ya en Pujilí. Compartir alimentos y bebidas es un ritual básico de toda fiesta en el país.

ABAJO:
Esta partida de "negros de camisa" se integrará a la procesión del Niño de Isínche con la llama cargada de ofrendas y una muñeca rubia.



FOTOS: PCUVI

che y en varios tramos observamos los arcos para que pase la imagen, hechos en su mayoría no con ramas y flores como se acostumbra, sino con telas a las que se adhiere alguna imagen de Jesús, el Rey de Reyes o el Sagrado Corazón.

En la placita de una pequeña iglesia pintada de celeste intenso aguarda un grupo de palafreneros o negros del reymozo, con las caras pintadas de hollín y rasgos dorados, y las ropas de tela espejo en tonos primarios. Más allá, en un recodo de tierra, a la sombra de los eucaliptos, se halla otro grupo, esta vez de negros de camisa, que traen algunas llamas con cintas de colores y colchas arregladas sobre los lomos lanudos, donde no faltan una muñeca de plástico rubia o morena, botellas de licor y paquetes de cigarrillos, Lark en particular.

Oriundo de Pujilí –y pariente también del general Rodríguez Lara–, Byron Rodríguez investigó el tema. En el folleto *El niño de Isínche* recuerda que la imagen tallada del Niño se remonta al siglo XVIII. “Según la leyenda, la imagen apareció milagrosamente dentro de un costal de algodón destinado al obraje de Isínche, que en tiempos de la Colonia estaba en manos de los jesuitas”. La iglesia de la actual hacienda fue construida años después bajo los dictados del barroco italiano; en la maciza puerta de madera hay una inscripción: 1743.

Para cada pase del Niño del 24 de diciembre, el prioste y su comitiva visitan al hacendado con un “agrado” o regalo para solicitarle la imagen, que será velada en casa del o los priostes. Luego se alquilan los trajes y disfraces y se contrata a las cantoras de Isínche “a fin de que con su voz de tiple dediquen algunos cánticos religiosos y algunas cuartetitas”, según relata Rodríguez.

Llegamos justo cuando la procesión se dispone a salir de la hacienda. Afuera hay una doble fila de disfrazados de campesinos con azadones, que hacen sonar para acompañar una especie de jaculatorias comandadas por los gritos y órdenes del *amomayordomo*, quien anda a caballo, con poncho, sombrero y el rostro cubierto por una máscara de tela. Luego vienen los payasos y los fieles y los priostes con la urna del Niño (en realidad son dos mayordomos y dos urnas); hay también una Mama Negra un poco rústica, que –cosa de los tiempos– exclama: “¡España, yo también voy a España!”, mientras esparce chisquetazos de leche a sus risueños súbditos, los negros que la festejan. La España que estaba en el origen de muchos de estos ritos festivos, y cuyas autoridades coloniales fueron y siguen siendo objeto de burla simbólica, gracias a la ola de migrantes vuelve a sonar pero cargada de un significado positivo.

Si en el campo de la Sierra el motivo de los festejos continúa siendo el Niño y los Reyes Magos, en la ciudad se condensa el asunto en las máscaras, disfraces y la quema del añoviejo. Según Emilio Palacio, el origen europeo de la quema de un monigote tuvo lugar durante la Semana Santa, cuando se colgaba y luego se prendía fuego a la imagen de Judas. Luego el monigote, ya calificado de "judas", fue cambiando de identidad: así, el primero en ser quemado ritualmente en tierras del Nuevo Mundo habría sido ni más ni menos que Américo Vesputio, quien diera nombre al continente. Se sigue quemando judas en México, República Dominicana, también en Brasil y con más entusiasmo en Venezuela; pero en Guayaquil se pasó del judas al judío, "muñeco relleno con virutas, cohetes y pólvora, al que se colgaba de una soga en las fiestas religiosas y se le prendía fuego por la noche" del 31 de diciembre. Esto del judío tenía sus raíces en la Santa Inquisición, que condenó a la hoguera a no pocos judíos por el mero hecho de no ser católicos. Pero ausentes de acá esos ritos del terror, según las *Crónicas* de Modesto Chávez Franco, fueron los religiosos quienes incentivaron la costumbre de quemar al "judío" portador de todas las herejías.

Luego, por deferencia con los judíos de verdad que llegaron huyendo del nazismo, según Rodolfo Pérez Pimentel se modificó la costumbre apuntando al Año Viejo que conocemos y quemamos ahora (no está muy claro cómo se trasladó la chamusquina del Viernes Santo al último día del año, pero en Extremadura, España, también se queman muñecos en la víspera de San Juan). Otra explicación fija el origen de la costumbre igualmente en Guayaquil, cuando, tras una epidemia de fiebre amarilla, se empezó a quemar la ropa de los muertos rellena de paja para ahuyentar mágicamente a la peste. Es justamente en Guayaquil donde se continúa confeccionando las mejores figuras erguidas, con cartones y estructura de tiras de madera, representando a políticos y personajes de la farándula, desde los tiempos de Velasco Ibarra, cuya efigie alimentó no pocas hogueras sobre las que saltaron alegremente los mismos que en la siguiente elección volverían a votar por él, para luego derrocarlo y tornar a quemarlo, en un ciclo tan repetitivo como el ciclo anual de la madre naturaleza.

La quema del añoviejo empató con la muy pagana tradición de las saturnalias que celebraba Roma en honor de Saturno, cuando el mundo era puesto al revés y un elegido reinaba durante treinta días, dando

Caretas de diablos y personajes de actualidad como el alcalde de Quito y Ben Laden. Se las usa para los añoviejos y para las comparsas.

PCUM



La quema de los añoviejos





MIPONCE

IZQUIERDA:
El espectáculo de la mujer y la culebra recorre las fiestas populares.

ABAJO:
En San José de Chimbo se elaboran juegos pirotécnicos para celebraciones de la Costa y de la Sierra.

PCUVI



rienda libre a sus caprichos, pero al concluir los festejos era degollado. Luego se decidió sacrificar no al rey de burlas en carne y hueso, sino a su representación. (Recordemos que en Guaranda, al término del Carnaval se entierra al Taita Carnaval hasta el próximo año). Hubo también en Roma la costumbre de quemar monigotes en un rito de purificación y catarsis colectiva. Esto pasó a España y sigue vigente en las Fallas valencianas, cuando el día de San José, el 19 de marzo, van a la hoguera figuras gigantes de tipo burlón.

Otra costumbre quiteña que se perdió con la modernización fue la temporada de Inocentes, que arrancaba el 28, día de los Santos Inocentes, y se prolongaba hasta el 6 de enero, día de Reyes. Parece que la organización de las festividades se remonta a 1918, año en que terminó la guerra europea. Llegaban al Quito de entonces, que acababa en El Ejido, bandas de música de Nayón, Calderón y La Magdalena -según recuerda el Nato Recalde- a unirse al jolgorio que se expandía por todos los barrios de la capital, con música de sanjuanitos, saltashpas y chilenas, alcanzando su climax en la plaza de toros Belmonte, donde había bailes y concursos de disfrazados y se instalaban comederos en los bajos, y se bebía en las chinganas canelazos con aguardiente de San Antonio (y eventualmente acudían mujeres de no muy buena reputación). La aristocracia terrateniente, por su lado, festejaba en el exclusivo Club Pichincha, ubicado junto al Teatro Bolívar. Pero todos por igual se disfrazaban y hacían las inocentadas, que consistían en diversas e ingeniosas maneras de burlarse de amigos y parientes. Sobreviven de aquellos juegos inocentes las bromas y 'pasadas' entre amigos, y, sobre todo, las ediciones jocosas de los diarios, en particular del capitalino *Últimas Noticias*, con informaciones y fotos que hacen mofa de políticos y personajes de la comunicación y la farándula. Aunque en menor grado (puesto que se ha vuelto común comprar el muñeco en cualquier acera), queda también la costumbre de preparar en grupo, en algunos barrios populares, el Año Viejo, recogiendo ropas y aserrín y recortando ramas de eucalipto para armarle un techo al monigote, sin que falte una botella de trago puesta sobre una mesa desvencijada.

En el sur de Colombia, región que durante la Colonia perteneciera a la Real Audiencia de Quito, se elabora también el Taita Puro o añoviejo, bajo un ritual semejante al nuestro. La costumbre de quemar al muñeco se ha extendido a otras provincias colombianas. De igual manera, en Pasto e Ipiales se festeja con agua y harina y monigotes de *papier maché* la Fiesta de Blanquitos y Negritos, también llamada el carnaval andino, que se prolonga al 6 de enero. Y los habitantes de la vecina ciudad de Tulcán -históricamente cono-

PCUVA



ARRIBA:
Viuda del "viejito" dando espectáculo la última noche del año.

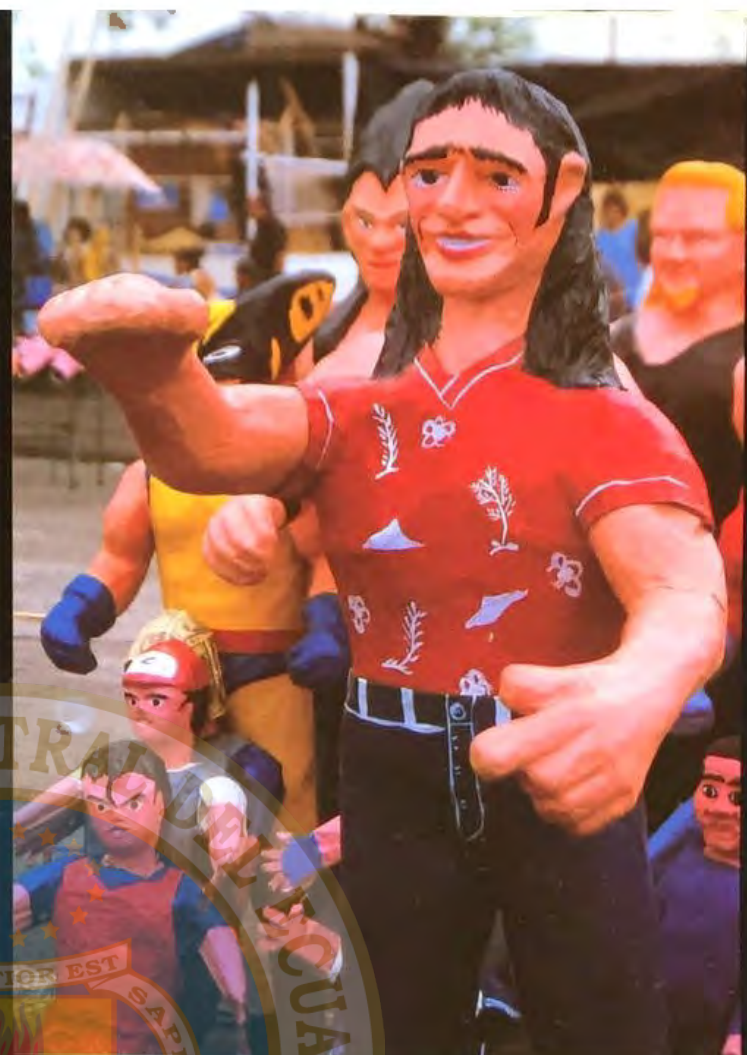
PAG. SIGUIENTE:
ARRIBA IZQUIERDA:
Osama Ben Laden fue el personaje más representado y quemado del 2001.

ARRIBA DERECHA:
El Bolillo Gómez luego del brutal ataque que sufrió en Guayaquil.

ABAJO IZQUIERDA:
Monigote de Abdalá Bucaram, uno de los personajes más representada.

ABAJO DERECHA:
Muñecos de añoviejo puestos a la venta para el 31.







F.SEMIGLIA

cidos como pastusos— se integran a los festejos, pintándose las caras de blancos o de negros, mojándose y apostando a los gallos. Por otra parte, en México y España se mantiene la costumbre de dejar los calcetines o zapatos para que los reyes magos dejen los regalos que, según la tradición cristiana, llevaron como ofrenda al Niño Dios, en su epifanía.

Las celebraciones acontecen con mucho ruido y alegría en todo el país, pero se destacan los bailes de gala, la cena y los fuegos artificiales en Salinas y Bahía de Caráquez, dos importantes ciudades-balneario de la Costa, a donde acuden visitantes de Guayaquil y Quito a recibir al año nuevo a orillas del mar. Justamente para mantener vivas las tradiciones manabitas, el 28 de diciembre del 2001, día de Inocentes, tuvo lugar en Bahía el II Certamen del Chigualo, donde “en una sinfonía anarquista (se mezclan los espacios, los tiempos, las reverencias y las irreverencias, lo sagrado y lo profano) brota todo el ser y toda el alma de la tradición oral que es la base de toda literatura”, como cuenta desde el balneario Xabier Eskauriatza, un visitante vasco que nos sirve para dar fin a este recorrido donde las tradiciones ibéricas cambiaron de indumentaria pero siguen palpitando en el mestizaje de nuestras fiestas populares.

PAG. ANTERIOR:

ARRIBA IZQUIERDA:

Yasser Arafat en papel engomado.

ARRIBA DERECHA:

Pedro El Escamoso, protagonista de la telenovela de moda a fines del año 2001.

ABAJO:

El presidente Noboa habla con el Tío Sam, quien, con logo del FMI, encarna a “los malos de la película” para la izquierda política, que aprovecha el concurso de la Av. Amazonas para exponer sus críticas.

ESTA PAG. ARRIBA:

Quema de añoviejos en Guayaquil.

DERECHA:

El capariche que limpia los despojos cuando ya ha entrado el nuevo año, en Salcedo.



Calendario festivo

Este calendario resumido fue elaborado en colaboración con Leonela Cucurella. Incluye algunas fiestas tradicionales que no pudieron ser fotografiadas. Habiéndose generalizado la costumbre de mover

los días de las celebraciones hacia el fin de semana más próximo, es recomendable averiguar telefónicamente antes de emprender viaje para asistir a una de ellos.

ENERO

1	Bailes y disfraces luego de haber quemado a los añosviejos en todo el país.	12	Día del Oriente, Día de Galápagos.
1 y 6	Diablada de Pillaro (Tungurahua).	28	Fiesta del Uwi, culturas shuar y achuar, en Morona Santiago.
6	Reyes Magos, Pase del Niño, misas, procesiones. Cuenca, Tungurahua, Chimborazo, Manabí. Corso de las Flores y la Alegría, Ambato. Procesión del Rey de Reyes, Riobamba.	Móvil	Una semana antes: caporales en Salasaca. Carnaval: corsos, comparsas, juego con agua, Guaranda, San José de Chimbo, y todo el país. Pawcar Raymi, en Peguche (Imbabura). Feria de las Flores y las Frutas en Ambato. Feria de la cerámica, La Victoria (Cotacachi).
7-8	Gobierno de mujeres en el Onzole (Esmeraldas).		
20	San Sebastián, en Pifo (Pichincha), Tufiño (Carchi).		Domingo de Carnaval: Virgen de Agua Santa, Baños (Tungurahua).
Domin.	Los cuatro domingos del mes, Señor de Cumbe, Cumbe (Azuay).		Desfile en Ambato, y en Colta (Chimborazo). Lunes de Carnaval: Guamate (Chimborazo). Martes de Carnaval: caporales en Totoras y Chilcapamba (Tungurahua).

FEBRERO

- 2 Virgen de la Caridad en Mira (Carchi), Alangasí (Pichincha).
- 4 Señor del Terremoto, Patate (Tungurahua).



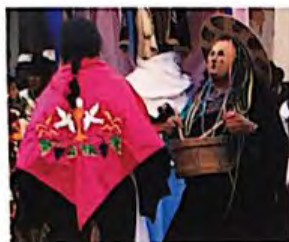
MARZO

- 2 Celebraciones en Atuntaqui (Imbabura).
- 3 Festival del durazno, frutos y artesanías en Gualaceo (Azuay).
- 10 Fiesta del ovo, en Ambuquí (Imbabura).
- 19 San José, en Ancón (Guayas).

- 21 Equinoccio, Mitad del Mundo, San Antonio de Pichincha.
- Móvil** Semana Santa: procesiones, actos religiosos.
- Domingo de Ramos, toda la Sierra.
- Martes: Señor del Buen Suceso, Riobamba.
- Viernes: Jesús del Gran Poder, Quito.
- Cristo del Consuelo, Guayaquil. Turi (Cuenca); Telemi (chachis); Monte Bombolí, Santo Domingo de los Colorados; Caranqui (Ibarra); Saraguro (Laja).
- Sábado: Kasama, comunidad tsáchila.



- 24 Fiestas de San Juan, balles, toros, ritos indígenas.
- Imbabura, Chimbarazo, otras.
- Gallo compadre, Licán (Chimbarazo).
- 28-29 San Pedro y San Pablo: Alausí (Chimbarazo), Cayambe, Pomasquí, (Pichincha), pueblos pescadores de Manabí y Guayas.



ABRIL

- 4 San Vicente, en Quera (Tungurahua).
- 11 Cantonización de Tulcán.
- 21 Fiestas de Riobamba, feria agropecuaria.
- 28 Fiesta de la chonta, Archidona (Napo).

MAYO

- 1 Día del Trabajo, desfiles.
- 2-3 Lo Santísima Cruz, varias provincias.
- 2 Señor de la Buena Esperanza, Bolívar (Carchi), Checa (Pichincha).
- 11 Feria de El Puyo (Pastaza).
- 24 Aniversario de la Batalla de Pichincha.

JUNIO

- Variable Corpus Christi, fiestas populares, danzantes.
- El septenario en Cuenca; Cañar, Pujilí Salasaca, Saraguro.



AGOSTO

- 5 Independencia de Esmeraldas.
- 7 Virgen de las Nieves, Sicalpa (Chimbarazo).
- 10 Primer Grito de la Independencia.
- 15 Virgen del Cisne, Laja.
- 16 San Jacinto, en Yaguachi (Guayas).
- 19 Corazas, en San Rafael (Imbabura).

30 Feria del longostino, Santa Rosa (El Oro).



SEPTIEMBRE

- 2-8 Fiestas del Yamor en Otavalo.
- 8 Virgen del Rocío, en Biblián (Cañar); Virgen del Guayco, Chimbo (Bolívar).
Fiesta de la Jora en Cotacachi (Imbabura).
Feria agrícola en Milagro (Guayas).
Fiesta del maíz, en Sangolquí (Pichincha).
- 15 Virgen de Las Lajas, San Antonio de Ibarra.
- 24 Feria del Banano, en Machala.
- 24 Fiestas menores de la Mama Negra, Latacunga.
Virgen de La Merced: Portoviejo, Babahoyo, Quevedo, Chanduy (Guayas).
- 28 Festividad de los Lagos, en Ibarra.

OCTUBRE

- 4 San Francisco, en Valencia (Los Ríos),
Guayllabamba (Pichincha).
- 9 Independencia de Guayaquil, feria en Durán.
- 12 Día de la Raza. Rodeo montubio en Vinces (Los Ríos), Salitre (Guayas), Olmedo (Manabí), y en otros.



- 18 Independencia de Portoviejo.
San Lucas, en Llacao (Azuay).
- 3a. Sem. Lunes y martes: Santa Lucía y La Palla, Tisaleo (Tungurahua).

NOVIEMBRE

- 2 Día de Difuntos en toda el país.
- 3 Independencia de Cuenca.
Cantonización de Bahía de Caráquez.
San Martín, en Canchimalero (Esmeraldas).
- 4 Cantonización de Manta.
- 11 El sábado más cercano, en Latacunga, la Mama Negra.
- 21 Virgen del Quinche, Virgen de Montserrat, Montecristi.
Varios días: Toros del Señor de Girón (Azuay).



DICIEMBRE

- 6 Fundación española de Quito; feria taurina.
- 9 Narcisca de Jesús, Nobol (Guayas).
- 15-24 Chigualos en Manabí.
- 24 Festejos navideños en todo el país.
Pase del Niño, en Cuenca.
Yumbada y pase del Niño en La Magdalena, Quito.
Niño de Isinche (Cotopaxi).
Festejos en Saraguro (Loja).
- 31 Reyes en Quisapincha (Tungurahua).
Quema del añoviejito en todo el país.

Bibliografía básica

- Almeida, Napoleón, coordinador
Andrade, Javier
Anhaber, Jorge Juan
Arévalo, Javier
Ares, Queija Berta
Argüello, Jorge y González, Georgina
Bareiro, Rubén y Rojas, Miguel
Berthold, Margot
Botero, Luis Fernando, compilador
Barriga López, Franklin
Carrillo, María Cristina
Carvalho Neto, Paulo
Coba, Carlos
Coba, Carlos
Corral, Pablo y Vargas Llosa, Mario
Cuvi, Pablo
Cuvi, Pablo
Cuvi, Pablo
Cuvi, Pablo y Nestlé
Echeverría, Bolívar
Echeverría, Bolívar
Eliade, Mircea
La cultura popular en el Ecuador. Tomo VIII, Loja, Cidap, Cuenca, 1999.
"Acercamiento a la cultura de Sarayacu", en *Identidad, Revista de Cultura Popular* N. 3, Subsecretaría de Cultura, Quito, 1984.
Ecuador a ras de suelo, Editor JJAhaber, Quito, 2000.
Fiestas populares extremeñas, Editora Regional de Extremadura, Mérida, España, 1984.
Las Corazas. Ritual andino en Otavalo, Coedición Instituto Otavaleño de Antropología, Abya Yala, Quito, 1988.
La muerte nos pela los dientes. Día de muertos, fiestas, humor y tradición oral, Editorial Ducere S.A., México D.F., 2000.
"La expresión estética: Arte popular y folklore. Arte culto", en *América Latina en sus ideas*, Unesco - Siglo XXI Editores, México D.F., 1986.
Historia social del Teatro I, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1974.
Compadres y Priostes. La fiesta andina como espacio de memoria y resistencia cultural, Colección Antropología Aplicada N. 5, Editorial Abya Yala, 1991.
Etnología Ecuatoriana, Tomo II, Los shuaras, Iece, 1983.
El sabor de la tradición, Abya Yala - UPS, Quito, 1996.
Diccionario del Folklore Ecuatoriano, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1964.
"Los ciclos festivos en el Ecuador: una nueva propuesta", en revista *Sarance*, IOA, mayo, 1993.
Danzas y bailes del Ecuador, IOA, 1994.
Andes, National Geographic Society, Washington, 2001.
En los ojos de mi gente. Relatos y fotografías de viajes por el Ecuador, Dinediciones, Quito, 1988.
Deportes y juegos populares, Agenda Cultural del Banco del Pacífico, Quito, 1989.
Artesanías del Ecuador, Dinediciones, Quito, 1994.
Recorrido por los sabores del Ecuador, Nestlé, Quito, 2001.
Definiciones de la Cultura, Unam, México D.F., 2001.
Las ilusiones de la modernidad, Editorial Tramasocial, Quito, 2001, 2a. ed..
El mito del eterno retorno. Arquetipos y repetición, Alianza Editorial, Madrid, 1999.

- Estrada, Jenny
El montubio, un forjador de identidad, Banco del Progreso, Guayaquil, 1996.
- Friedemann, Nina y Horner, Jeremy
Fiestas. Celebraciones y rituales de Colombia, Villegas Editores, Bogotá, 1995.
- García Candelini, Néstor
Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad, Grijalbo, México D.F., 1990.
- González, Susana
El Pase del Niño, Cuenca, Universidad de Cuenca, 1981.
- González, Susana y Montaleza, Patricio
El año ritual. La fiesta religiosa en el Azuay, Cuenca, 1997.
- Jaramilla, Juan Agustín
Imágenes del Ecuador del s. XIX, Espasa Calpe, Madrid, 1981.
- Landolt, Laura Manuel Agustín
"Fiesta de Navidad en Cuenca y sus alrededores", *Revista del Instituto Azuayo de Folklore*, N. 3, Cuenca, enero de 1969.
- Malo de Ramírez, Gloria
"Pan, panadería y sitoplástica en la ciudad de Cuenca", *Revista del Instituto Azuayo de Folklore*, N. 4, Cuenca, noviembre 1971.
- Martínez, Juan
Detrás de la Imagen. Un estudio sobre la iconografía popular en el Azuay, Banco Central del Ecuador, Quito, 1992.
- Mena, Vicente
"Calendario de fiestas del folklore ecuatoriano", en *Revista Diners* N. 5, 1980.
- Michelena, Esteban
"Los cocos", en *Deportes y juegos populares*, Agenda Cultural, Banco del Pacífico, Quito, 1989.
- Moreno, Segundo y otros
La cultura popular en el Ecuador, Tomo III, Bolívar, Cidap, Cuenca, 1983.
- Moya, Luz del Albo y otros
La fiesta religiosa indígena en el Ecuador, Pueblos indígenas y Educación, Ediciones Abya Yala, Quito-Ecuador, 1995.
- Naranjo, Marcelo y otros
La cultura popular en el Ecuador, Tomo IV, Esmeraldas, Cidap, Cuenca, 1996, 2a. ed..
- Naranjo, Marcelo y otros
La cultura popular en el Ecuador, Tomo V, Imbabura, Cidap, Cuenca, 1989.
- Paz, Octavio
El laberinto de la soledad, Fondo de Cultura Económica, 4a. ed., México, 1964.
- Paymal, Noemí y Sosa, Catalina
Mundos Amazónicos, Fundación Sinchi Sacha, Quito, 1993.
- Rahier, Jean
"El juego de los cucuruchos afroesmeraldeños", en *Antropología, Cuadernos de Investigación* N. 5, PUCE, 1991.
- Rodríguez, Byron
Bestiario de Cenizas (novela), Eskéletra Editorial, Quito, 1997.
- Rodríguez, Byron
El niño de Isínche. Poesía del Cotopaxi, PUCE - Génesis Ediciones, Quito, 1992.
- Rueda, Marco Vinicio
La Fiesta Religiosa Campesina (Andes Ecuatorianas), Quito, PUCE, 1982.
- Ruiz de Esparsa, José
México festivo, JHG Editores, México DF, 1997.
- Samper, Diego y Buelvas Aldana, Mirtha
Carnaval Caribe. Exploración del Carnaval de Barranquilla, Colombia, Andes Editores - Diego Samper Ediciones, Quito, 1994.
- Sarzoza, Carmen y León, Luis
"Corpus Christi en Salasaca", en *Compodres y Priostes. La fiesta andina como espacio de memoria y resistencia cultural*, Colección Antropología Aplicada N. 5, Editorial Abya Yala, 1991.

ilo, Ernesto
Varios autores
Zaruma, Vicente

"Las mejores tradiciones guayaquileñas", revista *Navidad 2001*, Supermaxi, Quito, 2001.
Fiestas, música y arte popular en el Perú, PromPerú, Lima, 1999.
Fiestas religiosas del Hatun Cañar - El Corpus Cristi, Abya Yala, Quito, 1994.

PRINCIPALES PUBLICACIONES PERIÓDICAS

ablo Huma
ario *El Comercio*
ario *El Universo*
Revistas *Diners* y *Mundo Diners*

Boletín Bibliográfico N. 2, Red Andina de Información de las Artes Populares, Iadap, Quito, 1993.
Secciones *La fiesta popular* y *El país por dentro*, 2001 y principios del 2002.
Artículos sobre fiestas, 2001.
Artículos y reportajes, 1980 - 2001.



PAG. SIGUIENTE:

Sachadanza de Corpus Christi en Alangasí, Pichincha.









REVISTA MUNDO DINERS